P. CRISOSTOMO MARIA DE BUSTAMANTE

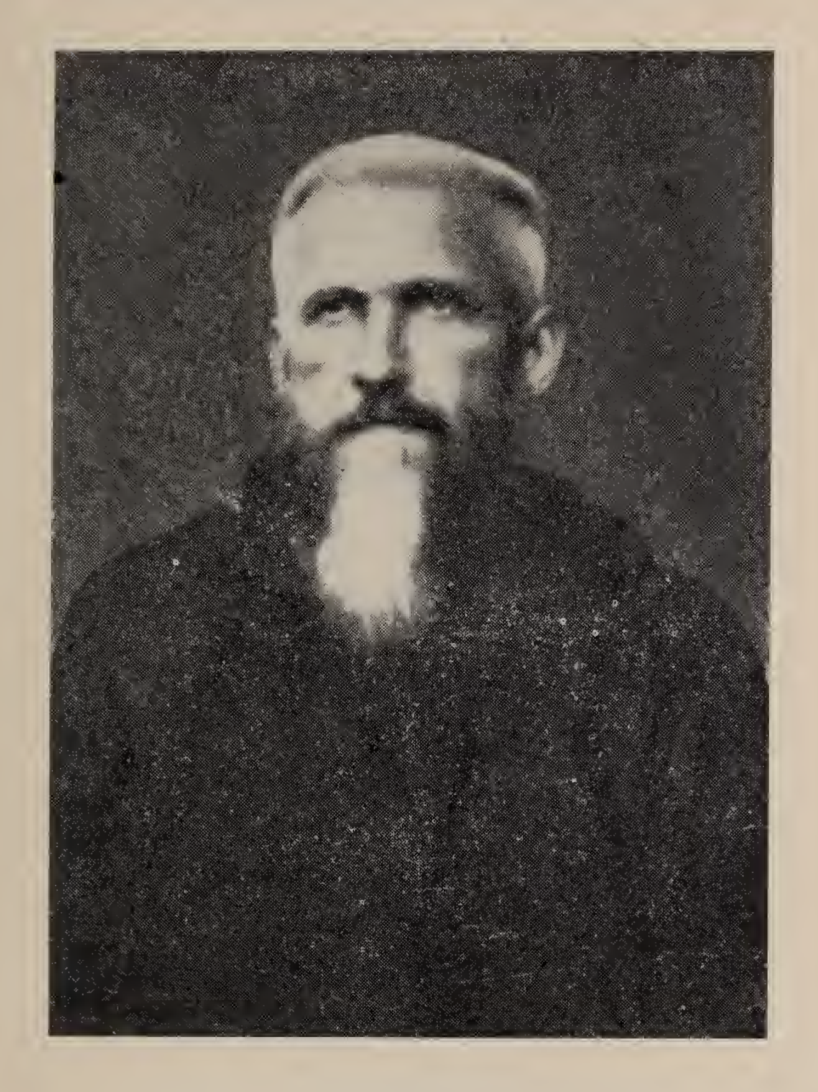
EL SIERVO DE DIOS

P. SANTOS DE ABELGAS

MISIONERO CAPUCHINO

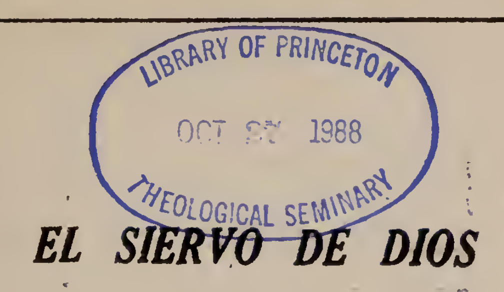


Editorial Venezuela
Caracas.
1946



El Siervo de Dios Padre Santos de Abelgas.

P. Crisóstomo Ma. de Bustamante
O. F. M. Cap.



EL SIERVO DE DIOS

PADRE SANTOS DE ABELGAS

O. F. M. Cap.

MISIONERO EN BAYAMO (CUBA) Y EN EL CARONI (VENEZUELA)



Editorial Venezuela
Caracas.
1946

LICENCIA ECLESIASTICA

Nihil obstat

Fr. Cayetano de Carrocera,

O. F. M. Cap.

Caracas, 3 de agosto de

1946

Puede imprimirse

Fr. Antonio de Vegamián,

O. F. M. Cap.

Cust. Prov.

ARZOBISPADO DE CARACAS

GOBIERNO SUPERIOR ECLESIASTICO

Caracas: 12 de agosto de

1946

Puede imprimirse

Nicolás Eugen. Navarro

Obpo. Tit. de Usula,
Vicario General

ACLARATORIA

Declaro que, al hablar de virtudes heroicas, de gracias obtenidas, o emplear cualquiera otra expresión que indique santidad, no pretendo darle otro valor que el permitido por la Iglesia, sometiendo gustosa e incondicionalmente la obrita a lo prescrito en el canon 1.999 y siguientes del Derecho Canónico, y a todas las demás disposiciones de la Autoridad Eclesiástica, sobre tan delicada materia.

AL PIADOSO LECTOR

El día 25 de marzo del año 1938, pocos meses después de fallecido el R. P. Santos de Abelgas, escribió, al R. P. Cayetano de Carrocera, el M. R. P. Mariano de Vega, Vicario Provincial, ordenándole publicar la vida del R. P. Santos de Abelgas. Sus palabras son terminantes: "Por entender será del agrado de Dios nuestro Señor y muy honroso para nuestro santo hábito el que se escriba la vida del Padre Santos de Abelgas, el cual toda la vida fué santo, y siempre se distinguió entre nuestros religiosos por sus virtudes, ordeno y mando a V. C. se encargue de este trabajo y lo haga lo mejor que pudiere y supiere, para lo cual tiene mi bendición y también la de Dios y la de nuestro Padre San Francisco".

En la expresada fecha remitió otra carta al M. R. P. Félix de Vegamián, Misionero del Caroní, en los términos de la anterior: "Ha de ser muy del agrado de Dios nuestro Señor, a la vez que muy honroso para nuestra Orden y para esa Misión del Caroní, el que se escriba la vida del Padre Santos de Abelgas, el cual, como es notorio, toda la vida fué un santo y sobresalió entre nuestros religiosos de la Provincia y de la Misión, por su vida ejemplar y por sus virtudes perfectas y heroicas. Por lo tanto, me he acordado de V. C. a quien ordeno y mando se encargue de este trabajo, para lo cual tiene mi bendición, así como la de Dios Uno y Trino. y la de nuestro Padre San Francisco".

El mismo Vicario Provincial insistió otra vez acerca del mencionado tema, en carta dirigida al Padre Vegamián, el 17 de enero del año 1939.

El 20 de octubre del año 1944 llegó a las acogedoras playas venezolanas el M. R. P. Agustín de Corniero, Ministro Provincial, quien traía el título de Vice-Postulador para promover la Causa de Beatificación y Canonización del Siervo de Dios, R. P. Santos de Abelgas, otorgado al P. Crisóstomo de Bustamante.

Convenientemente documentado el Vice-Postulador, publicó una hojita de propaganda; luego la novena para implorar del Señor la Beatificación de su Siervo el P. Abelgas, si así conviniere a la gloria de la Santísima Trinidad; y hoy te ofrece, amable lector, no propiamente una vida, sino algunas líneas, pinceladas o cuadros biográficos que abarcan los hechos más salientes de su vida monástica y de su apostolado en Cuba y en Venezuela.

Para ofrecerte un trabajo tan modesto, no ha omitido el autor diligencias y labores, viajes y conversaciones con personas religiosas y seglares que trataron íntimamente al Siervo de Dios y recibieron los beneficios de su fecundo apostolado, de tal suerte que, ha cambiado impresiones con más de cien testigos presenciales. Ha consultado, por otra parte, cartas y relaciones de viajes publicados en revistas, ha obtenido buen número de cartas autógrafas del Siervo de Dios, tres descripciones de otras tantas excursiones a la Isla de Mariusa y una relación bastante detallada de la fundación de la Estación Misional de Araguaimujo, todo esto debido a la pluma del P. Santos de Abelgas. En el Archivo de la Postulación se conservan dichos documentos y cuantos cita el autor en las páginas del presente trabajo.

Para mayor comodidad del lector ha dividido la obrita en dos partes: En la primera traza las líneas ge-

nerales biográficas y los principales hechos de su apostolado en la Vicaría de Bayamo (Cuba) y en la Misión del Caroní (Venezuela). En la segunda cede la palabra a cuantos trataron al Padre Abelgas en su vida de Colegial y de Misionero, tanto religiosos, como religiosas y seglares.

Antes de dar término a estas indicaciones, se complace el autor en dedicar su humilde trabajo a los infatigables Misioneros y Misioneras del Caroní y de Machiques, quienes santamente emulan los ejemplos, a todos dejados, de caridad, de abnegación y de celo apostólico, por el Padre Santos de Abelgas.

Caracas, 2 de mayo de 1946.

PRIMERA PARTE

Pinceladas biográficas y apostolado en la Vicaría de Bayamo y en la Misión de el Caroní.

I

L A A U R O R A

La vida divina. — Patria del Siervo de Dios. — Nacimiento y primeros años. — "Híncate que voy a decir misa".

Espléndida sobre manera se mostró la divina Providencia en la creación del hombre, pues le hizo a su imagen y semejanza (1). Y mayor gala de su poder, sabiduría y bondad desplegó en la elevación del mismo al estado sobrenatural, ya que revistió el cuerpo corruptible con el manto de la inmortalidad, comunicó a la inteligencia humana la ciencia infusa, e injertó en el alma la vida divina (2).

Cierto es que por el pecado se eclipsaron estos bellos dones sobrenaturales, pero es de fe que Jesucristo los recuperó para la humanidad mediante la encarnación, la pasión y la muerte: la Redención fué copiosa.

Por otra parte, dejó el divino Redentor a los redimidos el caudal inmenso de auxilios eficaces para conservar y aumentar la vida divina comunicada en el bautismo, con el fin de que remontaran el vuelo a la cumbre de la perfección cristiana, mandándoles que

(1). Gen., I, 27.
(2). IIa. Petri, I, 4.

negociaran durante su ausencia: "Negociad mientras vengo" (3).

Los corazones generosos prestaron oído en todo momento a la invitación del Salvador, y corrieron presurosos por la senda evangélica, para transformarse en imágenes vivas del divino Ejemplar de los predestinados, y para hacerse acreedores a los nobilísimos títulos sobrenaturales de siervos de Dios, varones perfectos, ángeles de la tierra, almas santas.

Veinte siglos de celestial fecundidad lleva la Iglesia Católica, durante los cuales, una pléyade de sus hijos, acreditó **la nota de santidad** que con célicos resplandores debe brillar en la verdadera Iglesia de Jesucristo.

Entre los atletas del Señor, que laudablemente trabajaron para conquistar la corona de la santidad se destaca la figura, físicamente humilde, pero moralmente gigantesca, del siervo de Dios, Padre Santos de Abelgas.

La experiencia enseña que la vida de las plantas. de los animales y del hombre se desarrolla con tanta mayor lozanía cuanto son más propicios los campos, el clima, los alimentos, la savia y cualquier otro medio de nutrición.

En el orden sobrenatural acontecen también los mismos fenómenos; es decir, que el medio ambiente, supuestos los auxilios de la gracia actual, es cooperador admirable para el florecimiento de la vida divina en el corazón humano. Este ambiente propicio rodeó la existencia de nuestro biografiado Padre Santos.

---

(3). San Lucas, XIX, 13.

Siempre fué España madre de héroes y de santos. Y aunque todas sus regiones pueden gloriarse de haber dado a la Iglesia y a la Patria, hijos que se elevaron a la gloria de la santidad, de la ciencia, de las armas, de conquistas y descubrimientos afortunados, se distinguió, especialmente en tiempos pasados, la provincia de León parte integrante del reino del mismo nombre, célebre en la historia de la Península Ibérica.

Por el Norte de esta provincia se extiende de Este a Oeste la cordillera Cántabro-Astúrica, en cuyas estribaciones meridionales se hallan diseminados numerosos pueblos de gente sencilla, honrada y trabajadora, que vive feliz en medio de sus montañas y a orillas de sus pintorescos riachuelos, constituyendo el municipio de **Láncara**, del cual es el pueblo más importante Abelgas, formado por unos noventa hogares y al rededor de cuatrocientos habitantes. En algunos documentos oficiales se da a la población de Abelgas el título de villa.

Dicha provincia de León ha sido en nuestros dias uno de los más fecundos semilleros, de donde brotaron árboles pletóricos de savia y de frutos, que dieron vida exuberante al **jardín seráfico** en la Rama Capuchina.

Aunque es cierto que las vocaciones a la vida claustral se encuentran, de ordinario, en donde se cultivan y se buscan, creemos, sin embargo, que el convento de Capuchinos de León entregado a la Orden el año de 1880, irradió tan atrayentes fulgores de luz evangélica, por los pueblos de la provincia, que fué esta una de las causas que llamaron a la vida austera y humilde del Serafín de Asis, a gran número de varones que ilustraron con ciencia y virtud el sayal franciscano (4).

(4). Véose, P. Cayetano de Carrocera en Ven. Mis., año 1º pág. 12-13.

En la población de Abelgas, el año de 1859, unieron su destino con los sagrados vínculos del matrimonio cristiano los jóvenes Manuel Alvarez y María Alvarez, más ilustres por la fe profunda y por la vida ejemplar, que por títulos de nobleza humana o de grandes riquezas, aunque su posición económica fuera desahogada, como correspondía a los labradores castellanos de la clase media a que ellos pertenecían.

Era don Manuel, joven piadoso, el cual había dedicado los primeros años de la juventud al estudio de latín y filosofía, en la creencia de que el Señor le llamaba para el estado sacerdotal. Mas, no advirtiendo en sí mismo una vocación decidida, optó por abrazar el matrimonio, viviendo como buen cristiano, esposo perfecto, padre preocupado por el bienestar de sus hijos, hasta que, a la edad de 53 años, el Señor le llevó a mejor vida.

Doña María fué mujer de extraordinaria fe y virtud cristianas; sus deseos más ardientes eran que todos sus hijos se consagraran a Dios en la vida sacerdotal o religiosa, y por eso acostumbrada a decirles: "Mirad, hijos, nunca me pongo de rodillas sin dirigir esa petición al Señor". Cuando alguno de los varones entraba en el sorteo para el servicio militar, doña María empezaba un ayuno de cuarenta días, durante los cuales asistía a la santa Misa, y pedía a Dios que le tocara buen número, para que no interrumpiera los estudios eclesiásticos, y se viera libre de los peligros morales a que está sujeta la carrera de las armas (5). El Señor aceptó sus ayunos y sus oraciones, pues ninguno de sus hijos fué a la milicia; los tres mayores porque les favoreció el número, y el menor porque ya era religioso, exento entonces por las leyes civiles.

Bendijo el Señor la unión matrimonial de don Ma-

(5). P. José Ma. de Césana. Informe particular.

nuel y doña María con seis hijos: Lucas, Esteban, Alejandra, José, Regino y Lorenzo. Esteban, José y Lorenzo se consagraron a Dios; los dos primeros en el estado sacerdotal secular, y Lorenzo en la Orden Capuchina. Regino voló al cielo a los cuatro años de edad; Lucas y Alejandra permanecieron célibes, dedicándose la última al cuidado de sus hermanos sacerdotes.

Nuestro Lorenzo (Padre Santos), que ocupa el último lugar en el orden de nacimiento, vió la luz primera el día 10 de agosto del año 1878, según consta por la partida de bautismo que en nota incluímos (6).

---

(6). Don Pedro Fernández y Fernández, Cura Vicario-Ecónomo de la parroquia de San Pelayo Mártir de Abelgas, provincia y diócesis de León.

Certifico: Que en el libro de bautizados que obra en este archivo parroquial de mi cargo, y que comienza el año de 1852, al folio 151, vuelto, se halla una partida cuyo texto literal es el siguiente: **Al margen:** Lorenzo Alvarez, de Manuel y de María Alvarez", y en el cuerpo: "En la villa de Abelgas a diez y ocho del mes de agosto de mil ochocientos setenta y ocho, yo el infrascrito párroco de la iglesia parroquial de San Pelayo, bauticé solemnemente a un niño que nació, según declaración de sus padres, el día diez del referido mes, sobre los cinco de la mañana; es hijo legítimo de Manuel Alvarez y María Alvarez, naturales y vecinos de este pueblo; abuelos paternos Facundo Alvarez, natural de esta villa, y Lorenza Alvarez, natural de Robledo de Vavio y ambos vecinos que fueron de esta parroquia; púsele por nombre Lorenzo y a San Joaquín por su abogado; fueron sus padrinos Lucas y Alejandra Alvarez, hermanos, solteros y naturales de este pueblo; abuelos maternos Bartolomé Alvarez y Engracia Alvarez ya difuntos, naturales y vecinos que fueron de esta misma villa; la madrina no tocó **in sacro fonte,** a quienes advertí el parentesco espiritual y demás obligaciones de su oficio, de cuyo acto fueron testigos Tomás Alva-

A los ocho días, es decir, el 18 del mismo mes, recibió con las aguas sacramentales del bautismo la estola de la inocencia, que él conservará con toda la fragancia y blancura de la azucena; se le impuso el nombre de Lorenzo, con el cual le designaremos hasta su ingreso en la gran familia franciscana. Tres años más tarde se fortaleció en él la vida divina, con la plenitud de la gracia y con los dones del Espíritu Santo, mediante el sacramento de la Confirmación.

Sus primeros años fueron un cielo sin nubes, y se deslizaron como la corriente de mansos ríos, entre los cariños de la familia y el estudio de las verdades

---

rez y Segundo Rodríguez, solteros, naturales de este pueblo, y para que conste firmo la presente partida en dicho día. Saturnino Pérez, —rubricado—".

Es copia exacta del original a que me remito, y para que conste donde convenga y efectos ,a petición de parte interesada y condición de reintegro libro la presente que sello con el de esta parroquia y firmo en Abelgas a veintidós de julio de mil novecientos cuarenta y cinco. **Pedro Fernández.**

A continuación véase la partida civil de nacimiento: "Don Ricardo Alvarez Martínez, Juez Municipal de Láncara de Luna, provincia de León, encargado de su registro civil,

CERTIFICO: Que según consta del acta reseñada al margen y correspondiente a la Sección 1ª de este Registro civil, Don Lorenzo Alvarez Alvarez nació en Abelgas el día diez de agosto de mil ochocientos setenta y ocho, y es hijo de Manuel y de María.

Láncara de Luna, a 24 de julio de 1945.

Ricardo Alvarez.
Encargado del Registro.

Bernardo Fernández.
Secretario.



Hermanos del Padre Santos de Abelgas (dos Sacerdotes).

fundamentales de nuestra religión. Desde temprana edad dió muestras de que las virtudes de la madre piadosa y los ejemplos edificantes de sus hermanos seminaristas, no pasaban desapercibidos, antes bien, le inclinaban al recogimiento y a la piedad y a pensar seriamente sobre los problemas de la vida en relación con la eternidad.

Mas como Dios le destinaba para el sacrificio y la abnegación quiso que, muy jóven aún, experimentara las amarguras ocasionadas por la desaparición de un ser querido; ya que el **autor de sus días**, fué arrebatado por la muerte, de aquel hogar emporio de virtud y de felicidad, cuando Lorenzo contaba solamente once años. Después de tan dolorosa fecha pasó nuestro biografiado a la población de Villa-Rodrigo, en donde era párroco su hermano don Esteban, para ponerse bajo su dirección, estudiar latín y recibir completa formación cristiana.

Con el experimentado maestro, aprendió el joven Lorenzo a marchar rápido y seguro por los caminos del Señor, y a desarrollar las virtudes en grado tal, que más bien parecían propias de personas adultas que de niños, incapaces de discernir entre los juegos comunes de los párvulos, y los sacrificios que pide el Creador al hombre en todas las etapas de la vida presente.

"De su madre heredó una fe maciza que en él, de día en día, iba siendo más íntima. Distinguíase de los chicos de su igual por su sencillez, su fondo de piedad y bondad; pero su característica consistía en un precoz conocimiento del mundo con toda su vanidad, es decir, que lo conoció antes de verlo, y en esto como si hubiera tenido ideas innatas... En resumen, que como dice la Sagrada Escritura, "le tocó un alma buena" (7).

---

(7). Carta particular de don Esteban Alvarez.

"Los habitantes de Abelgas vieron en él un no sé qué, pues aunque el pueblo no era muy piadoso, siempre le recordaban con cierta devoción. Y aun hoy, dice el Padre Chana, se puede observar que sus paisanos, los vecinos de Abelgas, sobre todo los que le conocieron, le tienen en muy elevado concepto de virtud".

"En las cartas que nos escribía, prosigue don Esteban, desde Cuba y el Caroní, era muy conciso: sólo un saludo piadoso; que se acordaba de nosotros en el santo Sacrificio de la Misa, y que nosotros nos acordáramos de él en la misma forma. Sólo nos dijo una vez: "Dum tempus habemus operemur bonum". Mientras tenemos tiempo obremos el bien".

Un compañero suyo de juventud, escribe: "Conocí al jovencito Lorenzo creo que por el año de 1892, y noté que desde niño era muy piadoso. Jamás alternaba en fiestas y diversiones propias de su edad, y los domingos y días de vacación cogía un libro y daba largos paseos por las orillas de los ríos, entablando prolongadas conversaciones con los ancianos que tenían fincas en aquellos sitios" (8).

Para un psicólo espiritualista, estas excursiones juveniles y las prolongadas converaciones con los ancianos, eran el preludio de las muchas correrías que, en su larga vida de misionero, había de realizar, con el nobilísimo fin de buscar las almas extraviadas e ignorantes de las verdades religiosas y reducirlas al único redil del buen Pator Jesús.

Otro de los entrenimientos predilectos de nuestro futuro misionero era decir Misa. No tenía para ello necesidad de buscar lugar adecuado; los campos, los montes, la propia casa, se convertían en templos del Señor, en donde Lorenzo, con seriedad, reverencia y devoción repetía las ceremonias y las palabras que

(8). Padre Nicolás de Cármenes. Informe particular.

había aprendido en la iglesia cuando servía de monaguillo al señor Cura. Se encontraba cierto día en el campo, con un compañero más joven que él, y hablándole, le dijo: "Arrodillate que voy a decir misa". El compañero obedeció y se estuvo muy quieto y atento mientras Lorenzo celebraba. El hecho de la predilección por esta laudable práctica, en los años de su infancia, lo afirman aún hoy muchos testigos que lo presenciaron, según nos asegura el Padre José María, en el informe arriba citado.

Quienes más tarde serán también testigos de los imponderables sacrificios que el futuro Padre Santos se impondrá para celebrar la Santa Misa en los campos de Cuba y del Caroní, nos confirmarán que estas piadosas aficiones no eran un simple juego de niño, sino presagios, o primeras manifestaciones de vocación al estado sacerdotal y misionero.

II

AL JARDIN SERAFICO

La vocación religiosa viene del cielo. — Vestigios de vocación en el niño Lorenzo. — Del mundo al claustro.

Dos caminos señaló Jesucristo a los hombres para entrar en el cielo; el camino de los Preceptos Divinos y el de los Consejos Evangélicos. El primero es obligatorio para todos, so pena de ser excluídos de la vida eterna. Jesús lo afirmó con palabras terminantes cuando un joven le preguntó qué debía hacer para entrar en el reino de los cielos. "Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos" (9). La vía de los **mandamientos** obliga a todos, sin que dependa del propio arbitrio la elección de lo que debe practicarse para conseguir el último fin, sino de la voluntad de Dios, a quien corresponde trazar al hombre la ruta que ha de seguir para salvarse.

La observancia de los Consejos Evangélicos, se insinúa, para obtener un tesoro especial en el reino de Dios, pero a nadie se impone: "Si quieres ser perfecto, anda y vende cuanto tienes, y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo: ven después y sígueme" (10).

---

(9). San Mat., XIX, 17.

(10). San Mat., XIX, 21.

Esta sugerencia divina encontró eco a través de los veinte siglos de cristianismo, en multitud de corazones generosos, que no se contentaron con la simple aspiración de alcanzar la vida eterna, sino que pretendieron conquistar el tesoro prometido, en la Patria de los bienaventurados.

Mas no se puede, sin el llamamiento de lo alto, intentar presuntuosamente la observancia de los **Consejos Evangélicos**; es necesaria la vocación divina para que, al llamamiento celestial, correspondan las gracias convenientes al fiel cumplimiento de lo que es más perfecto, sin omitir lo que es de extricta obligación.

Dios empero, en sus impenetrables designios, regala el don de la vocación a quien quiere destinar a la cumbre de la perfección de la vida cristiana. Bien claro habló Jesucristo sobre este principio: "No me elegisteis vosotros a mí; si no que yo soy el que os he elegido a vosotros, y destinado para que vayáis y déis fruto, y vuestro fruto sea duradero" (11).

Este llamamiento puede descender de las alturas en forma de torbellino o suavemente; como una gran tempestad, o cual rocío benéfico que gradual y pausadamente penetra en el corazón humano. Así, por ejemplo, San Pablo fué llamado al apostolado por caminos verdaderamente sorprendentes; mientras que los otros apóstoles fueron invitados por el Maestro con las palabras más sencillas y ordinarias: "Seguidme a mí, y yo haré que vengáis a ser pescadores de hombres" (12).

Que el joven Lorenzo era una planta exótica en el mundo lo comprobaron sus gustos y costumbres apuntados en el capítulo anterior, pudiendo facilmen-

---

(11). San Juan, XV, 16.

(12). San Mateo, IV, 20.

te adivinarse que el Señor le tenía destinado a la vida religiosa, y sólo esperaba que llegase el momento oportuno para trasplantarlo al jardín predilecto de su Iglesia; la Orden Franciscano-Capuchina.

En sus primeros años juveniles sintió algunos toques del llamamiento divino a la perfección: Sólo contaba **once años** cuando visitó por primera vez el convento de Capuchinos de León. Cuando estaba en Villa-Rodrigo con su hermano don Esteban, la hermana, Alejandrina, lo llevó para que se confesara en los Capuchinos, y por el camino lo iba preparando con el fin de que hiciera bien su confesión. Lorenzo entonces le preguntaba: "¿Cómo confiesan los frailes?". Los frailes, le dice la hermana, confiesan como el señor Cura del pueblo.

Residía por aquel tiempo en los Capuchinos de León un Padre anciano, austero y con fama de santidad; este era el Padre Pío de Antillón; con él se confesó el joven Lorenzo. ¿Qué le diría o qué vería él en el Padre Antillón? No lo sabemos; pero tales debieron de ser los consejos y tan grata la impresión recibida durante la confesión que, de regreso a la casa, le dice a su hermana: "Yo me voy al convento para ser Padre".

Todos los hermanos, y esepcialmente don Esteban, que quería que fuese sacerdote secular, trataron de disuadirle presentándole la austeridad de la vida capuchina; más él contestaba: "Quiero ser fraile como el Padre Pío". Los Capuchinos exigen una robustez que tú no tienes, y además son frecuentemente despreciados. **"Yo veo en un lego capuchino más grandeza que en todas las dignidades del mundo".** —Mira que los capuchinos van a las misiones donde están los salvajes, y los martirizan, haciéndoles sufrir horriblemente. A esto contesta Lorenzo: "¡Ah, si yo tuviera la dicha de ser mártir!". Y esto lo reptía muchas veces.

Aunque don Esteban admiraba la vida de los Capuchinos, le parecía demasiado dura para su hermano; por lo mismo, no pudiendo conseguir de él que se hiciera sacerdote secular, le insinuó que entrara jesuíta, y para que se aficionara a los Padres de la Compañía, envió a Lorenzo a León, en la ocasión en que el famoso misionero Padre Conde daba una misión en la parroquia de Santa Marina. Pero quiso la divina Providencia que allí se encontrara también con el Padre Pío, quien había ido a ayudar a los PP. de la Compañía, para oir confesiones; allá se fué Lorenzo, lleno de satisfacción, sin pensar más que en su P. Pío y en ser Capuchino como él.

Maestra sabia y Madre cariñosa la Iglesia, quiere que se evite la precipitación, en asunto tan grave como es la elección de estado; ya se trate de abrazar el matrimonio, ya el estado sacerdotal secular, ya el estado religioso en alguna Orden o Congregación. Para el último exige, como condición indispensable, para la validez, haber cumplido los aspirantes quince años por lo menos.

Por eso el joven Lorenzo, a pesar de que ya se sentía capuchino como el Padre Pío, deberá esperar varios años para que se cumplan sus ardientes deseos de pertenecer a la gran familia del Pobrecillo de Asís, como hubo de esperar Santa Teresa del Niño Jesús para encerrarse generosamente en el convento carmelitano de Lisieux.

Entre tanto, su hermano don Esteban le dedicó al estudio del latín, con otros jóvenes de su edad, para lo cual estableció un seminario menor en la población de Villanueva del Pontedo. De mediano ingenio nuestro biografiado, tuvo que suplir con perseverantes sacrificios en el estudio, la escasez de capacidad intelectual, que en otros jóvenes se manifiesta con tanto vigor y espontaneidad.

Pero fija su mente en la idea de ser algún día capuchino, no se arredra ante las dificultades con que tropieza en el estudio, del cual se sirve para hacer actos de vencimiento y de humildad, principalmente cuando de labios del propio hermano oyó estas palabras, hasta cierto punto para él ofensivas: "Vete a los capuchinos, porque, tal vez con ellos aprendas, lo que te es imposible en el aula de tu hermano".

Naturalmente retraído, tuvo, sin embargo algunos amigos entre los condiscípulos, pero escogió siempre los mejores, y aun con ellos no condescendía en nada que pudiera menoscabar la virtud o poner en peligro la vida ejemplar de quien aspiraba a ser verdadero discípulo de San Francisco.

Ni el ejemplo de su hermano y educador don Esteban, ni el de don José, también hermano y sacerdote como el anterior, ni el de sus condiscípulos de seminario, ni la meditación de la vida austera de los Capuchinos, que, con tan vivos colores le habían pintado, ni la posibilidad de ser enviado entre los fieles, ni el peligro de perder la vida a manos de los mismos, ni tampoco la fama y los sermones del Padre Conde, fueron capaces de entibiar los seráficos ardores del joven Lorenzo, los cuales, de día en día, le impulsaban, con creciente anhelo a abrazar la vida austera y penitente del **crucificado de la Alvernia**; antes bien, con los años se aumentaron sus deseos y se robusteció la inquebrantable resolución de hacerse capuchino.

Con laudable perseverancia insistió ante los Superiores de la Orden, para lo cual daba frecuentes caminatas al convento de León. En su última visita le examinó el Padre Guardián, del latín, y encontrándole convenientemente preparado, escribió a don Esteban, diciéndole que no convenía que demorase por más tiempo el ingreso. Y se quedó ya en el convento, sin

volver a la población, lleno de gozo, al ver cumplidos sus deseos. Unos cuantos días en León, y luego al convento de Bilbao en donde los capuchinos tienen la Casa de Noviciado. Sucedía esto a principios del mes de octubre del año 1895, cuando el joven Lorenzo contaba diez y siete años.

III

EN LA PALESTRA

La escuela de perfección. — Imposición de hábito.— El noviciado. — La primera Profesión.

Son las casas de Noviciado escuelas de formación religiosa, en donde los aspirantes aprenden las normas de vida claustral, y se forman en el espíritu genuino de la Orden o Congregación que desean abrazar.

Por eso suelen los Superiores destinar a los conventos de formación los religiosos más ejemplares y observantes, para que sea su vida como terso espejo, en el cual vean los jóvenes novicios reflejadas las virtudes que ellos deberán copiar en sus almas, durante los días de la probación y en el resto de su vida religiosa.

Pero el Noviciado es, no solamente escuela de perfección, sino también lugar y tiempo de prueba, tanto para los aspirantes a la perfección, como para la Orden que desea recibirlos en su seno. El novicio tiene la obligación de estudiar el molde en el que habrá de vaciar sus actos, durante toda la vida, caso de seguirse la profesión religiosa. Y la Orden examina cuidadosamente las cualidades físicas, intelectuales y morales del candidato, para ver si el día de mañana será elemento útil, conforme a los Estatutos y fin propio de la Congregación. Este fué el cuadro que contem-

pló el joven Lorenzo al ingresar en el convento de Capuchinos de Bilbao.

Transcurridos laudablemente algunos días, bajo las impresiones más gratas, y advertidas por el Superior y por el Maestro de novicios sus buenas disposiciones, resolvieron imponerle el sayal franciscano. Para esta solemne ceremonia se preparó Lorenzo con un retiro de varios días, dedicado a devotas reflexiones, a lecturas piadosas, a exámenes de conciencia, los cuales culminaron en una confesión general de toda la vida del siglo, purificando su alma de las manchas que hubieran podido empañar, aunque levemente, la blancura inmaculada de la inocencia bautismal.

Así dispuesto, se presentó el nuevo aspirante ante el altar santo, para despojarse del hombre viejo y revestirse del nuevo. De rodillas, en presencia de la Comunidad, oyó de labios del Superior las simbólicas palabras de despojo, al mismo tiempo que dejaba los vestidos del mundo. "Despójete el Señor del hombre viejo con sus actos". Luego le impone el hábito de la Orden, diciéndole: "Vístate el Señor del hombre nuevo, que fué creado, según Dios en justicia y en santidad de verdad". A continuación le ciñe la cintura con el cordón seráfico: "Cíñate el Señor con el cíngulo de la pureza", etc. Por último le entrega el cirio, con palabras no menos significativas: "Recibe, carísimo hermano, la luz de Cristo en señal de tu inmortalidad"... Deposita después en sus manos la Regla, el santo Rosario y el libro por excelencia para cantar las divinas alabanzas al Señor; el Breviario, compañero inseparable durante toda su vida.

Tuvo lugar la ceremonia de imposición de hábito el día 1º de noviembre del año 1895, cambiando entonces el nombre de **Lorenzo Alvarez** por el de **Fray Santos de Abelgas**, nombre que conservará en la Orden

Capuchina, y en el cual puede entreverse la rectitud con que marchará el nuevo novicio por la senda de la santidad, no desmintiéndolo jamás con obras menos recomendables.

Indudablemente que, transformado en su exterior, recordó Fray Santos las palabras dirigidas por el Seráfico Fundador al bienaventurado Fray Gil, después de imponerle la librea franciscana: "¡Hermano queridísimo!, gran merced te ha otorgado el Señor. Porque si viniera el emperador a Asís y eligiera a algunos de los vecinos para ser caballeros y gentileshombres, mucho placer les daría. Pero ¿cuanto mayor no debe ser tu regocijo, ya que Dios te ha escogido para ser su caballero y su siervo fiel, y para poner por obra la santa perfección evangélica?. Fray Gil y los demás hijos de San Francisco constituían, una vez recibidos en la Orden, "los caballeros de la Tabla Redonda", como se complacía en llamarlos el pobrecillo enamorado de la pobreza, para conquistar el mundo con la Cruz de Cristo, con la penitencia alegre, con los cantos al hermano sol y con la caridad seráfica, copia fiel del Evangelio. Fray Santos pertenece también, desde hoy, a los caballeros divinamente alegres de la Tabla Redonda; será juglar de Jesús y de sus escogidos.

Proverbial es la austeridad de la Orden Capuchina, lo mismo en su vida interior, en las prácticas claustrales, que en su porte exterior. La vida del novicio está dedicada casi por completo al estudio de las leyes monásticas, a la oración mental y bocal, al rezo del Oficio divino y del Oficio de la Virgen María, y al ejercicio de la mortificación interior y de penitencias corporales. El novicio capuchino viste un hábito austero y pobre, lleva sandalias en sus pies, se levanta a media noche para cantar las divinas alabanzas, ayuna varia cuaresmas al año, flagela su cuerpo con frecuen-

tes disciplinas, y se deja ver del mundo como paradigma de vida penitente y abnegada.

Por otra parte, deben pasar los novicios, durante el año de probación, por tres votaciones sucesivas: la primera a los cuatro meses de haber vestido el hábito, la segunda a los ocho meses, y la tercera dos meses antes de la profesión. En estas votaciones examina la Comunidad la conducta del novicio, y en votación secreta, es admitido o rechazado, debiendo regresar al mundo en caso de serle desfavorable la mayoría de los votos consignados. Puede también él mismo irse si no se siente con fuerzas para llevar la cruz de la vida religiosa.

Nuestro biografiado no tuvo tropiezos ni dificultades en las respectivas votaciones, ya que toda la Comunidad estaba edificada de su buen comportamiento y de su capacidad para seguir el camino estrecho del Evangelio.

Cumplido el año de noviciado a satisfacción de los religiosos, y convenientemente preparado por el progreso en la vida espiritual, practicado el retiro de diez días, llegó por fin el momento ansiosamente esperado, en que Fray Santos se presenta por segunda vez ante el altar del Señor no ya para despojarse del hombre viejo, sino para crucificarse con Cristo, sirviéndole de cruz la santa Regla, y de místicos clavos los tres votos de obediencia, castidad y pobreza.

Emocionado y gozoso, recuerda ahora las palabras que pronunció a la edad de once años: "Yo quiero ser capuchino como el Padre Pío". Acompañado de sus hermanos de hábito y de otros seres muy queridos, humilde, tímido, regocijado y agradecido a Dios por el beneficio inapreciable de la vocación y a la Orden capuchina por admitirle como a uno de sus miembros, se hinca de rodillas ante el Superior, coloca sus

manos trémulas en las del Representante del Señor, y con la Regla ante la vista, pronuncia las palabras de total renunciamiento, de perenne abnegación, de crucifixión perpétua, de muerte al mundo con sus pompas y venidades. "Yo, Fray Santos de Abelgas, hago voto y prometo a Dios", etc.

Ha deseado ardientemente ofrecerse como víctima al Señor y, desde este momento, han quedado satisfechas sus laudables aspiraciones. Ahora es ya hijo del Seráfico Patriarca, ya se encuentra de lleno en la senda luminosa de la perfección evangélica y franciscana, por la cual ascenderá a la montaña santa, y hará que la fecunda simiente de la vida divina, sembrada en su alma mediante el bautismo, y renovada por la profesión, adquiera gigantescas proporciones de árbol fecundo que dé sabrosos frutos de vida eterna.

IV

DEL NOVICIADO A LOS SEMINARIOS SERAFICOS

Al Colegio de Fuenterrabía. — Progresos en la virtud. Pruebas y humillaciones. — Profesión solemne. — Al Colegio de León. — La nota máxima. — Juicio de condiscípulos.

En el capítulo anterior queda consignada la ceremonia de la profesión efectuada por Fray Santos de Abelgas, después de la cual, fuéle preciso abandonar el bello y tranquilo jardín del Noviciado y enderezar sus pasos hacia el Colegio de Fuenterrabía, ubicado en la provincia de Guipúzcoa, cerca de la frontera francesa, para en él preparar el despliegue de las dos alas necesarias a cuantos ansían ser fieles sembradores de la semilla del Evangelio, cuales son la virtud y la ciencia; virtud y ciencia que la Orden Capuchina comunica abundantemente a los futuros pregoneros de la doctrina de Jesucristo. En aquel centro docente deberá perfeccionar los conocimientos de Latín y humanidades, y cursar los tres años de Filosofía y ciencias auxiliares, como las Matemáticas, la Historia universal y patria, la Física y Química y la Historia natural.

"Es costumbre entre los Capuchinos probar a sus candidatos por medio de reprensiones, penitencias y moderados castigos disciplinares, y esto no sólo du-

rante el noviciado, sino también durante los estudios; todo lo cual tiene por objeto acrisolar sus virtudes, quebrantar el amor propio, someter la propia voluntad al suave yugo de la obediencia y formar hombres abnegados, virtuosos y santos.

"Esta práctica tuvo especial aplicación en el Convento de Fuenterrabía, donde los estudiantes eran probados con variadas penitencias, aún por faltas de poca importancia, para mejor hacer brillar el oro purísimo de todas las virtudes y especialmente el de la humildad.

"Uno de los más probados en aquella época fué nuestro biografiado; su carácter humilde y sufrido le hacían excelente candidato para las pruebas, mortificaciones, humillaciones y penitencias de todo género. Como el precioso metal en el crisol, y cual la virtud en la tentación, así fué purificada la virtud de Fray Santos de Abelgas.

"Otra vocación menos decidida, sólida y celestial que la suya, hubiera flaqueado y desfallecido muchas veces, obligándole a regresar al siglo; pero él todo lo recibía con la mayor resignación y paciencia, teniendo presente la doctrina y el ejemplo del humilde y pacientísimo Salvador que sufrió mucho más por nosotros. Las palabras evangélicas: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame"; y aquellas otras: "El reino de los cielos exige violencia, y sólo los que se la hacen a sí mismos lo arrebatan"; fueron para él un manantial perenne de fortaleza en las arduas pruebas a que fué sometido.

"Fué Fray Santos por mucho tiempo Decano o Hermano mayor en los Colegios; y si bien es verdad que no podía tolerar falta alguna entre sus compañeros de estudio, también es cierto que en las cosas pro-

pias de jóvenes estudiantes era muy condescendiente, no ejerció jamás el odioso oficio de espía y acusador de sus condiscípulos por estar bien persuadido de que tal conducta trae muchos sinsabores, enemistades y falta de verdadero amor fraterno.

"Cuando advertía algo digno de corrección, avisaba al que había faltado, con la caridad recomendada por el Evangelio, alcanzando con esta práctica excelentes resultados.

"Los Superiores y Directores, por lo mismo que le apreciaban mucho, le exigían con frecuencia actos heroicos de virtud. Algunos no veían con satisfacción que alternara con todos los estudiantes, aún con aquellos que parecían menos austeros; esta conducta le hizo generalmente estimado entre los condiscípulos, pero le valió no pocos disgustos y reprimendas" (13).

Sabiamente ha dispuesto la Iglesia que los novicios de las Ordenes y Congregaciones de votos perpétuos, hagan la primera profesión temporalmente; para tres o más años, hasta cumplidos los veintiuno de edad. Tiende dicha ordenación a que los recién profesos, con mayor deliberación y madurez, ponderen y pesen las sacratísimas obligaciones que van a contraer por toda la vida, una vez hecha la profesión perpétua de votos simples o solemnes.

Para Fray Santos habían transcurrido los tres años de afianzamiento en la vida religiosa, empleados en verdadera palestra espiritual, pues, apoyado en la divina gracia, hizo frente a las dificultades, y marchó con paso firme hacia la perfección de la vida Seráfico-Capuchina.

Nueva consulta a la Comunidad del Colegio de Fuenterrabía sobre el comportamiento del joven estu-

(13). P. Carrocera, Ven. Mis., año 1941, pág. 41.

diante dió por resultado la admisión de Fray Santos de Abelgas a la profesión solemne, quien, juntamente con su condiscípulo Fray Antonio de Carrocera, se presenta por tercera vez ante el altar, en donde va a rubricar definitivamente su total consagración al servicio de Dios. Con incomparable júbilo de su corazón pronuncia la fórmula de la profesión; pero ahora añade unas siginficativas palabras que debía omitir en la primera emisión de votos. Sí, Fray Santos, confiado en los auxilios divinos, deseoso de pertenecer totalmente y para siempre a la heredad de Cristo y de su siervo Francisco, dice: "Por todo el tiempo de mi vida", hago voto de vivir en obedieneia, en castidad y en pobreza. Luego de la total oblación, oyó de labios del Superior, que hablaba en nombre de Dios, estas alentadoras palabras: "Y yo, de parte de Dios, si guardares lo que acabas de ofrecer te prometo la vida eterna". Breves palabras, pero que encierran las más consoladoras promesas que pueden hacerse al hombre en este valle de lágrimas.

El nuevo profeso puede ya exelamar: "Yo soy todo de Dios, y Dios es mi todo"; o como diría el Seráfico Padre: "¡Dios mío y todas las cosas!". Dedicado perpetuamente al Señor, ya no le será lícito abandonar el místico arado y mirar nuevamente atrás según el dicho de Cristo: "Ninguno que después de haber puesto su mano en el arado vuelve los ojos atrás, es apto para el reino de Dios" (14). Pero tampoco lo intentará, antes bien, crucificado con Jesús permaneeerá hasta la muerte y, en El apoyado, se esforzará por crecer en virtud a proporción de las gracias que desde las alturas le serán comunicadas a su alma generosa.

Terminados los estudios filosóficos en Fuenterra-

(14). San Lucas, IX, 62.

bía fué trasladado al Colegio de León, en el que cursará la Sagrada Teología y demás ciencias eclesiásticas necesarias para ejercer más tarde con dignidad el santo apostolado. No faltaron allí tampoco las pruebas de su virtud, ya que la Providencia, en sus altísimos juicios, quería que nunca se apartase del camino de la Cruz.

Pero la conducta moral y religiosa de Fray Santos fué siempre la misma; es decir, edificante, ejemplar para todos; a todos enseña con bellos ejemplos cómo se debe llevar la cruz de la vida religiosa, con sus austeridades, con sus mortificaciones y correcciones.

El Padre Mariano de Vega, que conoció, trató íntimamente y dirigió en el camino espiritual a Fray Santos, desde los primeros años de vida claustral, no duda en llamarlo santo: "Por entender será del agrado de Dios nuestro Señor y muy honroso para nuestro santo hábito el que se escriba la vida del Padre Santos de Abelgas, el cual toda la vida fué santo, y siempre se distinguió entre nuestros religiosos, por sus virtudes". etc. (15). El mismo Padre asegura que puede consignarse en la vida, que durante los estudios, la nota de conducta moral y religiosa siempre fué la **Máxima**. ¡Once años sosteniendo la nota máxima en conducta moral y religiosa, en plena juventud, cuando las pasiones son más ardientes y violentas, cuando más se experimentan las consecuencias del arrojo, de la disipación y de la inexperiencia!

Capacitados sobremanera debe juzgarse a los estudiantes para calificar las buenas o malas cualidades intelectuales y morales de sus compañeros, porque el trato contínuo en las aulas, en las recreaciones y

(15). Carta al P. Cayetano de Carrocera, 25 de marzo de 1938.

en las prácticas piadosas, descubre lo que es cada uno. Por eso traemos a estas páginas los testimonios de los Padres Antonio de Carrocera, Leonardo de Vera y Alfonso de Escalante, condiscípulos de Fray Santos: ellos hablan elocuentemente sobre las virtudes de nuestro biografiado durante los estudios.

"Fuí connovicio del Padre Santos de Abelgas, dice el Padre Carrocera, durante diez meses y medio, desde el 16 de diciembre de 1895 hasta principios de noviembre de 1896; hicimos la profesión solemne juntos, el 24 de diciembre de 1899, y en los estudios estuvimos juntos seis años.

"Puedo decir del Padre Santos, en los años que pasamos juntos, que su vida era la de una alma santa, sin apariencias de cosas extraordinarias, de éxtasis ni revelaciones; puedo decir que era modelo para todos y todas las cosas las hacía bien. No recuerdo haber notado en él una sola falta voluntaria; cuando en los recreos o en otros lugares alguien le mortificaba contestaba con una sonrisa.

"Su vocación de cristiano y religioso era tan firme que estaba dispuesto a perderlo todo antes que perder la vocación. Estaba tan desprendido de todas las cosas del mundo, que nunca le oí hablar de su tierra ni de su familia, y sólo después de ser sacerdote supe que tenía dos hermanos sacerdotes. Estaba tan desprendido de las vanidades que su hábito y cordón eran de los más pobres, aunque era muy aseado y limpio, y no desaliñado.

"Era de una fe semejante a la del Patriarca Abraham, y estaba dispuesto a defenderla con su vida, y deseaba ir a predicar a los infieles como los primeros compañeros de San Francisco. En todas las criaturas veía claramente al Ser Supremo y Creador de todas.

De aquí le nacía aquella simpatía y admiración que manifestaba por las flores y los pájaros en los días de recreo de los estudiantes por el campo.

"De su fe le nacía la veneración y respeto con que se le veía en el coro, en la iglesia ayudando a misa, y hatas en las aulas y refectorio. Siempre estaba dispuesto para ayudar a todas las misas que le mandaban con gran atisfacción de su espíritu. De su fe le nacía además aquella presencia de Dios contínua, aún en los recreos, en los cuales hablaba poco, pero le gustaban mucho las conversaciones espirituales, escuchaba con atención asuntos de las mismas, y apenas hablaba muy poco en estos casos.

"De su caridad se puede decir lo que San Pablo decía a los Corintios. Amó con ardiente afecto a la Iglesia nuestra Madre. De este amor brotaba en él el respeto, la veneración y el cariño con que hablaba del Papa, de los señores Obispos, por quienes oraba siempre. Su deseo era convertir a todos los infieles y pecadores. Profesó amor de hijo fiel al Seráfico Padre San Francisco, hablando con entusiasmo de sus glorias, mirando a los Superiores como verdaderos representantes del Santo Fundador, de quienes jamás se le oyó una crítica, conducta que observaba igualmente con sus hermanos de hábito; a estos ayudaba siempre en los quehaceres de la casa, como barrer o lavar la ropa, y cuando alguno era castigado o se iba de la Orden, se concretaba a compadecerse del desgraciado.

"Fué muy devoto de la Santísima Virgen bajo la advocación de Divina Pastora, Patrona de las Misiones Capuchinas. Cuando llegaba su fiesta rebosaba de alegría y tomaba parte en el adorno del altar y en cuanto podía.

"Devotísimo fué de Jesús Niño, y de su sagrada Pasión, pero los amores al Señor los concentraba especialmente en el adorable Sacramento; ante el Sa-

grario quedaba como extático. La nota característica de su vida de estudiante era el amor de Dios, manifestado en la contínua presencia, en la unión de su voluntad con la de Dios, en las frecuentes jaculatorias y comuniones espirituales.

"De su vida de observancia puede afirmarse que todo lo hacía bien; era de los primeros en el coro para el rezo de los maitines a media noche, en la oración y en todos los actos comunes; gustábale recordar la Regla y las costumbres de la Orden que aprendió del Maestro. Para él no había cosa pequeña en las Constituciones ni en el Manual Seráfico; era tan exacto en las cosas más insignificantes como en las mayores, sin dipensarse de ninguna por pequeña que fuera.

"De su oración podía decirse y aplicársele lo que dicen nuestras Constituciones: "Que el verdadero fraile menor siempre ora"; y era tan deseoso de la oración que siempre le parecía corta y suplía con gusto a los otros cuando hacía falta en las Cuarenta Horas.

"Como ejemplo de su humildad recuerdo que nunca hablaba de sí mismo, y cuando alababan su recogimiento y unión con Dios quedaba confuso y avergonzado, considerándose el más imperfecto y el más ignorante. Si alguno se reía de sus defectos naturales, lo celebraba más que los otros con tal alegría que rebosaba por doquier; nunca recuerdo haberle visto molestado porque le dijeran algún defecto: a todos estimaba y sólo sabía despreciarse a sí mismo, sin hacer alarde, como la cosa más natural.

"Su penitencia y austeridad se manifestaba en los ayunos y disciplinas de la Orden, que son bastantes, sin dispensarse de ninguno, aun de aquellos de simple costumbre. Era, sobre todo, muy mortificado en sus sentidos principalmente en la vista, que nunca

miraba a mujeres y con mucho recato a los religiosos. En su lengua era modelo en las horas de silencio; sólo hablaba lo preciso y muy bajo, gustando en el recreo escuchar más que hablar. Nunca recuerdo haberle oído murmurar de nadie. Poco amigo de noticias, no prestaba gran atención a los que las referían. La curiosidad de saber cosas del mundo no tenía cabida en él" (16).

Más lacónicos los datos que suministra el Padre Vera, no son, sin embargo, menos edificantes.

"El Padre Santos (q. e. p. d.) y un servidor estuvimos juntos en el santo Noviciado varios meses... También estuvimos juntos en los Colegios de Filosofía y Teología, aunque tuvimos algunos cursos de diferencia.

"El P. Santos, durante este tiempo, fué muy amante de la observancia regular. En la obediencia a los Superiores era muy ejemplar; para él las más sencillas advertencias eran como preceptos. Jamás le oí murmurar de los Superiores.

"Era muy humilde, sufriendo las reprensiones con la mayor igualdad de ánimo y hacía con gusto los trabajos más molestos que se le encomendaban; rarísima vez hablaba de sí, de su familia, pueblo, etc., y nunca con jactancia.

"Procuraba guardar con exactitud el silencio regular y evangélico y aún en los recreos era muy parco en el hablar. De carácter apacible, era enemigo de disputas y altercados con sus compañeros de noviciado y estudiantado. Piadoso sin afectación, tenía en grande estima el ejercicio de la meditación y de las prácticas devotas acostumbradas en la Orden" (17).

---

(16). Informe particular del Padre Antonio de Carrocera, año de 1939.

(17). Carta del Padre Leonardo de Vera al Padre Mariano, 9 de enero de 1939.

El Padre Escalante, con la maestría que le caracteriza, pinta el retrato completo del Padre Santos, durante los años de novicio y estudiante.

"Cualquiera que en su juventud hubiese tratado al P. Santos y con él hubiese conversado, le habría hallado siempre en la misma forma y ser: atento, humilde condescendiente, pronto para el servicio de los demás; silencioso, abstraído en su interior, dispuesto siempre a escuchar las lecciones de los otros compañeros; enemigo de disensiones enojosas, amante del trabajo y del recogimiento. Era, en pocas palabras, dócil. sumiso caritativo en extremo hombre interior y muy mortificado.

"Los trabajos más humildes y fuertes de los colegiales le encontraban siempre en la disposición de ánimo más abnegada y alegre para desempeñarlos no pareciéndole nunca excesivo el trabajo...

"En las horas de oración no parecía hombre que viviese para este mundo; tan insensible se hallaba para lo material, que sus compañeros apenas si notaban su existencia: y ese espíritu de recogimiento perduraba en él en todos los momentos de su vida. La salmodia cotidiana en el coro parecía en él como una verdadera elevación. ¡Tan reconcentrado estaba en el divino rezo!!

"Tendía por natural impulso a la conversación espiritual, y amaba que se le dirigieran palabras de vida interior, provechosas y conducentes al mayor perfeccionamiento del alma, huyendo lo posible de todo lo menos conveniente al aprovechamiento propio y a la caridad de sus hermanos, a quienes por nada de este mundo quería lo más mínimo molestar, ni que se les molestara, sino, por el contrario, sintiendo bien de todos prodigábales a todos lo mismo que los servicios de sus manos, las palabras suaves de su bondadosísimo corazón: era todo para todos como el Apótol de sí

mismo nos dice, y nos recomienda a todos que seamos.

"El espíritu de modestia, de observancia y de mortificación se hallaba en el Padre Santos en grado eminente. Sabía moderar no sólo las palabras, que apenas si se le percibían jamás alteradas, hablando solo lo conveniente, y cuando era lícito y estaba permitido, sino también en la vista, pues apenas si se le percibían los ojos, por la suma moderación con que regulaba la mirada.

"Difícil será encontrar otro religioso joven, que tan en cuenta tuviera la estricta observancia de las leyes monacales, las reglas todas de la vida de comunidad y los preceptos que personalmente nos incumben como religiosos capuchinos. Solamente un olvido involuntario, completamente invencible, podía apartarle un ápice de lo que para él era substancia de la vida religiosa y voluntad expresa de Dios. Y esto lo hacía y cumplía con suma naturalidad, sin esfuerzo, como algo que nace con nosotros, y con nosotros crece y se desenvuelve.

"Cuando se manifestaba especialmente su espíritu de mortificación era en la durísima disciplina con que atormentaba su cuerpo los días indicados: no parecía aquello el acto de un hombre que mortificaba su cuerpo, sino el del que golpea fuertemente sobre el yunque. ¡Tan terribles eran los golpes con que maceraba su carne!" (18).

Con estos testimonios, bien elocuentes por cierto, a cerca de la vida del Padre Santos, durante el tiempo de noviciado y estudiantado, cerramos el presente capítulo, persuadidos de que sus condiscípulos han trazado de él un retrato completo que perdería valor si se intentara retocarle.

---

(18). Padre Alfonso de Escalante, Informe particular, año 1939.

V

DE ESTUDIANTE A SACERDOTE

Dificultades en los estudios. — Once años de laudable perseverancia. — La Ordenación Sacerdotal. — La primera Misa.

Las páginas de la Historia Eclesiástica registran los nombres de varones Santos dotados de tan espléndida inteligencia, que con facilidad alcanzaron la sabiduría, brillando, cual astros de primera magnitud, en el seno de la Iglesia Católica, y remontaron el vuelo por la senda de la santidad hasta la cumbre de la vida perfecta. Otros, en cambio, tuvieron que hacer esfuerzos no menos ingentes y prolongados para adquirir las ciencias necesarias, que los que se impusieron para conquistar las virtudes heroicas y el cielo.

A la primera categoría de águilas del pensamiento pertenecieron, sin duda, el Apóstol de las gentes, **San Agustín, el Angel de las Escuelas, el Doctor Seráfico**, todos los Santos Padres de la Igleia, los grandes Apologistas y escritores antíguos y modernos elevados a la dignidad de los altares.

Dentro de la segunda categoria cabe perfectamente la mayor parte de los Apóstoles, quienes, si bien fueron iluminados por la ciencia infusa el día de Pentecostés, eran antes rudos e ignorantes; ignorancia que

ejercitó la paciencia del buen Maestro, cuando les enseñaba los misterios del Reino de Dios.

El siglo XVIII nos presenta otro ejemplo de un varón apostólico que tropezó con serios obstáculos para ingresar en la Orden Capuchina, a causa de su escaso ingenio y de las dificultades para aprender la lengua latina; este varón fué el Beato Diego José de Cádiz, apóstol, no sólo de Andalucía, como suele llamársele, sino de toda España, pues llenó con su fama de Orador sagrado los púlpitos más famosos de la Península, y mereció el título de Doctor, **honoris causa**, en varias Universidades, y el de Canónigo honorario en no pocas Catedrales. Sin embargo, el mismo Beato confiesa que estudió latín "con muy escaso aprovechamiento por mi rudeza e inaplicación". Además. cuando el Padre Superior del Convento lo examinó de latín para ingresar en la Orden, lo encontró inhábil para el estudio.

Una época, más cercana a la nuestra, recuerda al Santo Cura de Ars, Juan Bautista Vianney, el cual tropezó también con serias dificultades en la consecución de las ciencias humanas y divinas, durante la carrera eclesiástica. Mas la constancia y la abnegación desplegadas para instruirse, templaron su alma, y le convirtieron más tarde en el gran apóstol de los tiempos modernos.

Para subir los peldaños de la perfección y alcanzar la meta de la santidad, basta la gracia de Dios y la cooperación del hombre, sabio o rudo; esta fuerza sobrenatural puede el divino Dador comunicarla a las águilas intelectuales o a otras inteligencias menos favorecidas con dones meramente naturales.

Nuestro Fr. Santos de Abelgas tampoco recibió del Padre de las luces un entendimiento pronto, claro,

perspicaz y penetrante; antes bien, debió suplir con el estudio perseverante la escasez de sus facultades, pues si durante los años de estudiante se hizo acreedor a la **nota máxima** en conducta moral y religiosa, no aconteció lo propio en las calificaciones de índole científica. Pero esto no es obstáculo para alcanzar la santidad, ni mucho menos deprimente para los Siervos de Dios, ya que, con harta frecuencia sucede, que se levantan los ignorantes según la estimación humana, y arrebatan el reino de los cielos; mientras que le pierden muchos sabios por no glorificar al Señor en su sabiduría, de quien todos los dones proceden.

El citado Padre Alfonso dice a este propósito: "No sabía desperdiciar el tiempo (Fr. Santos), siendo asiduo como pocos al continuo estudio. No era seguramente de muy clara inteligencia ni de pronto ingenio; pero esa falta de cualidades naturales, suplióla él con su trabajo y aplicación constantes y una voluntad invencible, guiada por un deseo eficaz y decidido de ser útil a la Orden, a la salvación de las almas de sus hermanos y a la gloria de Dios. Y ansioso como nadie de adquirir conocimientos útiles, no se desdeñaba, como buen humilde, de preguntar, sino al contrario gozábase en que los compañeros le ayudaran a esclarecer ideas que él no acertaba a ver claras con sus propios esfuerzos".

Prolongados y fuertes son los estudios que la Iglesia exige a los que, llamados por vocación divina, aspiran a la dignidad sacerdotal. Terminada la instrucción primaria, deben los futuros Ministros del Señor consagrar sus actividades a aprender Latín y Humanidades durante cuatro años al menos; tres a la Filosofía y Ciencias; cuatro a la Sagrada Teología y disciplinas anejas. Pero entre los Capuchinos se cursan cinco años de Latín, y terminada la Teología, uno más de Elocuencia. Como, por otra parte, nuestros estudiantes

siguen todos los actos de Comunidad, entre otros el de cantar Maitines a media noche, resulta su vida de colegiales sumamente laboriosa, penitente y mortificada.

Tales estudios y semejante vida monástica tuvo que hacer Fr. Santos de Abelgas, quien se impuso sacrificios sin cuento, perseverante abnegación, espíritu de humildad y de piedad, juntando en delicada armonía los esfuerzos para adquirir la verdadera ciencia y las virtudes propias de los buenos estudiantes dedicados al servicio de Dios.

Terminada su formación. fué hallado digno de ascender al Sacerdocio, llegando el día feliz, por tantos años anhelado, de su ordenación sacerdotal; cumbre sagrada, montaña santa, a la cual dirigen sus piadosas y legítimas miradas cuantos por Dios se sienten llamado a ser sus lugartenientes, Ministros y Legados suyos ante los hombres, para enseñarles el camino de la eterna bienaventuranza.

Era el 25 de mayo del año 1907, mes florido dedicado a honrar a la Madre de Dios. cuando Fr. Santos de Abelgas, en compañía de su condiscípulo Fr. Odorico, se dirigía al Palacio Episcopal de León, para ser ungido con el purificador y santo Oleo de los Catecúmenos y consagrado Ministro del Señor, por el Excelentísimo y Reverendísimo Dr. Juan Manuel Sanz y Sarabia, Obispo entonces de la Diócesis de San Froilán.

Con manifiesto recogimiento, como si sensiblemente percibiera el batir de las alas del Espíritu Santo. recibe la imposición de manos del Consagrante y demás Sacerdotes asistentes a la impresionante ceremonia; profundamente conmovido, toma en sus manos el Cáliz y la Patena, y devotamente escucha las palabras que el Consagrante pronuncia, diciéndole: "Recibe la potestad de ofrecer el Sacrificio a Dios, tanto por los vivos, como por los difuntos". Luego, segunda



La Comunidad de Capuchinos de Bayamo en Cuba el año de 1909 (el P. Santos a la derecha).



Escuela de Bombón en la Vicaría de Bayamo (el P. Santos dando catecismo en la misma).

imposición de manos por el Pontífice, quien le comunica otra sublime potestad; la de perdonar los pecados y abrir las puertas del Cielo a cuantos más tarde a él, ya sacerdote, se acerquen para implorar la remisión de sus culpas: "Recibe el Espíritu Santo: quedan perdonados los pecados a quienes los perdonares; y quedan retenidos a los que se los retuvieres". ¡El estudiante Fr. Santos de Abelgas queda para siempre consagrado Sacerdote del Altísimo, para ofrecer la Víctima Sagrada en el Altar santo y para perdonar los pecados en el Tribunal de la Penitencia!...

Los colegiales Capuchinos de la Provincia de Castilla, una vez elevados al Sacerdocio, suelen celebrar la primera Misa en el Convento de León. Como es lógico, este acontecimiento se practica con gran solemnidad. Cuando son varios los ordenados, la dicen en grupos, en diferentes días, o todos en el mismo. Uno de ellos canta la Misa, y los restantes salen con sus padrinos de altar cuando el Misa cantante ha terminado el Evangelio, para asistir todos al sermón, después del cual, cada uno se dirige al respectivo altar y reza la Misa, terminando todos al mismo tiempo. Concluída esta, vuelven al presbiterio, y allí tiene lugar la enternecedora ceremonia del besamanos y el canto de acción de gracias de San Ambrosio.

Aunque de ordinario reciben el presbiterado varios estudiantes Capuchinos juntos, en esta ocasión se ordenaron solamente el Padre Santos de Abelgas y el Padre Odorico de León; los dos cantaron Misa el mismo día, celebrando la solemne el Padre Odorico, y la rezada el Padre Santos, en el altar de la Divina Pastora de las almas. En medio de sus hermanos Sacerdotes, que le acompañan como padrinos, seguido de su dichosa madre y demás miembros de la familia, asciende el Padre Abelgas al altar del Señor, para ofrecer por vez primera la Sangre del Cordero Inmaculado, y rogar por tantas almas necesitadas del Sacrificio de la Cruz

Pero es de suponer que, en aquellos momentos de suprema emoción, volaría su pensamiento a regiones muy lejanas y misteriosas, para rogar por un ser ausente muy querido, a quien perdiera siendo aún niño. Sí, el Padre Santos se acordó entonces del autor de sus días, de su amantísimo Padre, el cual, posiblemente contemplaba desde las alturas dichosas el incruento Sacrificio celebrado por el hijo bueno y piadoso. Mas siendo cierto que en la Mansión de los justos no penetra mortal alguno que no se encuentre tan purificado y resplandeciente como los rayos del sol, el Padre Santos, después de orar fervorosamente por él mismo, por sus seres queridos, por todos los presentes, cuya fe es conocida del Señor, eleva otra plegaria diciendo: "Acuérdate también, Señor, de mi padre, que me precedió con la señal de la fe y duerme el sueño de la paz. A mi padre, Señor, y a todos los que descansan en Cristo, rogámoste les concedas lugar de refrigerio, de luz y de paz".

¡Cuan dulcemente resonaría la plegaria sacerdotal del hijo, elevada al Señor en sufragio del alma del padre! ¡Qué consuelo para el hijo al saber que el autor de sus días recibe de sus manos consagradas el valor satisfactorio de la purificadora Sangre de Cristo, caso de que tuviera necesidad de pagar deudas a la divina Justicia!!

Terminada la celebración, se recoge en su interior el Padre Santos, da gracias a Dios por la inmensa dignación del Señor, le adora reverentemente en su pecho convertido en sagrario viviente, y toma la resolución de celebrar siempre la santa Misa, aunque deba imponerse grandes sacrificios, como más tarde se los exigirá el Señor para cumplir el laudable y devoto propósito, especialmente cuando se encuentre entre los indígenas del bajo Orinoco, con el fin de llamarlos a la civilización cristiana e introducirlos por la luminosa senda que conduce a la patria celestial.

VI

HACIA EL APOSTOLADO

De León a Salamanca. — Nuevo examen. — El título de Predicador. — Primeros frutos de su apostolado.

Aunque la carrera eclesiástica es bastante prolongada, y los estudiantes reunan durante la misma gran acopio de conocimientos para ejercer dignamente los ministerios sacerdotales, deben, con todo, ampliar sus estudios mediante repaso de las asignaturas ya cursadas, y la consulta reposada de nuevos libros, que abran ancho horizonte a la capacidad intelectual de los Ministros del Santuario.

Y para que a ningún sacerdote pueda echársele en cara lo que dice el Espíritu Santo; "porque tu desechaste la ciencia, yo te desecharé a tí, para que no ejerzas mi sacerdocio" (19); ordena, muy acertadamente, el Código de Derecho Canónico, que todos los sacerdotes, aunque hayan obtenido un beneficio parroquial o canonical, a no ser que por justas causas los dispense el Ordinario del lugar, terminado el curso de los estudios, sufran un examen, por tres años al menos, sobre las disciplinas de las ciencias sagradas, conforme a las normas que ha de prescribir el mismo Ordinario (20).

---

(19). Oseas, IV, 6.

(20). Canon 130, párrafo 1º.

Entre los Capuchinos estaban ya impuestos los exámenes para los Sacerdotes jóvenes, no sólo por un trienio, sino durante cinco años consecutivos; disposición confirmada en las nuevas leyes redactadas después de la promulgación del nuevo Código Canónico.

Finalizado el año de Elocuencia en el mes de julio, fué trasladado el Padre Abelgas, de nuestro convento de León, al de Salamanca, en donde se preparó para el examen general y recibir el título de Predicador siéndole otorgado por el Padre Ministro General, según lo prescribió el Seráfico Padre en la Regla de los Frailes Menores.

Desde entonces se dedicó a ejercer los ministerios, principalmente al de la predicación y al confesonario. Sin pretensiones de orador elocuente, sus instrucciones eran sencillas, como sencillo era él en todas sus cosas; pero nunca desaliñadas o menos correctas, y ungidas, en todo tiempo, con el confortante oleo de la caridad evangélica.

El teatro principal de sus correrías apostólicas lo constituyeron las provincias de Salamanca, León y Zamora, en las cuales predicó misiones, y levantó el espíritu cristiano, promoviendo, con otros operarios, devotas peregrinaciones a santuarios de mayor o menor renombre. Los pueblos admiraron su sencillez franciscana, su aspecto penitente, su predicación acomodada a la capacidad del auditorio, su vida ejemplar, descubriendo en aquel fraile alto, delgado, modesto y risueño, la imagen del Serafín de Asís, quien predicaba los sermones más elocuentes con su ejemplo de vida penitente y mortificada.

"Elevado al sacerdocio, dice el Padre Escalante, en el informe citado, y habilitado para la predicación, pronto pudieron percibirse sus buenos deseos para el

ejercicio del apostolado y de salvar almas. Preparábase cuanto estaba de su parte y dábase después al trabajo con toda su alma, puesta en Dios la confianza.

"Hubo que preparar una comarca de Zamora para una gran romeria o peregrinación que debía verificarse en un santuario próximo a la capital. El Padre Santos fué señalado como uno de los propagandistas predicadores y preparadores de los pueblos que le señalaron, para el gran día. Y allá fué nuestro Padre Abelgas sin más bagaje que el breviario.

"Predicaba y confesaba en un pueblo y corría luego a otro; pero en cierta ocasión, no contando con el tiempo y las distancias, y acaso desorientado en el camino, se le echó la noche encima. No se intimida por eso: apártase del camino, se introduce en un viñedo, y allí amparado y abrigado por los sarmientos, entonces en pleno verdor, recógese y ofrece su alma a Dios, y echado en el suelo, se entregó al sueño.

"Al día siguiente despiértanle la suave luz de la aurora y el melodioso gorjeo de los pajarillos, y compuesto y alegre, endereza de nuevo sus pasos a la próxima parroquia. Era temprano, y nadie todavía lo esperaba. El Padre Santos celebró la Misa, predicó y confesó gente, dejando en el misterio la noche pasada en el campo, quedando grandemente intrigado el párroco.

"Sólo bastante tiempo después pudimos saber, los que con él convivíamos, de aquella aventura, que patentizaba al Padre Santos, como un perfecto fraile menor; activo, mortificado, confiado en la Providencia, y capaz de emular las grandes acciones de heroicos misioneros. Y como para ello le destinaba Dios, no tardó mucho tiempo en ser señalado candidato para nuestras misiones de América, dándosele ocasión de realizar sus verdaderas aspiraciones de ser pregonero del Evangelio en tierras lejanas, como me consta que fueron esas".

VII

DE ESPAÑA A LA PERLA DE LAS ANTILLAS

Total renuncia. — Entusiasmo por las Misiones. — "Quiero ser mártir". — Despedida dolorosa. — Con los compañeros de expedición.

Cuando un novicio hace la profesión. renuncia por completo a la propia voluntad y promete, por amor de Dios, someterse incondicionalmente a las disposiciones de sus Superiores, quienes pueden disponer de los súbditos para los ministerios que los juzguen más aptos, incluyendo los que deben ejercer fuera de la propia patria entre infieles.

Generalmente hablando conciben los estudiantes de los Institutos Religiosos una idea divinamente elevada de las Misiones entre indígenas, ya por la lectura de revistas y libros misionales, ya por las explicaciones que de la vida misionera les dan sus maestros, ya también por los episodios atrayentes que oyen a veteranos misioneros, que consagraron los años más preciosos de su existencia, a la cristianización de los que carecían de las salvadoras luces del Evangelio. Este divino fuego misional se intensifica cada día con nuevos fulgores a medida que se acerca el venturoso momento de la primera Misa, día en que se ven consagrados apóstoles del bien y de la verdad.

Una de las dificultades con que se pretendió disuadir a Fr. Santos el ingreso en la Orden, fué que los Capuchinos eran enviados a evangelizar a los infieles, entre los cuales debían sufrir grandes penalidades y, tal vez, el martirio. Pero ya hemos visto, cómo nuestro biografiado exclamaba a la edad de once años: "**¡Ah! si yo tuviera la dicha de ser mártir!**". El Señor no le pedirá el martirio de sangre, mas sí la constante inmolación por la salvación de las almas.

Dos años y medio llevaba el Padre Santos ejerciendo el santo aposolado en Salamanca, cuando se vió gratamente sorprendido por una comunicación de los Superiores, participándole que había sido destinado a la Custodia de Venezuela, Puerto Rico y Cuba, con otros cuatro religiosos. Esta noticia colmó de gozo su noble corazón, ya que vislumbraba en lontananza el gran campo de acción misional, aunque nó entre infieles, por el momento, deparado por la divina Providencia, para satisfacer cumplidamente los deseos de salvar a sus hermanos los hombres.

Breves días en la casa materna para despedirse de tantos seres queridos, que experimentan la natural angustia de ver partir, tal vez para siempre, al hijo amado, al hermano de todos querido, al pariente, al condiscípulo de antaño, al amigo de la infancia... De todos recibe muestras de cariño; todos admiran su fortaleza para desprenderse definitivamente de la familia, de la patria, de cuantos lazos humanos ligan legítimamente al hombre sobre la tierra.

Y, ¿el futuro misionero? ¡Ah!, la gracia no destruye la naturaleza; ni el amor de Dios y el celo por la salvación de las almas, disminuyen las naturales satisfacciones del corazón, grabadas con caracteres indelebles por el Creador en el ser humano; antes bien, las eleva, las purifica, las hace, si se quiere, más sen-

sibles pero también más espirituales. De aquí que la separación de la familia, de la patria chica y de la patria grande imponen un sacrificio imponderable al misionero. Por eso, el Padre Santos no es insensible al dolor, cuando se desprende de los brazos de su anciana madre, ni cuando dá el último adiós al buen hermano Sacerdote que hizo con él las veces de amantísimo padre, ni cuando se despide de los otros miembros de la familia, ni cuando recorre la ribera del río en donde estudiaba la gramática latina, y conversaba con los ancianos del pueblo sobre asuntos serios, y leía libros piadosos que le abrían el ancho horizonte de la perfección cristiana y seráfica en su niñez y primera juventud. ¡Hasta la vuelta... rueguen por mi al Señor... en el cielo nos veremos para no separarnos ya jamás.

Cumplidas las exigencias de la naturaleza, bañados los ojos en lágrimas y, lacerado el corazón por tantas separaciones, parte el novel misionero para reunirse con sus compañeros de apostólica expedición. En acto solemne recibe el Crucifijo, oye palabras de aliento, deslizadas de los labios del Superior que, en nombre de Dios, le manda partir; le abrazan efusivamente sus hermanos de hábito, quienes esperan el mandato del cielo para seguir también la misma ruta apostólica, y le dicen: "Hasta muy pronto". Luego, a Cádiz, al vapor que espera para levar anclas y cruzar majestuosa y serenamente los mares, allende los cuales divisa el misionero el campo de las grandes conquistas para el redil de Cristo.

Pasan los días y aún las semanas llenos de monotonía, hasta que el día 29 de diciembre, divisan la silueta de la hermosa tierra de Borinquen, la encantadora isla de Puerto Rico, posesión vieja de España, todavía llena de recuerdos históricos patrios. Emocionado deja el vapor, se despide de la enseña bendita

símbolo sagrado de la propia nacionalidad, y cae en los brazos de otros Hermanos que le precedieron y que ansiosamente le esperaban, para compartir con él los trabajos, las alegrías y las penas que consigo llevan los ejercicios apostólicos.

El 31 del mismo mes de diciembre se reunieron los Superiores de la Custodia, y destinaron al Padre Santos de Abelgas, a la Perla de las Antillas, a la bella Cuba. Este será, por espacio de trece años, el gran campo, en donde el P. Abelgas desplegará su incontenible celo por la salvación de tantas almas como le preparaba el Pastor divino. Bayamo, Vegüita, Guisa y Cauto contemplarán el espíritu fuerte, abnegado, seráfico, inmensamente sufrido y sacrificado, del humilde y fervoroso Hijo de San Francisco.

Los deseos del P. Santos están plenamente satisfechos: desde este momento no perdonará sacrificios, disgustos, amarguras, humillaciones, persecuciones, calumnias y peligros de muerte para dedicarse a reavivar la fe con su predicación sencilla; a santificar los hogares, por el sacramento del matrimonio; a mostrar la senda de la verdadera felicidad a tantas almas que inútilmente la buscan en donde no pueden encontrarla.

VIII

EL PADRE SANTOS EN CUBA

Los Capuchinos evangelizadores de la Isla.—El Padre Esteban de Adoain.—El Padre Froilán de Rionegro en Bayamo.—El Padre Santos en dicha parroquia.—Inicia su apostolado en la Vicaría.

Siguiendo la Orden Franciscana la trayectoria misional trazada por el Seráfico Fundador, escribió páginas gloriosas en toda la América, y especialmente en Cuba, ya que el Rey de España encomendó a los Capuchinos de las dos Castillas la evangelización de la pintoresca Isla.

Hasta no hace mucho tiempo existía en la Habana el antíguo Convento de San Felipe, el cual fué célebre Colegio Misionero de Capuchinos durante largos años. De sus claustros salían los Padres en excursiones apotólicas a predicar el Evangelio por las ciudades, pueblos y caseríos, llegando hasta la Luisiana, cuando esta región pertenecía a España, a causa de habérsela cedido Francia.

Mas, la actividad misionera del famoso Colegio de San Felipe fué interrumpida por los acontecimientos políticos de la Península, entorpeciéndola primero, y extinguiéndola mas tarde con la supresión de los Conventos.

El año de 1849 fué el R. P. Esteban de Adoain enviado por sus Superiores a Cuba, con la noble misión de restaurar el Colegio de la Habana, al cual pudieran retirarse los Religiosos que moraban en Venezuela, vistas las insuperables dificultades que se les presentaban para establecer de nuevo las florecientes Misiones, que, antes de la independencia, habían fundado los Capuchinos en la Patria del Libertador.

Pero cuando el celoso Misionero llegó a la Capital Cubana, el 24 de enero del año 1850, encontró el antiguo Colegio ocupado por el Gobierno, excepción hecha de una habitación en que moraba el Padre Jacinto de Peñacerrada, Misionero Capuchino, preconizado más tarde Obispo de la Habana, quien bondadosamente cedió parte de su humilde celda al Padre Esteban. Mas este, breves dias solamente permaneció en su compañía, ya que se separó del Padre Peñacerrada para dirigirse al Convento de San Agustín, habitado por los Padres Menores de la Observancia.

Tan pronto como le fué posible, comunicó el celoso Misionero el objeto de su viaje a la Capital de la República, al Excelentísimo Sr. Obispo y al Capitán General; el cual objeto no era otro que fundar de nuevo el Colegio Misionero Capuchino en la Isla. Ambos ilustres personajes juzgaron que el acariciado proyecto reportaría grandes beneficios para la moralización de las costumbres y para levantar la piedad, bastante decaída. Para que ejecutara dicha empresa, cediéronle un Convento ubicado en la población de Guanabacoa. Gozoso, como puede presumirse, escribió el P. Esteban al Padre Prefecto de los Capuchinos establecidos en Venezuela, pidiéndole el envío de algunos religiosos. El Superior atendió su ruego, ya que, además de mandar a Cuba a los RR. PP. Julián de Hernani, y Fernando de Logroño, y al Hermano

Fray Francisco de Idoy, fué también él mismo, con el fin de colaborar personalmente en el importante asunto de la fundación.

Pero no fué posible realizar el preconcebido proyecto, porque murió uno de los misioneros y, tanto el Padre Prefecto como los otros dos religiosos tuvieron que retirarse a causa de haber contraído grave enfermedad. Con todo, el espíritu gigantesco del Padre Adoain no se acobardó ante semejante fracaso. Desde entonces se dedicó a dar misiones en la Habana y en la diócesis de Santiago. Fué celebérrima la que predicó en Bayamo, el año de 1852, en donde acompañó al Ilustrísimo Arzobispo, Padre Claret, (hoy Beato), ya que, no obstante las dificultades que se les presentaron hicieron 436 matrimonios de amancebados, y distribuyeron más de 8.000 comuniones.

Nuevas tentativas realizadas por el año de 1854 para fundar el Colegio Misionero fracasaron totalmente. Y viendo el Pedre Adoain que el objeto principal de su ida a Cuba no podía cumplirse, se retiró a Guatemala, en donde se había establecido una Comunidad de Capuchinos, para llevar con ellos vida claustral como cumplía a un perfecto religioso.

Desde la salida del Padre Esteban, de la Perla de las Antillas, hasta el año de 1905, desaparecieron los Capuchinos de aquel campo de apostolado. Mas esta ausencia debía ser temporal y no definitiva. La ciudad de Bayamo, varias veces evangelizada por nuestros religiosos, debía nuevamente participar de la benéfica siembra espiritual de los abnegados Misioneros.

Así sucedió en efecto, pues resuelto el Superior de los Capuchinos residentes en Venezuela a seguir el preconcebido plan de fundaciones, para extender la

Custodia a la República de Cuba y a Puerto-Rico, envió al R. P. Froilán de Rionegro a explorar el terreno para nuevas fundaciones, o en la Habana o en cualquier otra población de la Isla. En el mes de octubre del año 1905 llegaba el Padre Rionegro a la ciudad de Santiago. Autorizado por el Excelentísimo Sr. Arzobispo, Dr. Francisco de Paula Barnada, tomó posesión de la extensa Vicaría de Bayamo, que abarcaba, además de la capital, las parroquias de Veguita, Guisa y Cauto, las cuales en tiempo de España, todas tenían sus respectivos párrocos, mientras que, cuando llegó el Padre Rionegro, y luego otros Misioneros, un solo sacerdote estaba encargado de las cuatro, con la explicable falta de asistencia religiosa, y con el consiguiente abandono de los deberes cristianos (21).

Puede, de lo dicho, colegirse que los Padres Capuchinos tropezaron con serias dificultades en el ejercicio de los ministerios sacerdotales. De ellas se hace eco el M. R. P. Félix de Vegamián, en uno de tantos Informes enviados a sus inmediatos Superiores, cuando nuestros Misioneros llevaban ya vario años al frente de la Vicaría de Bayamo. "Bayamo, dice el citado Padre, es una de las ciudades en donde más estragos ha causado la propaganda sectaria, ya por haber sido centro de revolunes, ya por haberse visto privada de sacerdotes. Esta es la clave de lo mucho que allí sufrieron nuestros religiosos, pues no les faltaron desprecios e insultos groseros, anónimos calumniosos, con

---

(21). El curioso lector que, sobre estos breves notas históricas, desée tener informes más detallados, puede consultar las obras siguientes: Padre Cayetano de Carrocera, **Cinco años de apostolado**, año 1941.—Padre Estanisloo de Peridiello, **La Misión de Venezuela, Puerto-Rico y Cuba**, año 1930.—Padre Melchor de Escoriaza, **Crónica de las Misiones Capuchinas de Venezuela, Puerto-Rico y Cuba**, año de 1910. Padre Ildefonso de Ciáurriz, **Vida del Siervo de Dios Padre Esteban de Adooin**, Barcelona de España, año 1913.

que los denunciaban a las autoridades (civiles y eclesiásticas); y hasta llegaron a poner sus manos sacrílegas en las mejillas de uno de ellos".

No obstante el ambiente difícil y frecuentemente hostil, trabajaron los Padre denodadamente y alcanzaron alentadores frutos espirituales, pues, como indica el Padre Escoriaza en la Obra citada, en el año de 1908, o sea, tres años después de su llegada a Bayamo, hicieron 1.350 bautizos, 192 matrimonios y 6.000 comuniones. Y en el año de 1909, 941 bautizos, 136 matriomonios y 7.000 comuniones.

Cuando el Padre Abelgas llegó a Bayamo constituían la Comunidad de Capuchinos los Padres Florencio de Artavia, Superior; Angel de Lieres, y los Hermanos Fray Carlos de Peón y Fray Roque de Reliegos, que con nuestro Padre Santos, sumaban cinco operarios evangélicos para cultivar una heredad extensa y en extremo difícil.

Desde que el Padre Abelgas llegó a Bayamo empezó a ejercer los sagrados ministerios y cooperó con los otros religiosos al progreso espiritual de la población. Sin embargo, revelóse muy pronto como un gran misionero para recorrer caseríos y campos, razón por la cual aprovecharon los Superiores esas buenas cualidades para enviarle a trabajar a las parroquias de Guisa, Veguita y Cauto, y para evangelizar las gentes sencillas de muchos de los campos pertenecientes a la Vicaría.

Nuestro gran Misionero supo acomodarse al medio, percatándose de la ignorancia religiosa de las gentes a quienes debía conducir por la senda del bien. Por lo mismo, eran sus predicaciones sencillas, saturadas de paciencia y de caridad. Así, por ejemplo, para explicarles la verdad fundamental de la existencia de

Dios se valía de una comparación sumamente práctica: "Este sombrero, les decía, exige la existencia de un sombrerero, aunque ustedes no le hayan visto. De la misma manera este mundo exige un Creador que le haya dado la existencia; a ese Creador le llamamos Dios; luego Dios existe".

Su trabajo fué siempre constante y sin desmayos. Conoció y trató a muchos ancianos que habían oído la predicación del Padre Claret y la del Padre Esteban de Adoain. Como fruto de su abnegada labor recogió la santificación de innumerables hogares de amancebados, santificándolos mediante el sacramento del matrimonio, y evitó muchos crímenes y suicidios, pues en aquel tiempo la superstición, el espiritismo y las pasiones políticas habían arrojado semejante desgracia sobre el Oriente de la República.

Las gentes sencillas, los hombres de negocios y los personajes más elevados de la sociedad, aceptaban gustosos la predicación sencilla del humilde Capuchino, y con él mantenían íntimos lazos de verdadera amistad. De cerca trató a varios célebres caudillos de la independencia de Cuba, a alguno de los cuales, le prestó los auxilios de la religión en la hora de la muerte.

Supo en cierta ocasión que se maquinaba contra la vida de un prestigioso ciudadano; el Padre Santos, de noche, y sin pérdida de tiempo, se fué a su casa, que distaba más de dos leguas; lo condujo a Bayamo, y le evitó una muerte segura.

IX

EL CALVARIO DEL PADRE SANTOS EN CUBA

Dos noches toledanas.—Privaciones en sus ministerios. "Ahí viene un engañador".—"O me das la plata, o te mato". — Una procesión tumultuosa. — Los sacramentos a una viejecita.

Cuando Jesucristo preparaba a sus discípulos para el ejercicio del apostolado, les enseñó el siguiente principio: "El discípulo no es de mejor condición que el Maestro". Y de aquel dedujo una consecuencia práctica que deberán tener presente cuando ellos vayan a predicar: "Si no os recibieran en una ciudad, marchad a otra, sacudiendo aún el polvo de vuestras sandalias (22).

Los pregoneros del Evangelio son herederos del Salvador de los hombres. Y si El caminó por la senda sembrada de espinas y de punzantes abrojos, de humillaciones y desprecios, de calumnias y persecuciones, de cruz y de muerte; esta es la herencia legada por el Redentor a sus cooperadores más próximos, íntimos y fieles en la siembra de la doctrina evangélica.

Como el Padre Abelgas se había propuesto seguir de cerca las huellas marcadas por el divino Maestro, tuvo que recorrer la vía dolorosa y ascender en sus

---

(22). San Juan, XV, 20.

ministerios a la montaña del Calvario, y beber el cáliz de la amarguara.

Salió en cierta ocasión a un caserío de Bayamo con el objeto de administrar el sacramento del bautismo; asistieron a la ceremonia unos jóvenes irrespetuosos y libertinos en estado de embriaguez, los cuales, hincados de rodillas, le pedían por burla la bendición. El Padre Santos, humilde y paciente como era, no se inmutó, antes bien, soportó el escarnio con encomiable resignación. Sin embargo, para que semejantes escenas no se repitieran, tomó cartas en el asunto el Padre Nicolás de Cármenes, Superior de la Casa, quien en otra ocasión similar, se enfrentó a aquellos jóvenes atrevidos, afeándoles el acto realizado con el sufrido Padre Abelgas, logrando que desistieran de molestarle en lo sucesivo.

En una de sus frecuentes excursiones apostólicas se hospedó en el domicilio de una familia, la cual le señaló determinada habitación para que pernoctase en ella. Cansado como estaba del trabajo del día, colgó su chinchorro y se entregó al descanso. Cuando suponíanle ya dormido, entraron en el mismo aposento dos recién casados por el mismo Padre; también ellos acomodaron su dormitorio en la dicha estancia, para molestarle y hacerle pasar una noche toledana.

Otra vez ejerciendo los ministerios en el caserío el "Dátil", organizaron un baile nocturno varias parejas de negritos, aprovechando la ocasión de la concurrencia motivada por la fiesta religiosa. Fatigados de tanta danza, a altas horas de la noche, se retiraron, en **partida doble**, al cuarto donde dormía el Padre Santos; primero dos, luego cuatro, y más tarde cuantos cabían en la reducida habitación. Los huéspedes creyeron dormido al misionero y continuaron las francachelas del baile, proporcionándole una **negra** noche,

por la falta de cultura, decoro y delicadeza, amargura que él soportó en silencio con su acomtumbrada mansedumbre y paciencia.

Hubo en los campos de Bayamo épocas de grande miseria durante el tiempo en que nuestro biografiado permaneció en la Vicaría; y como él no se preocupaba de las propias necesidades, llegaba con frecuencia a dichos lugares con sólo el desayuno o únicamente con la taza de café de la mañana. Pero nada pedía, y se retiraba tranquilamente a dormir. Es fama entre los Religiosos que pasaba días enteros sin probar alimento de ninguna clase. Fué nota personal suya atender antes a las necesidades ajenas, y luego, si había facilidad, remediar moderadamente las propias. Cuando algunas personas devotas querían obsequiarle, jamás aceptaba bebidas alcohólicas, tomando solamente una taza de café.

El celo por la salvación de las almas le mostraba en todo momento ancho campo para saciarlo; las parroquias, los caseríos, los rincones más apartados, donde hacía mucho tiempo que no asomaba ningún Ministro del Señor; las haciendas, los ingenios azucareros eran visitados frecuentemente por el celoso misionero. Mas no siempre recibían sus visitas con la sinceridad conque él las jiraba. Se dirigió una vez a cierto caserío en donde había un Ingenio con su correspondiente alambique. Ya a la vista el misionero, una Magdalena mundana dícele al dueño: "Ahí viene un engañador". Inmediatamente ordenóse al vigilante que le hiciera salir de aquel lugar en el perentorio timpo d vinticuatro horas...

Muchos de los moradores que conocían al Padre Santos y habían sido testigos de su vida ejemplar, quedaron maravillados de su rápida partida, porque ignoraban la orden de abandonar el caserío; pero él no

se quejó de aquella violencia, y sólo dijo a los presentes: "Me voy, porque tengo mucha prisa". Jesús había dicho a los Apóstoles que se marcharan cuando no fueren recibidos; el Padre Santos cumplió al pie de la letra la disposición del Maestro.

Sin embargo, no todos participaban de la dureza de corazón para rechazarle; un joven español se acercó al dueño y le dijo: "Ese es un Padre de Bayamo, es un misionero capuchino, es el Padre Santos". Al poco tiempo se enfermó de gravedad la infeliz Magdalena y pedía y suplicaba que el Padre Abelgas fuera a confesarla, aunque hubiera que pagar doscientos pesos. Los encantos de la vida alegre se habían trocado en aleccionadores desengaños en la hora de la muerte.

Era nuestro biografiado muy desprendido de las cosas de la tierra, y nunca buscaba recompensas personales; pero, en virtud del voto de pobreza, no podía rechazar las limosnas correspondientes a sus ministerios; aceptaba, por lo mismo, los estipendios de las misas y otros emolumentos para entregárselos al Superior. En una de tantas correrías apostólicas por los campos, recibió determinada cantidad de dinero, la cual, según el criterio de un testigo, sumaba no pocos pesos. De regreso por la noche a Bayamo, le salió al paso un ladrón verdadero o fingido, armado con un machete, quien le intimó amenazante que le entregara cuanto llevaba, bajo pena de muerte: "O me das la plata que llevas, o te mato". Sorprendido por el inesperado lance, se encomndó a Dios y habló dulcemente al salteador con las siguientes palabras: "El dinero que llevo no es mío, ni puedo disponer de él, si no te lo diera todo". Quedó el hombre petrificado, y sin pronunciar una sílaba, miróle alejarse hasta que ambos se perdieron de vista.

Existía entre algunos habitantes de la Vicaría de Bayamo la costumbre de celebrar una procesión en

honor de San Blas, prolongándose hasta la madrugada del día siguiente: todos los Padres deseaban que terminara aquel acto acompañado de no pocas irreverencias; mas no encontraban la manera de suprimirle. El párroco ordenó al Padre Santos que presidiera la procesión, pero debiendo retirarse a las ocho. Indicó humildemente el Padre, que sería muy difícil por la inveterada costumbre reinante; obedeció, sin embargo, sacó la procesión y se retiró a las ocho, conforme a la orden recibida. Entonces armaron los negritos un escándalo de padre y señor mío, con gritos y protestas, en la plaza y ante la Residencia parroquial, sufriendo con resignación el buen Padre las consecuencias de la impremeditada disposición del Superior.

"No es raro que el misionero se extravíe en sus excursiones apostólicas al penetrar por lugares enteramente desconocidos. Nuestro Padre Abelgas, según referencias de algunos compañeros suyos, llegó en sus jiras misioneras a rincones tan apartados, que, desde que allí estuvo el Padre Esteban de Adoain, no habían visto sacerdote alguno.

"En una de estas excursiones anduvo caminando por andurriales y vericuetos, de acá para allá, sin rumbo fijo, viniendo a parar, por fin, a un rancho medio destruído en que vivía una enferma gravísima; estaba amancebada. La confesó, la administró la Extrema-Unción, la recomendó el alma, y al poco rato, en presencia del mismo Padre... murió. La Providencia divina velaba por aquella alma pecadora, y al fin de su vida le enviaba un Ministro para que la salvase. La pérdida o extravío había sido providencial" (23).

(23). Padre de Carrocera, Ven, Misionera, año 1º, pág. 120.

X

LAS OBRAS MATERIALES EN LA VICARIA DE BAYAMO Y EL PADRE SANTOS

Restauración de la iglesia matriz y la de la Luz.— Nueva casa parroquial en Bayamo. — El dinero perdido y San Antonio. — Reparación de las iglesias de Guisa, Veguita y Cauto.

"Cuando nuestros misioneros llegaron a la Isla de Cuba y se posesionaron de la Vicaría de Bayamo, sólo había una iglesia pequeña abierta al culto y esa nunca se llenaba. fuera de alguna fiesta extraordinaria" (24).

La revista católica de la Habana "San Antonio". dirigida por los Padres Franciscanos, hizo una descripción detallada del estado en que se encontraban las iglesias de Bayamo y del trabajo realizado por los Capuchinos para su reparación.

"Este magnífico templo (iglesia mayor de Bayamo), la joya más valiosa, donde se encontraban las tradiciones y los recuerdos más gratos de todos los Próceres Bayameses, fué pasto de las llamas con la

---

(24). Padre Peridiello, **La Misión de Venezuela, Puerto Rico y Cuba,** pág. 129.

Ciudad el once de enero de 1869. De las doce iglesias de la histórica Ciudad, sólo se salvaron la Iglesia de la Luz, la que quedó en estado ruinoso, y la Capilla de los Dolores, adosada a la iglesia del Santísimo Salvador.

"En varias ocasiones se trató de reedificar dicha iglesia Mayor, pero todas las tentativas resultaron inútiles; solo las autoridades españolas le pusieron el techo de zinc y el piso de ladrillo, utilizándola como hospital militar.

"Durante la evacuación, por imprudencia, debida a sus pocos años, dos niños le prendieron fuego, siendo uno de ellos víctima de las llamas.

"Desde 1898 hasta 1905 estuvo desmantelada, amenazando ruina; en ese año llegaron a Bayamo los Padres Capuchinos, cuyo primer Superior, Fr. Froilán de Rionegro, quiso desde luego, evitar su total ruina, poniéndole el techo de teja francesa. En esta labor tuvo como principales cooperadores a D. Lorenzo Soto, al Licenciado Elpidio Estrada, a Don Delmiro Catasús, a Don Rafael Lavernia y al Ilustrísimo y Reverendísimo Sr. Barnada, quien se hizo cargo de pagar los ochocientos pesos que quedaron de deuda" (25)..

Las obras de reconstrucción continuaron con los Padres Salvador de Palacios y Nicolás de Cármenes, quien logró ponerles cima, hacer altares, ornamentarla y dotarla de cuanto era necesario para desplegar el culto como convenía a la soberana Majestad de Dios y lo pedían las familias católicas de Bayamo.

Tampoco tenían los Padres Residencia o casa pa-

---

(25). Autor y obra citodo, pág. 233-234.



Iglesia Matriz del Santísimo Salvador de Bayamo (Cuba).



Residencia de los Padres y parte posterior de la Iglesia de Bayamo.

rroquial; todo había desaparecido; ellos, desde su llegada, "ocuparon una casa que era resto del antíguo convento de San Francisco, con sus ruinas y huerta. Todo lo cual había sido notablemente mejorado por los Padres. Adosado a la casa había levantado el Padre Florencio un salón, ampliado más tarde por otros Padres...

"El Prelado quería levantar la casa parroquial junto a la iglesia Mayor, ya en reconstrucción, y que los Padres se trasladaran a ella, y el lugar que ocupaban, convertirlo en Colegio, a lo cual ninguna dificultad opusieron los Padres Capuchinos" (26); antes, bien emprendieron resultamente la edificación de la casa, sin abandonar los trabajos de la iglesia Mayor.

"Además, dice la citada revista, los Padres Capuchinos construyeron por su cuenta y a su exclusivo costo, la hermosa casa adosada a la Iglesia, cuyo plano fué ejecutado por el Padre Nicolás de Cármenes, quien exclusivamente dirigió las obras después de puestos los cimientos".

Es natural, por pedirlo así el orden y la disciplina, que en la dirección y en el mejoramiento espiritual y material de una parroquia, aparezca en primera línea y cual motor principal, en los documentos oficiales y en las crónicas de divulgación, el nombre del párroco en cuyo tiempo se realizaron las obras de transformación en ambos órdenes. Por eso no se verá la intervención del Padre Santos, ni la de otros Padres Misioneros, que eficazmente cooperaron a la restauración de la Iglesia del Salvador y a la contrucción de la bella y espaciosa casa parroquial.

Con todo, el Padre Cármenes atribuye gran parte de los éxitos alcanzados, a las oraciones, a los con-

(26). Padre Estanisloo de Peridiello, Obra citado, pág. 230.

sejos y al trabajo perseverante y abnegado del Padre Abelgas. "Dios nuestro Señor nos hizo varios prodigios estando un servidor de Superior, algunos de los cuales hay que atribuirlos a las oraciones del Padre Santos... Mucho trabajó y se desveló en la construcción de la casa parroquial y en la terminación de la iglesia de Bayamo; estoy cierto de que, sin su trabajo, sus conocimientos e influencias, no se hubiera podido realizar el esfuerzo que supone el haber gastado durante los tres años y algunos meses que estuve de párroco, la cantidad de 175.000 pesetas, sin contar los materiales reunidos anteriormente por el Padre Salvador, y los gastos que él para etonces había ya hecho" (27).

El Padre Santos cultivó con delicadeza la devoción al Santo de los milagros, Antonio de Padua, lo mismo cuando estaba en Bayamo que, cuando más tarde, fué destinado a la Misión del Caroní. Y el taumaturgo paduano jamás defraudó la confianza que en él depositaba.

Cierto día en que los Padres de Bayamo estaban pasando los mayores apuros, por falta de recursos para remunerar a los obreros el trabajo de la semana, regresaba del campo el Padre Abelgas, con los modestos ingresos correspondientes a sus trabajos apostólicos. El Superior esperaba aniosamente su regreso, como el agricultor espera las benéficas aguas del florido mayo, para cumplir el deber contraído con los trabajadores.

Cuando ya regresaba a caballo, un pobre necesitado le pidió limosna por amor de Dios; no podía el corazón generoso del misionero negársela. Por lo mismo, echó mano a su portamonedas y le alargó algunos

(27). Padre Cármenes, Informe particular, año de 1938.

recursos, pero con tan mala suerte que, sin advertirlo, se le cayó la cartera al suelo. Llegado que hubo a la Residencia, se dió cuenta del extravío, mas nada dijo al Superior ni a los demás religiosos. Por la mañana del día siguiente celebró la santa Misa muy temprano, encomendó el asunto a San Antonio y partió a caballo para el lugar a donde creía haber perdido el dinero, que distaba cuatro lueguas. Buscó entonces y anduvo más de cien metros adelante sin resultado alguno. El caballo corcovea, y brinca y salta, y remueve la arena de la carretera; mira al suelo el Padre Santos y, asombrado ve la cartera, la toma en sus mnos y nota que nada falta, no obstante haber pasado gentes, y carros por aquel lugar después que a él se le cayó el dinero. ¿Milagro de San Antonio, en quien siempre depositaba su confianza, y a quien había ofrecido una misa cantada?...

Por el año de 1917 informaba el Padre Félix de Vegamián que Bayamo había, por la misericordia de Dios, cambiado en lo espiritual y en lo material que se relacionaba con la reparación de iglesias de la ciudad. En cuanto a lo primero consignaba que existían dos Congregaciones con bastante piedad; el Apostolado de la Oración y las Hijas de María. Referente a la parte material, que se habían restaurado las iglesias del Salvador, de la Luz y las de Veguita, Guisa y Cauto.

XI

EL PADRE SANTOS Y LOS MORADORES DE LA VICARIA DE BAYAMO

Verdadero santo. — Caritativo, humilde y abnegado. —Reputación inmejorable. — Complaciente sin ligerezas. — Amigo consecuente.

No son muchos, ciertamente, los datos que, a cerca de la actuación del Padre Abelgas en Cuba, hemos podido recoger; con todo, nos han llegado últimamente algunos informes de personas que le conocieron, los cuales hablan muy alto de sus virtudes y de la abnegación con que ejerció el aposolado. El primero de dichos informes es de la señorita, ya anciana, Patrocinio de María Soto Izquierdo. Otros tres son, del señor Pedro Tamayo, farmacéutico en Guisa; de la señora Juana Veloz Rodríguez, y del señor Felipe Chaves, vecino también de Guisa.

La señorita Patrocinio, hija del caballero católico D. Lorenzo Soto, fué insigne colaboradora, desde que nuestros misioneros llegaron a la Isla, en cuantas obras espirituales y de orden material que ellos emprendieron para el progreso de la parroquia. Trató íntimamente al Padre Santos, como a los demás religiosos, y de él se expresa en los términos más laudatorios, como puede verse en la relación remitida y, a continuación consignada.

"Respecto a los datos de la vida del Padre Santos, sólo puedo decirle que, a cuantos le trataron se les oía decir, que era un **verdadero santo,** en su trato sencillo y lleno de caridad para con todos. Su humildad era muy grande, pues siempre se consideraba inferior; en los años que fué mi confesor, me decía: "Confiésese con otros Padres que son más santos que yo, y saben más que yo". Siempre lo ví sufrido y con igualdad de carácter; igualmente fervoroso, especialmente en el santo Sacrificio. He aquí lo que puedo informarle".

El señor Tamayo empezó a tratar a nuestro misionero apenas llegado a Bayamo; fueron buenos amigos, y le acompañó frecuentemente a los caseríos. Por lo mismo, pudo observar de cerca la conducta del Padre Abelgas, y de él dice: "Me pareció siempre un hombre consagrado a su profesión sacerdotal; no era hermético, sino comunicativo y afable; con todo, jamás se permitió bromas de mal gusto ni otras libertades. Se esforzaba por llevar el conocimiento de Dios a las inteligencias de los campesinos, como pude observarlo en tantas veces como le acompañé a los campos. Solía insistir ante la gente del campo en que le llamaran cuando había enfermos, para administrarles los últimos sacramentos; esta observación me la hizo a mí también muchas veces, ya que yo visitaba los campos para ver a los pacientes. Con admirable resignación llevaba la enfermedad del hígado que le proporcionaba grandes molestias, asegurando que Dios siempre dispone lo mejor.

"Era muy querido de todos, que le estimaban como a sacerdote ejemplar. Nunca le ví con ánimo alterado. Las dificultades que hallaba en sus ministerios eran falta de salud y caminos intransitables: de la primera hacía poco caso, diciendo que era fuerte, a la segunda hacía frente con gran serenidad. No le oí

jamás quejarse de nada ni de nadie. Tampoco aceptó nunca cerveza. Al llegar a las casas solía tomar una tacita de café".

Cuando el Padre Santos iba a la parroquia de Guisa almorzaba y comía en la casa de la señora Veloz González, la cual asegura que era muy frugal. "El era muy frugal, y solía avisarme a veces que no le preparara carnes. Era, así mismo, de trato humilde y afable. Su predicación era grata a los oyentes, aunque yo no puedo formarme idea exacta sobre la misma. Su fama era excelente. Las gentes afirmaban que mucho le convenía el nombre de Santos que llevaba".

También el señor Felipe Cháves conoció al Padre Santos desde que llegó el misionero por vez primera a Guisa. Según el señor Cháves "la conducta del Padre fué siempre ejemplarísima, sin haber oído jamás cosa alguna desfavorable a su buena fama; antes, a mi juicio, disfrutaba de una reputación excelente.

"En sus exhortaciones al pueblo manifesaba gran celo por el bien de las almas. Recuerdo que, en una ocasión en que se hallaba el Padre Santos en mi compañía a la puerta de mi casa, pasó por delante un ancianito, del cual dijo: "¡Pobre ancianito! ¡Sabe Dios cómo llevará el alma!".

El Padre Santos no era partidario de cultivar amistades inútiles que le restaran tiempo al trabajo en bien de las almas. Sin embargo, fué muy agradecido a cuantas personas le ayudaban a él o colaboraban con los otros Padres. Entre las familias de Bayamo, se distinguió por su cariñoso afecto y cooperación, la del señor Lorenzo Soto, y especialmente, según dejamos apunado, él mismo y su hija Patrocinio. Con ellos mantuvo el Padre Abelgas la más sincera amistad, aún después que la obediencia le trasladó a las Misiones del Caroní.

Ante la vista tenemos, en efecto, varias cartas que prueban su consecuente amistad, el dolor que experimentaba por las pruebas de las personas amadas y los saludables consejos con que procuraba mitigar sus penas.

Ya desde Caracas escribía una carta al amigo don Lorenzo, indicándole los motivos de la partida, sin despedirse de él y de su familia, aunque para nosotros fueron el deseo de ofrecer al Señor un sacrificio completo, privándose de aquel pequeño placer.

En el Caroní recibió la esquela mortuoria y una carta de la señorita Patrocinio en la que le participaba el fallecimiento de su cristiano padre. El Padre Santos, sin pérdida de tiempo, contestó, asociándose a la pena que afligía a la distinguida familia. "Acabo de llegar a casa, después de algún tiempo de ausencia, escribe el Padre Santos, y me encuentro con una esquela mortuoria y un periódico de Bayamo, que me anuncian la triste noticia de la muerte de su amantísimo e inolvidable padre, acaecida el día 20 de mayo. Después de dirigir a Dios nuestro Señor una oración por el descanso de su alma, me uno a su mamá, a usted y a toda su familia, desde estas lejanas tierras, para acompañarles en el más profundo sentimiento, por la pérdida de un ser tan querido, que se separa de su lado y también de nuestro lado; porque su padre lo era también nuestro, por el interés que tomaba por todos los capuchinos; lo mismo en lo próspero que en lo adverso.

"Mas, no tenemos otro remedio que resignarnos a la voluntad de Dios, diciendo con el santo Job: "Dios nos lo dió, Dios nos lo quitó; sea el nombre de Dios bendito". Y mejor aún, con Nuestro Señor Jesucristo: "No se haga mi voluntad, sino la tuya". Hace algún



Interior de la iglesia Mayor de Bayamo.



Monseñor Nistal y varios Misioneros en Tucupita (el P. Santos el segundo a la derecha).

tiempo que un servidor tenía como un presentimiento de que había muerto y, desde entonces, pedía por su eterno descanso; muchos eran también los días que soñaba con él.

"Si es verdad que debe entristecernos una separación tan dolorosa, debe también alentarnos la esperanza de que, después de breve tiempo, le volveremos a ver en el cielo, para alabar a Dios por toda la eternidad. Esta esperanza nace en nosotros de aquellas sacratísimas llagas de Jesús crucificado, muerto por nosotros en la Cruz. Mientras tanto, unámonos a su Sagrado Corazón por medio de la conformidad con su santísima voluntad, en medio de todas las amarguras de la vida, no permitiendo que nuestro corazón o voluntad se peguen si no es a Jesucristo. Por si aún necesita su papá de nuestros sufragios, lo encomiendo siempre en el santo sacrificio de la Misa".

Por el estilo de esta son todas las cartas del Padre Santos; tiernas, consoladoras, edificantes, alentadoras, apoyando sus consejos y razonamientos no en motivos humanos, sino en la fe y en la esperanza divinas, que nos permiten entrever las satisfacciones celestiales y eternas que se han de seguir a las lágrimas derramadas en este mundo con resignación cristiana.

XII

DE CUBA A VENEZUELA

Los Capuchinos, Misioneros de Venezuela. — Desaparición de las Misiones. — Tentativas de restauración. —Exito completo. — El Padre Santos Misionero del Caroní.

"Los Misioneros Capuchinos pueden reclamar con todo derecho un puesto distinguido en la Historia de Venezuela; ya que, como es sabido, ellos fueron los que, desde mediados del siglo XVII hasta la guerra de la independencia, evangelizaron y civilizaron la mayor parte del extenso territorio venezolano.

"Obligados al fin, bien a pesar suyo, a abandonar esta tierra para ellos tan querida, a causa de los acontecimientos de la guerra emancipadora, pudieron regresar a ella, por los años de 1842-43, pedidos por el Gobierno del General Páez, que deseaba restaurar las antíguas Misiones.

"Más, causas ajenas a la voluntad de los Misioneros impidieron que se llevase a cabo por entonces tan hermoso proyecto; lo mismo sucedió medio siglo más tarde cuando en 1891 arribó a las playas venezolanas otra expedición de Capuchinos, pedida por Monseñor Uzcátegui con autorización expresa del Gobierno de la República para fundar Misiones entre indígenas.

"Pasaron los años, y.... después de larga espera y de muchas gestiones por parte de los Superiores de la Orden con el Gobierno de Venezuela, llegó, por fin, el día en que fué verdadera realidad la fundación de la Misión del Caroní.

"El 21 de febrero del año 1922 se firmó el Convenio celebrado entre el Gobierno de la República y la Orden Capuchina, por el que se creó dicha Misión, cuyos límites son los siguientes:

"Por el Norte, desde el puerto de San Félix sobre el río Orinoco, la costa de este río hasta el límite del Territorio Federal Delta-Amacuro: Territorio que queda íntegramente comprendido en la jurisdicción de la Misión. Al Este, el límite de Venezuela con la Guayana Inglesa. Al Sur, el límite con el Brasil hasta el nacimiento del río Paragua en la Sierra Pacaraima; y al Oeste, el curso del río Paragua. La extensión total del Vicariato del Caroní es de unos 170.000 kilómetros cuadrados, con un total de 70.000 habitantes" (28).

Como de antemano se abrigaban las más halagüeñas esperanzas de las gestiones iniciadas para restaurar las antíguas Misiones de Guayana, los Superiores de la Orden, de acuerdo con el Excelentísimo Prelado de la Diócesis de Santo Tomás, tomaron posesión de la parroquia de Tucupita, en el Territorio Federal Delta Amacuro, el 18 de agosto del año 1919, y destinaron a la misma al R. P. Arcángel de Valdavida y al Venerable Hermano Fr. Saturnino de Bustillos. En octubre del referido año llegó a Tucupita el R. P. Samuel de San Mateo, pero debió ausentarse el P. Valdavida, a causa de las fiebres palúdicas que, con pertinacia, le atacaron. En junio de 1920 fué enviado, para reemplazar al Padre Arcangel, el R. P. Epifanio de Soto.

(28) Padre Carrocera, *Ven. Mis.*, año 1° pág. 174-175.

quien, también por motivos de salud, tuvo que retirarse el año de 1922. Antes del establecimiento definitivo del Vicariato, o sea el 22 de febrero de 1923, arribó el Padre Santos de Abelgas a Tucupita (29). Su traslado no carece de episodios edificantes que manifiestan su espíritu de abnegación, pronta obediencia y confianza filial en la Providencia de Dios. El R. P. Victorino de San Martín nos los ha comunicado en Informe particular que tenemos a la vista, y del que entresacamos los párrafos siguientes:

"Cuando yo llegué a la Habana, dice el Padre San Martín, el 1º de enero de 1923, procedente de Venezuela y con destino a Bayamo, me encontré con el Padre Sanos de Abelgas en la Residencia de los Padres Franciscanos, esperando la salida del vapor "Montevideo", de la Compañía Trasatlántica española, rumbo a La Guaira, con el fin de incorporarse, como Misionero, al recién fundado Vicariato del Caroní.

"Estaba enfermo, con fiebre y accesos de tos cavernosa que impresionaba por su intensidad y repetición frecuente. Hallándose en estas condiciones, le fué comunicada la obediencia de su traslado a Venezuela y, rápido, sin dar a conocer el mal que padecía, dejó la cama y tomó el tren para la Habana, donde tuvo que acostarse apenas llegado, en un estado de postración que a todos nos daba lástima. Tan solo un día permaneció en el lecho; pues, al siguiente, comenzó los trámites de ley necesarios para el arreglo de su documentación personal, sin preocuparse de la enfermedad, y sin dar oídos a mis repetidas indicaciones para que pusiera zapatos, conviniendo únicamente en abrigar los pies con medias, pero sin dejar las sandalias.

---

(29). Carta del P. Samuel al P. Antonino de Carrocera, Men. Seráfico, año 1923, pág. 658.

"Las gestiones que realizó en la consecución del pasaporte y las idas y venidas a que le sometieron, agotaron los recursos de su exiguo portamonedas, viéndome yo precisado a pedir al Superior de los Franciscanos algunas celebraciones, con las cuales se remedió hasta Curazao, en cuyo puerto el P. Carmelo de Arroyo que viajaba para España, le socorrió oportuna y convenientemente.

"Recordando estas cosas, años después, en Caracas, me decía el P. Santos: "La Providencia ha velado siempre por mi y ha remediado mis necesidades. Cuando me trasladaron de Cuba a Venezuela, no caí en la cuenta de que la rebaja de precio que teníamos para el ferrocarril de Oriente no servía para el otro, por ser Compañía distinta. Por lo cual, en Santa Clara me exigieron el pago de cinco dólares, si quería continuar a la Habana. Rogué al de la estación me hiciera la caridad de proporcionarme el billete, pues yo no disponía de aquella cantidad. Y, apenas formulé mi ruego, un señor, para mi completamente desconocido, alargó al de la estación unas monedas, diciendo: **Ahí van los dólares para el Padre**".

Partió, pues, el Padre Abelgas de la Isla de Cuba a la República de Venezuela, en los primeros días del mes de enero de 1923, en el vapor español "Montevideo", y llegó felizmente al puerto de La Guaira, desde donde se dirigió a Caracas, para pasar unos días de reposo con sus Hermanos los Padres de la iglesia de las Mercedes, a quienes edificó con su piedad, humildad y gran espíritu de sacrificio, para marchar resueltamente a la Misión del Caroní.

Después del breve descanso, otra vez a La Guaira, y desde allí a Tucupita a donde llegó el 22 de febrero, según ya dejamos consignado. Esta población será por dos largos años, el nuevo campo de su celo

apostólico, desde la cual emprenderá, así mismo, largas y penosas excursiones para hacer el bien a los civilizados, y para llamar a la vida cristiana a los pobres hijos de la selva que yacen en las tinieblas del error y duermen el sueño de la muerte del alma.



El Padre Santos en Tucupita para dedicarse al apostolado en la Misión del Caroní.



Panorama general del Puerto de Tucupita en el bajo Orinoco.

XIII

EL PADRE SANTOS EN TUCUPITA

Tucupita en 1919 y hoy. — Apostolado entre los criollos. — Visitas a las rancherías de indígenas. — Por el Caño "Araguao". — Una carta interesante.

"Quien visita hoy la ciudad de Tucupita, y quien la conoció por los años de 1919, cuando los Padres Franciscanos - Capuchinos se hicieron cargo de la parroquia, no puede menos de admirar el progreso en todos los órdenes y la transformación que ha sufrido.

"Hace poco más de veinte años, Tucupita era un pueblo pequeño, de aspecto nada atrayente, con la mayor parte de sus casas que no pasaban de la categoría de ranchos míseros, sus calles estrechas, llenas de barro y agua, y los pocos comercios con que contaba, sin importancia y sin nombre. La iglesia, si así podía llamarse, era morada de murciélagos y rinconera de trastos viejos. Planteles educacionales... brillaban por su ausencia.

"Hoy, en cambio, Tucupita ofrece al viajero la realidad del progreso en todos los órdenes y está convertida en una señora Ciudad. El radio de la población se ha extendido en grandes proporciones; las viviendas se han multiplicado en número, en comodidad

y en belleza interior y exterior; las calles, rectas, prolongadas y anchas, con aceras de concreto, tan bien construídas, que nada tienen que envidiar a las mejores de las grandes capitales de estado; los comercios y las bodegas, bien acondicionados y mejor surtidos; los centros escolares, federales y territoriales, graduados casi todos, y el Colegio de la Sagrada Familia, también graduado, de las Misioneras Capuchinas, han convertido a la capital del Territorio en centro de intenso progreso cultural.

"La antígua morada de murciélagos ha sido reemplazada por una iglesia capaz y bella, con dos torres gemelas, la que, levantada por el esfuerzo de los Padres Capuchinos, a costa de tiempo y de grandes sacrificios, se asoma, entre las filas de casas, al caño Mánamo, y, risueña, saluda maternalmente a los pasajeros que fatigados llegan al puerto, invitándolos a reposar en sus cómodos bancos, y a levantar su corazón a Dios que preside, desde su morada, el laudable progreso religioso, intelectual y material de la ciudad.

"Pues aún le esperan días de mayor bonanza, porque varios taladros introducidos en las entrañas de la tierra, a una profundidad de tres mil pies, según referencias, han descubierto el tan apetecido y con ansias buscando ORO NEGRO, quiero decir, el PETROLEO" (30).

Este progreso se debe, en gran prate, a la actuación de los Capuchinos, y especialmente, al Padre Samuel de San Mateo, a quien le tributó un homenaje póstumo muy merecido, la ciudad de Tucupita, en años pasados.

Dos años permaneció el Padre Abelgas en Tucupita; es decir, desde su llegada a dicha población, has-

---

(30) Padre Bustamante, **Ven Misionera,** año 1946, pág. 100-101.

ta que en el año de 1925 fué trasladado al Araguaimujo para evangelizar a los indígenas.

Asombra en verdad la activa fecundidad desplegada durante estos años por el abnegado misionero en los caseríos del bajo Orinoco. Pedernales, la Horqueta, Coporito, Macareito, San Salvador, Los Remolinos, Tórtola, Santa Catalina, Varadero, Sacupana del Cerro, El Toro, Piacoa, Los Castillos de Guayana, fueron teatro constante, en donde sació su celo apostólico en bien de las almas, y marcó indeleblemente las huellas de sus trabajos y de sus virtudes; por lo cual, las gentes evangelizadas no dudaron en llamarle **santo**, no por el nombre que llevaba, sino por el celo, por la vida penitente, devota y mortificada.

Toda la parroquia recibió sus benéficas visitas, y, además, las pertenecientes a la Diócesis de Santo Tomás, Barrancas, Uracoa y Tabasca. En ellas bautizaba a los pequeñuelos, casaba a muchos que vivían en mal estado, más por falta de sacerdote que por corrupción y negligencia; predicaba a los adultos, enseñaba el catecismo y preparaba primeras comuniones de niños. Merecido tiene el título de apóstol de los campos, pues en Cuba y en Venezuela ese fué su fuerte y su más favorita ocupación. Sncillo, abnegado, popular, era conocido y querido de cuantos le trataban. El aspecto de su persona hablaba más elocuentemente a aquellas gentes buenas y sencillas, que las palabras: "Christi bonus odor sumus Deo, in iis, qui salvi fiunt, et iis, qui pereunt". Porque nosotros somos el buen olor de Cristo delante de Dios, así para los que se salvan, como para los que se pierden (IIa. Cor., II, 15). Soy, podía decir el misionero, el buen olor de Cristo para todos y en todo lugar (31).

---

(31). Carta al Director del Mensajero Seráfico, año de 1924, pág. 401.

Por los meses de julio y agosto misionó en los caseríos de La Horqueta, Cocuína, La Caimocha; y a fines del mismo agosto, nuevamente salió para San Salvador y Macareíto. Su espíritu naturalmente tranquilo, se inquietaba ante la miseria espiritual de las almas. Por eso, no descansa, visitando en setiembre a Uracoa, Coporito, Tórtola, el Varadero e Iguana. Es cierto que padeció privaciones, molestias sin cuento en los viajes, que le asaltaron las fiebres palúdicas, pero, confortado con la gracia de Cristo, peleó en todo momento sus batallas como fiel y valeroso soldado.

A los quince meses de su llegada a Tucupita pudo escribir de él el **Padre Félix de Vegamián** (senior). "que había recorrido en distintas direcciones, en pequeñas curiaras, la mayor parte de los brazos del Orinoco... En tan poco tiempo se dió a conocer a casi todos los moradores del Territorio, y, civilizados e indios, todos le apreciaban y estimaban, retribuyéndole de alguna manera tantos sacrificios por ellos generosamente soportados; como el tener que alimentarse por algunos días, entre los indios con solo gusanos, tomados de la palma de moriche, el de verse sumergido, al voltearse la curiara, en las caudalosas aguas del Orinoco, y otros semejantes. Los nuevos misioneros encontrarán en éste Padre veterano un ejemplo viviente, que, con sus proezas, les infundirá valor y denuedo (32).

Mas los campos dorados con que el Padre Abelgas soñaba en su juventud, no eran ciertamente aquellos caseríos de criollos, con tanto cariño evangelizados; su mirada había ido mucho más lejos: Eran los paganos, los infieles, los indígenas carentes de la luz purísima de la fe, quienes le llamaban, y ocupaban sus pensamientos, y atraían, cual poderoso imán, los más nobles y caritativos afectos de su corazón apostólico. Penetró, pues, ya en el mes de setiembre de 1923, en

(32). Crónica de la Residencia de Tucupita.

las rancherías de los indios, principalmente en Capure y Capurito. "Lamentable era el estado que ofrecían aquellos indígenas, más desnudos todavía de ropas que de conocimientos; y eso que se hallaban sumidos en la más crasa ignorancia. Al fin se familiarizaron con el Padre Santos, muy contentos de los regalitos que les hizo, y él aprovechó la ocasión para catequizarlos, dirigiéndoles algunas palabras en el lenguaje "guarao", que ya ha aprendido; idioma que todos los días repasaba para mejor introducirse entre los indígenas.

"En esta excursión bendijo doce parejas de matrimonios que guardaban fielmente la Ley natural, y bautizó a unos noventa, algunos de los cuales contaban de cuarenta a cincuenta primaveras. Con tales actos y conquistas es indecible el gozo que experimentaba el misionero; y el de los indios no iba en zaga. Al despedirse, los indios que le acompañaban hicieron una señal a los otros para que se arrodillaran, pues el Padre los iba a bendecir; y el Padre Abelgas les dió, enternecido ante tanta sencillez, la bendición sacerdotal, prometiéndoles que volvería pronto a visitarlos" (33).

A principios del año 1924 se internó en el caño "Araguao", conducido por un capitán indio, llamado Pancho Morales, y por cuatro hombres de este, que canaleteaban la curiara: así llegaron a unas grandes rancherías de indígenas, quienes se sobresaltaron al ver al misionero, preguntándose quién era aquel. Mas el capitán les dió algunas explicaciones, y con ellas, se calmaron todos, por el respeto que tenían a su jefe; de otro modo, hubiera corrido inminente peligro la vida del osado visitante.

Creía él encontrarse en verdadera tierra de salvajes, aunque muy dóciles y humildes; vió sus ídolos,

(33). Padre Samuel de San Mateo, Mensajero Seráfico, año 1923, pág. 690.

que parecían unos muñequitos, muy estrambóticos por cierto, y otros objetos raros de su falsa religión, de los cuales no quieren desprenderse por nada de este mundo. Tuvo también ocasión de ver algunos **piaches,** adivinos o brujos, que con sus extrañas y misteriosas prácticas embaucaban a aquellos infelices.

Aprovechó el Padre Santos la ocasión para levantar un altar al Dios verdadero, pues logró del capitán que asistieran unos **quinientos** indígenas al Rosario y a la santa Misa que allí repetidas veces celebró. Durante tres días les explicó los rudimentos de nuestra Religión, valiéndose del capitán y de los **guasiratos,** que para los pobres indios son verdaderos doctores.

Por fin, el último día de su permanencia entre aquellos pobres paganos, bautizó a unos cien, unió con los lazos del matrimonio a doce parejas, y repartió entre los presentes **cazabe** (pan de yuca amarga), **papelón** (azúcar sin refinar), medallitas y estampas, recomendándoles insistentemente que abandonaran aquellos dioses, que nada son, nada valen y nada pueden. Como fruto de sus exhortaciones consiguió que le dejaran colocar una imagen de la Divina Pastora en el lugar mismo en que, hasta entonces, daban culto al más importante de sus ídolos. Y en aquella selva virgen resonaron los ecos de invitación al redil de Cristo, por mediación de su Madre Santísima, la dulce Pastora de las almas:

Al redil os llama,
errantes ovejas,
vuestra tierna Madre,
la Pastora excelsa.

Aunque la humildad, profundamente arraigada en el corazón del infatigable Misionero, le inducía a ocultar los triunfos y los sacrificios de su apostolado, pe-

ro sumiso y amable como era con los Superiores, les escribía todos los años, y les relataba las principales actividades realizadas durante el año. A esta filial atención para con lo representantes de Dios, debemos una interesante relación del Padre Abelgas sobre la excursión que hizo a varias rancherías, a principios del año 1925.

"Desde La Horqueta me propuse visitar algunas rancherías que se encuentran en aquella dirección, a lo cual me aguijoneaba más y más el saber que se estaba muriendo un crecido número de sus moradores.

"Como me encontraba desprovisto de medios para hacer el recorrido, y llevarles algún regalo, se lo hice saber al pueblo reunido, exponiéndole al mismo tiempo el estado triste y lamentable de aquellos indios.

"Al día siguiente **me eché a pedir de puerta en puerta,** con el fin de conseguir lo que pudiese para alivio de aquellos pobres necesitados. No dejó de corresponder el pueblo, y se llenó mi corazón de consuelo cuando ví que unos salían a la puerta trayéndome **cazabe,** otros con **papelones**, racimos de plátanos, etc. Prepararon la curiara que iba a ser tripulada por seis indios remeros, y embarqué en compañía de dos civilizados que no quisieron dejarme solo con aquellos, pues decían que, **los indios siempre son indios**.

"Emprendí el viaje lleno de satisfacción por llevar algo que regalar a mis queridos "guaraos"; mas toda satisfacción se convirtió en pena, cuando, al llegar a la primera ranchería, iba encontrándolos en sus chozas tiritando de frío ocasionado por el paludismo. Con el corazón lastimado me dirigí a ellos, preguntándoles en su lengua "**guaraúna**" qué tenían; y los consolaba como podía, dándoles algo de lo que conmigo llevaba.

"Esta primera ranchería es la de **Jotajano**, donde había estado en otra ocasión en que bauticé a va-

rios de ellos, instruyéndolos en la fe. No muchos días antes se les había muerto el capitán, de lo que estaban muy apenados.

"Seguimos después sin parar hasta que llegamos a la última ranchería, conocida con el nombre de **Guarina**, en la que jamás había sentado mi planta. No sabía uno cómo acercarse a donde ellos estaban, pues hallándose todo inundado por el río, había que pasar sobre un palo tendido a guisa de puente.

"Estaban aquellos indios en gran abandono, y vivían sobre unas empalizadas enteramente podridas, que con frecuencia se hundían a medida que se caminaba sobre ellas. Poco tiempo antes de nuestra llegada se había realizado en aquel lugar un encuentro de indios, del cual resultó un muerto. Aunque quise hacer alguna averiguación, todo fué en balde, pues el capitán negóse a decir la verdad; sólo me respondía: "**Ekida; naminaja**", esto es: "Por aquí no ha pasado nada".

"En aquella ranchería me encontré también con un indiecito que había muerto el día anterior. Tenía como de nueve a diez años; su madre lo estaba llorando echada junto a él en el chinchorro, mientras que su padre daba de cuando en cuando una carcajada. Habían puesto al cadáver un cuchillo entre las manos y otro hierro a su lado, en la creencia, según sus superticiones, de que podría usarlos el difunto más adelante. Como todos los indios se habían apartado, rehuyendo la vecindad del muerto, ayudé al padre y a la madre a conducirlo a la curiara que prepararon para llevarle a la sepultura y, una vez depositado en la fosa, cubrimos el cadáver haciéndole una bóveda de palos y tierra.

"Mucho sentí no haber llegado a tiempo para derramar sobre él las aguas del bautismo; pero me apresuré a hacerlo con dos hermanitos suyos, viéndolos



Iglesia vieja de Tucupita arreglada por los Padres Capuchinos.



Iglesia nueva y bella de Tucupita levantada por los Padres Capuchinos.

tan expuestos a morir en medio de aquella epidemia general. Hice también que trajeran todos los niños pequeños de la ranchería con el fin de baituzarlos a todos.

"Hablé después en el **enrevesado guarao** a todos los presentes, dándoles algunas explicaciones sobre Dios Nuestro Señor, con el fin de que fuesen dejando sus ridículas prácticas religiosas. Después les repartí papelón, cazabe y otras cosas que, con avidez se acercaban a recibir.

"Los compañeros civilizados querían ya que volviésemos cuanto antes a La Horqueta, de donde habíamos partido, alegando que a otra ranchería que yo quería visitar, no se podía ir por hallarse interceptado el caño, con muchos troncos atravesados.

"Indeciso estuve, no sabiendo qué partido tomar: por un lado pensaba en las dificultades, tal vez insuperables, con que tendríamos que luchar; y por otro, ¿cómo permitir que se fueran de este mundo tantos niños sin el bautismo? Esta consideración pesó en mi ánimo con fuerza irresistible, y deponiendo todo temor, con firme confianza en Dios, me dirigí hacia aquel angosto caño; muy estrecho era, en efecto, y de muy poco fondo, a pesar de todo, nos embarcamos y seguimos por él.

"A media noche tuvimos que hacer alto, y esperar allí la llegada del nuevo día, pues con la obscuridad tropezábamos a cada paso en una o en otra de las márgenes. Los criollos que me acompañaban me dijeron que aquel caño había sido abierto por los españoles; lo más probable es que lo hayan hecho los antíguos Misioneros Capuchinos, para seguir en pos de la oveja perdida, pues dan testimonio de algún pueblo de indios, que allí habrían fundado, las altísimas y envejecidas palmeras de coco que en aquel paraje

se encuentran, árboles que en Venezuela no nacen espontáneamente (34).

"Al fin, sin haber encontrado, como temíamos, ningún tronco atravesado, llegamos, hacia las ocho de la mañana a la ranchería de **Capure,** en donde, con toda seguridad, tendrían un pueblo los capuchinos.

"Nuestro primer cuidado, al entrar en la ranchería, fué improvisar un altar junto al tronco de un árbol, y allí celebré el santo Sacrificio. Preocupábame después el problema de la comida para mi gente, pues habíamos agotado las provisiones; fueron los indios de la ranchería a pescar, para proporcionar comida a los nueve hombres que componíamos la expedición, y apenas trajeron cosa de provecho, diciendo que cuando la marea va subiendo no se encuentra pescado.

"En vista de esto le dije al capitán de la ranchería que fuesen al monte en busca de vitualla, y allá se dirigió con algunas indias: al poco tiempo volvieron trayéndonos ellas unos **mapíes** o canastos llenos de frutas; y él una gran **totuma** (calabaza), repleta de ciertos gusanos que produce la palma de moriche, y que, puestos en una olla que llevábamos, se convirtieron en un manjar, a mi paladar muy sabroso, o como dicen los guaraos: **Dijaperagüitu**.

"De ellos comieron también los seis indios y los dos civilizados que me acompañaban; dimos gracias a Dios Nuestro Señor por habernos proporcionado en los árboles lo que no encontramos en el río.

"Reuní después a todos los indios, instruyéndolos, según Dios me dió a entender, en el conocimiento del mismo Señor Nuestro; y no dejé de bautizar a sus hi-

(34). El argumento oducido por el P. Abelgas pora probor que los Capuchinos abrieran el coño, al cual se refiere, no tiene como es evidente, valor probotorio.

jos jovencitos, pequeñines y recién nacidos: **Auka sanuka, sanukidagüitu, jarosimo,** en guarao.

"Grande fué su contento al ver que distribuía entre ellos lo poco que me quedaba; pero no fué menor el mío, sino mucho mayor, por la satisfacción de haberles instruído algo, y sobre todo, por la dulce esperanza de que a muchos de aquellos niños les abría ciertamente el Señor las puertas del cielo. Mucho mayor sería, sin embargo, el gozo, si me fuera dado quedarme de modo permanente entre ellos, en compañía d otro Padre, teniéndolos a todos reunidos formando un pueblo. **Fray Santos de Abelgas**, Mis. Apost. Cap.".

XIV

DE TUCUPITA A ARAGUAIMUJO

Monseñor Nistal en excursión. — El Padre Abelgas Piedra Angular. — El indio Torres. — Día de San José. — Trabajos preliminares.

El Convenio celebrado el 21 de febrero del año 1922, para establecer la Misión del Caroní, preveía la fundación de varios centros indígenas, e imponía al Vicario Apostólico la obligación de presentar, en el término de tres meses, a contar desde la toma de posesión, el plan de la situación de los centros que se pensara fundar el primer año, para trabajar sobre alguna o algunas de las regiones incluídas dentro de los límites señalados a la Misión en el Convenio.

En consecuencia, luego que Monseñor Nistal tomó posesión de cada una de las parroquias anexas al Vicariato, emprendió la primera gran excursión apostólica, con los Padres Crisóstomo de Bustamante y Samuel de San Mateo, partiendo de Tucupita en una pequeña lancha, con el motor tan averiado, que se accidentó más de una docena de veces en la penosa expedición.

Hoy se ven en el puerto de Tucupita diez, veinte, cuarenta lanchas; pero cuando empezó la Misión, se carecía de estos medios rápidos y cómodos de navegación por el Orinoco.

Durante un mes recorrieron los caños Mánamo, Río Grande, Sacupana, Araguao y Araguaimujo, y los ríos Amacuro, Cuyubini y Barima, llegando a los límites de la República con la Guayana Inglesa. Se habló durante el viaje con algunos criollos diseminados por los caños, se visitaron rancherías de indígenas, se examinaron terrenos, para así poder comparar y establecer, con conocimiento de causa, algunas Estaciones, tal vez, con desamiada premura acordadas en el Contrato.

Como resultado de las observaciones, se convino, en principio, fundar dos Centros Misionales: El primero, en el estrecho caño de Araguaimujo; y el segundo, en el río Amacuro, para satisfacer los deseos del Gobierno Nacional que anhelaba colocar un Centro, en la frontera limítrofe con la posesión británica.

Era el 10 de marzo del año 1925, es decir, nueve meses aproximadamente después de la toma de posesión del Vicariato, cuando Monseñor Nistal, acompañado del Padre Santos de Abelgas y de Fray Darío de Renedo, partió de Tucupita en dirección del caño "Araguaimujo", pernoctando la primera noche en Macareo Santo Niño; pasaron la segunda en la boca del "Araguao", y el día 13 por la mañana, entre diez y once, llegaron a Araguaimujo, que dista unas tres horas de viaje en lancha, haciendo alto en el preciso lugar señalado para la fundación, el cual era una pequeña hacienda de cacao, abandonada, y solamente con unas cuantas matas, y un ranchito pobre, exiguo y destartalado.

¿Por qué Monseñor Nistal fijó los ojos en el Padre Abelgas para colocarle como **Piedra Angular** en el primer centro misional? El Padre Santos había sido súbdito suyo en Cuba: le conocía, por consiguiente, a fondo; sabía de su espíritu de abnegación y de sacrificio; del celo por la salvación de las almas; del amor

con que, los dos años de residencia en Tucupita, visitó y evangelizó a los indígenas. Fué por estos motivos que le juzgó el hombre **Fundador** de la Casa-Misión de Araguaimujo...

Antes de regresar el Excelentísimo señor Vicario para Tucupita con Fray Darío, y en el mismo día de su llegada a la Estación, dejó instalado al misionero en el rancho del indio Torres. Torres era un hombre bueno, laborioso, entrado en años, unido según la Ley natural a una indiecita tan bondadosa como él, de la cual había tenido cinco retoños, todos ellos bautizados, en otra ocasión, por el Padre Santos. Sus principales ocupaciones eran la pesca de morocoto y la agricultura en pequeña escala, y con métodos completamente rudimentarios. En su rancho no se padecía hambre ni se gozaba de las comodidades y abundancia propias de las gentes civilizadas.

"Así que llegamos, escribe el Padre Abelgas, y sacamos la caja de los ornamentos y otra cajita en que llevaba mi chinchorro, me fuí con Fray Darío por detrás del rancho del indio Torres, y cuando comprendí que nadie me veía sino el Hermano, **me postré en tierra y la besé,** dando gracias a Dios por haberme concedido la dicha tan grande de vivir entre infieles. de mí por tanto tiempo deseada y pedida" (35).

Una semana, aproximadamente, permaneció nuestro Padre Santos en el rancho del indio Torres, en cuyo lapso de tiempo se dedicó, con algunos indios, a limpiar los alrededores del ranchito, que había de ser la primera vivienda de la Estación Misional de Araguaimujo, y la primera casa de los Capuchinos entre los indígenas.

"Cinco días antes de la fiesta de San José tenía

---

(35). Padre Carrocera, **Ven Misionera,** año 1º, pág. 262.

medio preparada la futura choza, la cual medía cinco varas de largo por cuatro de ancho. Al día siguiente se celebró por primera vez en aquella cerradísima selva, el santo Sacrificio de la Misa. Desde esta memorable fecha residió el Padre en el mencionado lugar, trabajando y mejorando el terreno, e hizo plantíos de yuca, plátonos, caña y ocumo, permaneciendo solo, hasta el mes de mayo en que llegó el Padre Luis de León" (36).

¡Con qué fervor ofrecería el Sacerdote-Misionero la Víctima Sacrada al Eterno Padre en aquellas apartadas regiones! ¡Con cuanta fe y devoción pediría la conversión al cristianismo de aquellos infieles pobrecitos, por quienes había generosamente aceptado una vida rodeada de incomodidades y acompañada de privaciones y de peligros! Indudablemente que la Divina Pastora, bajo cuya advocación se erigía la primera Estación-Misional, por expreso deseo del Padre Abelgas, y el glorioso Patriarca San José, en cuya festividad se realizaba, en aquel lugar solitario, el acto sublime de culto por excelencia, se regocijaron y acogieron complacidos las súplicas del apóstol infatigable.

"En uno de los días de ruda faena agrícola, trabajando el Padre Santos como el primero de los peones, en recoger gamelotes, espinas y maleza, bajo un sol verdaderamente tropical y abrasador, cayó desvanecido y asfixiado entre las ramas que había amontonado. Uno de los criollos, Julián González, que le vió caer, llegó corriendo en su auxilio, le levantó del suelo y con el sombrero, empezó a darle aire, logrando que pronto recobrara el sentido. Y es que el Padre Abelgas, estusiasmado con la obra que estaba realizando, y deseoso de terminarla cuanto antes, hasta se había olvidado de desayunar, no obstante ser más de las doce del día.

(36). Crónica de la Casa de Araguaimujo.



El indio Torres con su familia que acogió bondadosamente al P. Santos en Araguaimujo.



Primer ranchito, morada del P. Santos en la Estación de Araguaimujo.

"Una de las mayores plagas que tienen que aguantar los misioneros en el Delta del Orinoco, son los zancudos, los cuales se hacen con frecuencia insoportables, especialmente desde las seis de la tarde, hasta bien entrado el día siguiente, en que se vuelven a alejar algún tanto, por la nueva aparición del astro rey. Así lo refiere el Padre Santos: "Era tantísima la plaga que había, que no era posible aguantarla; por lo que no me quedó otro recurso para librarme de ella, que prender fuego, colgar el chinchorro y acomodar el pabellón o mosquitero; y así, dentro del mismo, podía rezar las vísperas de mi bendito San José" (37).

(37). Padre Carrocero, **Ven Misionera**, año 1º, pág. 262-263.

XV

DOS MESES DE SOLEDAD

Primeros amigos. — La Semana Santa. — Trabajos agrícolas. — Una pica en la selva. — Ayes lastimeros. El Padre Luis.

La llegada del Padre Santos a Araguaimujo, y su definitiva permanencia en la Estación, se extendió como reguero de pólvora, por las rancherías de los indios, gozándose mucho ellos, porque ya habían tratado de cerca al misionero, y habían recibido sencillos obsequios, durante las correrías apostólicas, que había realizado desde la parroquia de Tucupita.

El día 21 de marzo, al anochecer, se encontraba paseando junto al ranchito, cuando percibió un ruido acompasado de canaletes que movían varias curiaras que, como en formación, se acercaban rápidamente. Juzgó el Padre que pasarían de largo; pero se vió gratamente sorprendido al observar que atracaban junto a su desvencijado rancho.

Eran los indios de las rancherías de Araguaimujo, Bisina y Jereina que, con sus mujeres e hijos venían a hacerle una visita de amigos. Saltaron a tierra, y muy alegres y contentos, fueron saludándole todos, uno por uno, poniéndole la mano en el hombro, con visibles muestras de íntima satisfacción. "Me es imposible referir, escribe él, la satisfacción tan grande que

sentí en aquellos momentos, al verme rodeado de mis queridos guaraúnos en tanto número. Bendito sea Dios por todo.

"Ellos, a porfía, comenzaron luego a regalarme de cuanto traían: Unos, tortas de yuruma; otros, harina preparada para que yo hiciera más tortas, cuando se me acabaran las que me traían hechas; éstos me daban huevos de terecay; aquellos, pescado asado hacía poco tiempo, para que entonces comiera de ello; hasta me trajeron una gallina y un gallo" (38).

Pasaban los días y se acercaba la Semana Santa... ¿Qué hará el misionero para celebrarla como conviene? No hay iglesia, ni capilla, ni mucho menos imágenes de **los pasos.** Ante la carencia de todo se le ocurre hacer una gran cruz, para colocarla delante del ranchito. Enterados los indios de este propósito, le trajeron maderos, tales como él los deseaba, es decir, de varios metros de largo, luego los labraron e hicieron la Cruz.

"Durante los días de la Semana Santa, bien de mañana, venían todos los indios a aprender los cánticos de Pasión y otros apropiados al santo tiempo de Cuarema, como el **Santo Dios, Perdón oh Dios mío. Venid oh cristianos, la Cruz adoremos, etc.** Les gustaban mucho los cánticos y estaban ávidos de aprenderlos.

"Llega por fin, el Viernes Santo, día destinado a enarbolar el Santo Madero, insignia gloriosa de la redención del mundo. A porfía concurren los indígenas de todos aquellos contornos, y también algunos criollos. Se esfuerza el misionero, como en días anterires,

---

(38). Padre Sontos, relación inédita de la fundación de Araguoimujo.

por hacerles comprender los misterios de nuestra fe, acomodando sus instrucciones a la rudeza de los oyentes, y les explica cómo en una cruz semejante a aquella, había muerto Jesucristo, Dios y Hombre verdadero; y que por eso los cristianos tenían tanta devoción a la Santa Cruz.

"Son las doce del Viernes Santo. Reina un silencio religioso y profundo. El momento es solemne: el misionero bendice la Cruz labrada por manos indígenas y la enarbola, para que, como árbol sagrado de nuestra Redención, cobijase por primera vez a los pobres guaraúnos, primicias de la fe en las selvas tropicales del Orinoco. Todos contemplan el sencillo cuanto devoto espectáculo con la más honda emoción. Levantada la Cruz, entonan el primer cántico:

Venid, oh guaraos,
la Cruz adoremos,
la Cruz ensalcemos
que al mundo salvó.

Amemos, guaraos,
la Cruz del alzado
Jesús, que enclavado
en ella murió.

"La celebración de aquel primer Viernes Santo en la selva de Araguaimujo, fué algo típicamente singular por la sencillez y religiosidad. Mientras se cantaban estas estrofas, fueron pasando todos los indios ordenadamente por delante de la Cruz, la que adoraban rodilla en tierra, haciéndosela besar también a sus hijitos" (39).

El Padre Antonino de Madridanos, que visitó la Casa-Misión de Araguaimujo, escribe en Venezuela Mi-

(39). P. Carrocera, **Ven Misionera**, año 1°, pág. 264.

sionera: "Algo nos manifestaron los actuales Padres de los muchos trabajos que pasaron en un principio para abrirse campo en medio de la selva y acomodar la casita; con el dedo nos señalaron el punto exacto donde el Padre Santos colocó con los indios la primera Cruz un Viernes Santo, que, deteriorada por el tiempo, ha sido sustituída por otra para perpétua memoria de los venideros; aún nos parecía oir el eco de aquella voz de apóstol y sus palabras, tratando de hacer comprender a aquellos indígenas el significado de la Cruz y de las ceremonias sagradas (40).

Instalado el misionero en su ranchito, pensó en remediar la necesidad más perentonria y la más indispensable para colocar en sólido fundamento la naciente Estación misional, la cual no era otra que la manutención de los Operarios Evangélicos y de los indios que, andando el tiempo, debían recogerse en los Internados de la Misión. Esta base debía ser la agricultura; pensó, por consiguiente, preparar terrenos adecuados para la siembra.

Enterados los indios de los propósitos del Padre Abelgas se presentaron, con la mejor buena voluntad. 34 mayores, los cuales se ofrecieron para empezar el desmonte, exigiendo que el misionero les diera solamente la comida. Entonces empuñó él el machete, se puso al frente de la respetable escuadra de trabajadores y... a talar desde la mañana hasta la noche. Al terminar por la tarde el trabajo, dice el Padre Santos, parecía una gran parte de terreno despejado o desmontado, aunque no se podía andar por él sino después que se quemó la maleza.

Ya preparados algunos cuadros, arrojó a la tierra semilla de maíz, luego sembró plátanos y, siguiendo la tala, pudo en poco tiempo contemplar más terrenos

(40). Venezuela Misionera, año 1°, pág. 624.

con caña dulce, arroz y yuca amarga para de ella extraer el pan de cazabe.

Para el año 1927, es decir, dos años después de la toma de posesión de la hacienda de cacao sin matas y del ranchito sin piso, sin paredes y poco menos que sin techo, estaba en gran parte resuelto el problema alimenticio, sin regalo de ningún género, pero con lo necesario para no experimentar los efectos del hambre; mas estos sencillos triunfos del abnegado misionero, fueron totalmente aniquilados por la extraordinaria creciente del Orinoco, que inundó las tierras labradas y sembradas, dañó las siembras y las plantas y esterilizó en parte la fecundidad del terreno regado con los sudores del Padre Santos.

El Vicario Apostólico había encargado la construcción de una curiara, destinada a la Misión de Araguaimujo, al criollo Severiano Morales, quien debía entregarla en un lapso de tiempo relativamente corto. Mas la curiara no asomaba por ninguna parte, y el Padre Abelgas se encontraba completamente aislado, sin poder comunicarse con los indios, para empezar su acción evangelizadora. No resignándose a semejante ocio obligado, resolvió abrir una pica por entre la selva que le permitiera llegar a las rancherías de los indígenas de Araguaimujo; para ello hizo venir al capitán con otros cinco indios, los cuales, en pocos días, hicieron la trocha, y el misionero se comunicó con los aborígenes araguaimujeros, visitando frecuentemente sus moradas, para mejor aprender con ellos el propio idioma y explicarles las verdades fundamentales de nuestra religión.

"Uno de estos días, escribe el Padre Santos, me propuse ir a visitar los ranchos más cercanos de los indios, y lo hice acompañado del indiecito que tenía conmigo. En el primer rancho visitado encontré a los indios muy desavenidos, a causa de que uno de ellos

quería abandonar a su mujer por un chisme que, acerca de ella le habían metido. Procuré cuanto me fué posible apaciguarlos y reconciliarlos; y tuve más tarde el consuelo de saber que no la había abandonado, siguiendo mis consejos, y vivió con ella hasta que se le murió".

Iba en otra ocasión el misionero a otro ranchito, pero antes de llegar percibió ayes lastimeros de una criatura que lloraba sin consuelo. Se acerca entonces al rancho, y vió un cuadro por demás doloroso para su tierno y caritativo corazón: "Ví al llegar, dice el Padre Abelgas, una india que tenía en los brazos a una hijita suya, con una monstruosidad tan grande, que hubiera sido capaz de mover a compasión al corazón más insensible. Tenía, la pobrecita, la cabeza hinchada y con una carnosidad junto a un ojo, la cual le manaba pus sumamente hediendo. Su madre le tenía envuelta la cabeza con una porción de trapos tan sucios que no podían hacer otra cosa que aumentar la infección".

Aunque el Padre Santos carecía de medios, propuso a los padres de la criatura llevarla a Tucupita para que la operara el Dr. Revollo y salvarle así la vida. Después de exponerles sus razones, pudo convencerlos, y bautizada la niña por él, llevando una carta de recomendación para el Dr. y otra para los Padres de Tucupita, marcharon los progenitores, se operó a la niñita, a su regreso la siguió cuidando el misionero, y se salvó aquella vida, que se extinguía, a los primeros hálitos de su existencia.

Naturalmente inclinado el hombre a vivir en sociedad con sus semejantes, tienen que serle duros el aislamiento y la soledad. Esta fué precisamente la situación de nuestro misionero por espacio de dos meses; la incomunicación y la soledad fueron sus inseparables compañeros durante ese tiempo, debido a que la



El P. Santos con una familia indígena en la Estación Misional de Araguaimujo.



El P. Luis en Araguaimujo para trabajar con el P. Santos en la civilización de los indios.

Misión se encontraba en período de formación y a la escasez de personal para llenar los puestos vacantes en las parroquias incluídas en la Misión del Caroní.

Pero el 21 de mayo del citado año 1925, víspera de la Ascensión del Señor, cuando en horas de la tarde se dedicaba el Padre Abelgas a lavar la ropa de uso personal, se vió gratamente sorprendido al divisar una curiara grande con toldo, y en ella a un venerable religioso de larga y plateada barba, el cual no era otro que el R. P. Luis de León, veterano y meritísimo Misionero de las Islas Carolinas y Marianas. Con inmense satisfacción le recibió el Padre Santos, difícil de explicar, como él mismo escribió, para el que no sepa lo que es estar solo cuando se ansía vivir acompañado.

Tristes y penosos debieron serle realmente aquellos meses de aislamiento en medio de la selva virgen, sin más compañía que la de un indiecito pequeño llamado José.

Mas, desde este momento son ya dos los operarios evangélicos que, unidos por la caridad seráfica, compartirán las rudas tareas de la incipiente Estación Misional, y juntos trazarán el camino a seguir para alcanzar el nobilísimo fin de la civilización de los indígenas.

XVI

EL PADRE SANTOS Y EL PROGRESO EN ARAGUAIMUJO

Oficio de reconciliador. — Primeros bautizos en la Misión. — Escuela mixta. — Ensayos de Internado. — Excursiones Apostólicas. — "El Masisiquire".

La experiencia enseñó a los Misioneros que los indios unidos en matrimonio según las normas del derecho natural, reñían, peleaban, se iban a las manos y se separaban definitivamente, por un quítame allá esas pajas. ¿Se fué la india a otro rancho sin permiso del indio? Pues hay que despedirla.

La ceremonia de la separación, según la cuenta el Padre Santos, es sencillísima: Como las indias suelen cargar cuantas batas pueden conseguir, el indio marido disgustado, le quita una de ellas; acto que significa la inquebrantable voluntad de separarse para siempre de la consorte.

Cierto día se encontró el Padre Misionero con semejante desagradable espectáculo al llegar a un ranchito. Una india se había ido al rancho de otra, para ayudarla a desgranar maíz, sin pedir permiso al marido; este, celoso y enfurecido, la maltrató de palabra y de obra, y la despojó de la significativa bata. Cuando el cuadro ofrecía el colorido de fatal y dramático desen-

lace, llegó el Padre Abelgas. El misionero acariciaba la idea de que los indios que ya llevaban bastante tiempo unidos y además tenían hijos, no se separaran, para que, convenientemente instruídos en las verdades religiosas, ratificaran el matrimonio, como lo hace todo fiel cristiano, recibiendo así el Sacramento.

Persuadido el Misionero de que aquella reyerta tenía más de cómica que de realidad, trató de reconciliarlos, reconociendo en ambos contrincantes su poco de razón y su parte de culpa, para lo cual les recordó los mútuos deberes y los derechos correlativos. "Dirigime a él, dice el Padre Abelgas, y le dije que, aunque ella no debía de haber salido del rancho sin su permiso, me parecía sin embargo que no era aquello motivo para maltratarla, y que ella no volveria en adelante a salir de su lado sin pedirle primero permiso".

Una de las actividades a que prestó mayor atención nuestro celoso misionero fué, a impartir la posible instrucción a los indígenas, pequeños o mayores, que se acercaban a la Misión, con el fin de poder administrarles el sacramento del bautismo. Habían ya transcurrido dos meses y medio desde su llegada a Araguaimujo, y tenía preparados seis indiecitos para regenerarlos el día de la Ascensión del Señor. Convencido de que el P. Luis tendría especial satisfacción en bautizarlos, bondadosamente le cedió la vez. "Tuvo el P. Luis particular gusto en administrarles las aguas regeneradoras del bautismo, porque eran los primeros indios guaraúnos que bautizaba. Y su contento subió de punto al ver aquí reunidos buen número de indígenas, pues, parece que en alguna parte le habían informado que apenas había indios en el bajo Orinoco" (41).

---

(41). Padre Abelgas, Fundación de Araguaimujo.

Con el feliz arribo del P. Luis a la Misión se puso todo en movimiento; se amplió notablemente el ranchito, se hicieron otras obras de importancia, se preparó un local que, si bien era rudimentario, servía para dar escuela a los indiecitos que concurrían a la Estación misional. Regada por aquellos contornos la noticia de que los Padres querían enseñar a leer y escribir, fueron varios los indios pequeños de ambos sexos inscritos en la escuela, mas sin pasar del número de quince.

Pero los Padres vieron con dolor que la mayor parte de los criollos adultos del bajo Orinoco, ignoraban las primeras letras, razón por la cual establecieron para ellos una escuela norturna. "Era de ver a los misioneros, a la luz de un pobre farol, acosados por verdaderas nubes de zancudos, enseñando a conocer las letras, a leer, trazar líneas, escribir y contar a aquellos pobres trabajadores que, deseosos de salir de la gran ignorancia en que vivían, restaban tiempo al descanso de la noche, por venir a la Casa-Misión, para aprender, cual si fueran escolares de enseñanza primaria correspondiente a la infancia".

No obstante los resultados favorables de los primeros ensayos, tendieron los misioneros su mirada sobre un plano mucho más amplio, que aquel en que se movían con la escuela indígena mixta y con la nocturna para los criollos; pues era su aspiración recoger en Internados a los niños indios, y tenerlos en ellos, hasta que estuvieran bien preparados, y en edad conveniente para abrazar el estado del matrimonio, única base segura para la formación de futuros pueblos.

Sin amedrentarse por la escasez de medios, pusieron manos a la obra por cuenta propia, y tuvieron el consuelo de ver llegar varios internos a mediados de septiembre, principalmente de la ranchería de "Je-

reina", traídos por el capitán poblador de Araguao y caños adyacentes, reuniéndose al cabo de poco tiempo hasta veintidós, número que aumentó el mismo año con otros, venidos de las rancherías de **Santa Rosa, Güiniquina,** y **Araguabisi.** El establecimiento del Internado no suprimió la escuela mixta, pues uno de los misioneros enseñaba a los internos y el otro a los externos.

Como la disciplina es necesaria para mantener el orden y progresar en el estudio, y ella exija un reglamento, los Padres, sin aplicarle con todo rigor, porque era demasiado duro someter a aquellos pobres hijos de la selva a las normas de los civilizados, les trazaron el siguiente horario:

5,15 a 6 levantarse, lavarse y oir la santa Misa.

6 a 8 trabajos ligeros de agricultura.

8 a 9 desayuno y trabajo manual nuevamente.

9 a 12 escuela.

12 a 2 almuerzo, recreo, cura de llagas y de otras dolencias.

2 a 4 escuela.

4 a 6 trabajo muy ligero, como traer leña, etc.

6 a 8 baño, comida, recreo, rosario, explicación de doctrina.

8 cánticos, rezos de la noche y acostarse.

Pronto aprendieron a leer, pero no así las cuentas y las cantidades, que les fué mucho más difícil. Ya a fines del año 1927 contaba el internado con 40 indiecitos divididos en tres secciones: A la primera pertenecían seis que empezaban las primeras letras y, en lo tocante a la religión, las principales oraciones. Cons-

tituían la segunda los que ya leían algo. A la tercera pertenecían los que sabían sumar y restar, leer con facilidad, escribir con bastante corrección, y dar sus lecciones de geografía e historia patria, y el primer curso de gramática castellana.

El funcionamiento y progreso de la escuela y del Internado, no impidió a los misioneros hacer frecuentes excursiones entre los indios de otras rancherías, ya para enseñar a los mayores los rudimentos de la fe, ya para recoger los pequeños y llevarlos al Internado. En las salidas del P. Luis quedaba el P. Santos al frente de todo. Y cuando el P. Abelgas hacía las expediciones, que era lo más frecuente, entonces el Padre Luis llevaba la dirección. Referente al Padre Santos sabemos que en marzo de 1926 visitó las rancherías de **Jereina, Jobaca, Nabasanuca, Moraco, Borojoida** y **Yoricajamana**; en todas ellas predicaba, como el Señor le daba a entender.

Tuvo, en esta visita apostólica, el consuelo de encontrar, en la ranchería de **Cuamujo**, un grato recuerdo de sus anteriores jiras, a saber: que los indios, especialmente el capitán, conservaban todavía las medallas que les había regalado, dos años antes, al pasar por dicha ranchería, las cuales estrechaban contra el pecho y se las aplicaban a los enfermos, cuando se veían aquejados por dolencias y calamidades, con la firme convicción de encontrar en ellas el remedio apetecido.

Como el P. Abelgas tenía muy presente el género de predicación del divino Maestro, y recordaba que el argumento de las parábolas lo constituían elementos conocidos perfectamente del auditorio, procuró en sus explicaciones, acomodarse a la capacidad de los indígenas; para lo cual, sacrificó muchas veces la exactitud de la expresión a la claridad de los conceptos, ha-

blándoles de los alimentos, de los frutos, de la curiara y de otros tópicos de ellos conocidos; y de aquí pasaba por medio de comparaciones, a la exposición de las verdades de la fe.

Tienen los indios guaraúnos sus creencias y supersticiones como los demás de otras partes; pero algunas son tan ridículas y degradantes, que parece no puede haberlas más allá. Es pues el caso que hay en los caños del Orinoco un pájaro no más grande que un pardillo, cuyo canto semeja un silbido no muy fuerte. Le llaman "**masisiquire**". Según sus creencias cualquier indígena que le vea, debe necesariamente morir en el acto o al poco tiempo. Si le ve un hombre, el pájaro se le representa en forma de mujer; y si quien lo ve es una mujer, se le representa en forma de hombre. Como el silbido se parece al que puede producir una persona, fácilmente se le imita, y se dan buenos sustos a los indios, pues cuando lo oyen tiemblan de pies a cabeza y, al parecer, les da un fuerte ataque de fiebre. Enterado nuestro misionero de semejantes embustes, y deseoso de acabar con aquella superstición entre los internos, les armó, como suele decirse, varias trampas.

Más de una vez les había hablado de la necedad y falsedad de aquella creencia; para cerciorarse de si todavía permanecían en la misma, cierta noche, cuando todos estaban durmiendo, empezó a silbar como el **masisiquire**. Tal fué el terror y espanto que de ellos se apoderó, que inmediatamente se arrojaron del chinchorro gritando y aullando como si estuvieran desesperados o locos. "Salí entonces del escondite y pregunté qué pasaba": **¡Masisiquire, masisiquire!**, respondieron a coro.

Otra vez se le ocurrió al Padre dar una vuelta por el cañaveral, por si había por allá algún mucha-



Primeros indios, ya vestidos, en el Internado de Araguaimujo con el P. Luis.



Los indios del Internado haciendo gimnasia con el Misionero.

cho cogiendo caña. Fuése con cuidado de modo que no le viera, y héte aquí que encontró a uno de los pequeños preparando fuego para tostar unas mazorcas de maíz que había robado. Entonces... el primer silbido del terrible **masisiquire.** El muchacho escucha, como para cerciorarse si realmente era el silbido del temido pajarote. Segundo silbido... Ahora el pobre indiecito deja cuanto tiene entre manos y caminando medio de lado, pero sin perder tiempo, se fué retirando hacia la casa mientras entonó una verdadera letanía de insultos y palabras gruesas al **masisiquire.**

Por último, salió al monte una noche otro de los internos, pero volvió corriendo y llorando a grito pelado. Preguntado por qué lloraba. Respondió: **"Masisiquire miae, masisiquire miae,** que había visto al masisiquire.

XVII

EL PADRE SANTOS A LA ISLA DE MARIUSA

"Tengo deseo de ir a Mariusa". — Bravura de los mariuseros. — El señor Lucas Palacios. — Con los indios isleños.

Los grandes conquistadores y libertadores de pueblos y naciones, no se arredraron jamás ante las dificultades que se les cruzaron en sus marchas gloriosas, para cortarles el paso e impedirles el triunfo final. Los conquistadores de almas, que lucharon para ofrecérselas a Cristo, como trofeo de sus victorias, en el campo del espíritu, tampoco retrocedieron en presencia de los obstáculos que, humanamente hablando, parecían insuperables. He ahí el caso del gran apóstol de los guaraunos, Padre Abelgas.

Desde su llegada al Delta-Amacuro miró todas las rancherías del bajo Orinoco, como un campo que le había confiado, para su conquista, el gran Padre de familia; y resolvió visitar a cuantos indígenas moraban en él, con el fin nobilísimo de reducirlos a la vida civilizada y cristiana, no parando mientes en sacrificios personales, ni en inminentes peligros de perder la vida.

Cuando en cierta ocasión hacía la visita el Superior de la Misión, le manifestó, llana y sencillamente, el deseo de ir a la Isla de Mariusa.

—Padre, deseo ardientemente ir a visitar a los indios mariuseros.

....—Me parece muy bien; y, aunque supongo que siempre recibe con las debidas disposiciones el Sacramento de la Penitencia, es bueno, que antes de partir, dé un repasito general a la conciencia.

—Todo está arreglado; sólo falta su permiso y la Bendición Seráfica.

—Tiene el mérito de la santa obediencia, y reciba también la bendición que desea para acometer la empresa.

—Puesta mi confianza en el Señor, que es el Dador de todas las gracias, y confortado con su permiso y bendición, partiré, para hacer el bien que pueda, a aquellos infelices salvajes. Si Dios me depara el martirio...

La Isla de Mariusa era mirada por los criollos como un antro embrujado, en donde moraban hombres misteriosos, desconocidos de los otros hombres; sobremanera forzudos, de sentimientos canibalescos, que se complacían en triturar y matar a cualquier blanco atrevido, que osara poner pie en el terreno fangoso en donde ellos habían levantado sus míseros ranchos.

¿Correspondía la realidad a la fama? Parece que no; porque, si es cierto que en algún caso, determinados criollos perdieron la vida a manos de los aborígenes mariuseros, fué, posiblemente, en represalia por los vejámenes inferidos a los indios, ya por los mismos que murieron, ya por otros que pudieron herir los sentimientos propios de seres racionales, aunque en estado salvaje. Son varios los niños de Mariusa educados en el Internado de Araguaimujo, los cuales han levantado después un hogar cristiano, unidos en legítimo matrimonio, con indiecitas civilizadas en la Misión. De consiguiente, nos parece que no es tan fiero el león como le pintan.

Sin embargo, esta era la creencia general extendida por el Territorio, respecto de los habitantes de Mariusa, cuando el Padre Santos concibió el proyecto de hacer la excursión apostólica. Arriesgada, por tanto, se presentaba la empresa; con todo, resolvió acometerla, puesta su confianza en Dios, en lo espiritual; y en lo material, con una endeble curiara tripulada por dos indiecitos: Así llegó el Padre a la casa del criollo, señor Lucas Palacios, en el caño Macareo.

—Cuénteme, señor Lucas, su expedición a Mariusa con el Padre Santos.

—Verá: Yo estaba alistando mi embarcación para salir a un viaje, cuando veo llegar al puerto una curiara con el Padre Santos; le ofrecí café y procuré atenderle lo mejor que pude; y luego le pregunté, que para dónde iba...

—Voy a Mariusa, me contestó.

—Padre, ¿y así solo va usted a meterse por Mariusa? ¿Usted sabe lo que es Mariusa, y lo que son aquellos indios?...

—Sí, mi hijito, lo sé; pero si Dios tiene dispuesto que yo muera en Mariusa, ¿por qué no voy a morir contento, haciendo la voluntad de Dios y practicando la caridad con aquellos infelices?

—A mí, no me permitió mi corazón dejarle marchar solo; y así, aunque tenía muchas ocupaciones y el viaje pendiente, todo lo dejé por acompañarlo: Es para mí una de las mayores satisfacciones el haber acompañado al Padre Santos. Su austeridad, su afabilidad y delicadeza eran exquisitas.

"Llevaba el Padre un cajón completo de provisiones; conservas, leche condensada, galletas, etc. De todo ello dí yo cuenta..., pues el Padre no comía más que yuruma, jomo y gusanos de la palma de moriche. Y me decía: Lucas, si esto es lo más puro que hay.

"Fueron muchos los indios que se reunieron en torno del misionero durante los nueve días que permanecimos en Mariusa; todos venían **enguayucados**, hombres y mujeres, ya que, hasta hace pocos años, se conservaban en perfecto estado salvaje. Necesité en cierta ocasión ver al Padre, y me costó Dios y ayuda para penetrar por entre aquella masa compacta de indios, hasta encontrarle, el cual estaba en el centro, rodeado de todos los jefes indígenas, hablándoles de las cosas de Dios; tales como que existe un Señor que lo ha creado todo; que debemos creer en El; que hay otra vida, después de la presente, donde las almas no mueren, sino que por el contrario, las que vivieron bien en este mundo, gozarán mucho y nada sufrirán; mientras que los malos llorarán y sufrirán siempre. Así mismo les hablaba de la necesidad de bautizarse para ir a ver a Dios en el cielo. Les aconsejaba que salieran de los montes y morichales para que llevaran vida más cómoda, como la llevaban los blancos.

"Respondieron ellos que, cuanto el Padre les decía, era muy bueno; que sí creían en Dios y querían bautizarse, pero nó salir de sus ranchos ni abandonar la vida **mariusera**. Les pidió entonces el Padre que le hicieran a él un ranchito, para vivir con ellos, enseñarlos, bautizarlos y decirles Misa.

"Contentos los indios, le prometieron hacerle un rancho grande, para dentro de dos lunas (dos meses), con tal que el misionero no los engañara, dejando de cumplir la promesa.

"Dos cajas grandes llenas de objetos llevaba el Padre, para regalar a los indígenas: piezas de tela, vestidos hechos, espejos, collares, tabaco... Pero todo le duró bien poco; porque el Padre daba cuanto tenía, y cuanto más les daba más querían.

—Padre, a los indios ha dado ya usted bastante (tabaco); este rollo lo necesito yo.

—Cómo no, Lucas... Lo tienes a la orden, al igual que las otras cosas que hayan quedado.

—Desenrrollé el tabaco y lo fuí picando en trozos de a cuarta, dos cuartas, tres cuartas..., y lo puse a la vista para que los indios lo desearan. Momentos después se acercó un indiazo con guayuco de corteza de palo, fantoche y valentón, y se puso a mirar el tabaco, que por lo visto no le disgustaba, ya que señalando uno de los trozos, me dijo:

—¿Por qué no me lo das?

—Cuanto quieres por ese guacamayo?

—Un fuerte.

—Mira que es para el Padre, que os ha venido a visitar y os ha regalado tantas cosas. ¿No me lo das por menos?

—Vale un fuerte.

—Está bien: ¿Quieres el tabaco?

—Sí que lo quiero.

—Vale un fuerte también. Si me das el guacamayo, te daré el tabaco.

—Bueno, pues te doy el guacamayo; dame tu antes el tabaco.

—Le doy el tabaco... y él huyó a esconderse entre los demás indios sin darme el guacamayo. Entonces se me subió la sangre a la cabeza, y... lo que tenía que suceder. El Padre Santos, que se dió cuenta, todo acongojado, se acercó a mí, y me dijo: "Ten cuidado, Lucas, con esos arrebatos; mira que estamos en Mariusa, y estos indios son muchos cientos". Al fin, emprendimos el viaje de regreso. El Padre venía pensativo y muy preocupado.

—¿Todavía perdura el susto del indio del guacamayo?

—Mira, Lucas; me entristece el estado deplorable de estos pobres salvajes, y vengo discurriendo la manera de poder hacer algo por ellos. ¿Has visto que no se diferencian casi nada de los irracionales?

—No se aflija por eso, Padre: Yo le revelaré un recurso único para civilizarlos; pues todos los otros medios que intente emplear, sin este, le resultarán ineficaces.

—Bueno, ¿cual es ese recurso?

—Muy sencillo, pero tiene tres partes: **Primera:** Reunir a todas las personas mayores, indios e indias. **Segunda:** Matarlos a todos sin compasión. **Tercera:** Coger todos los pichones y pichonas, sin que se escape uno solo, y llevarlos a la Misión o a las ciudades...

—¡Asesino!, exclamó el Padre, riendo a carcajadas. Pero ¿es posible que a tí, que tienes al parecer tan buen corazón, se te ocurran unos pensamientos tan criminales?

—Para que vea, Padre, lo dificultosa que yo juzgo la empresa de convertir en personas, a esos pobres que, apenas se diferencian de los irracionales, como usted ha dicho. No es imposible, pero sí cuestión de muchos sacrificios, de muchos años y de inalterable paciencia (42).

---

(42). Padre Basilio de Barral, Informe particular del 17 de diciembre de 1944.



Grupo de indios de la isla de Mariusa; no son tan bravos como los pintan.



Los PP. Santos y Samuel y Fray Rogelio, quienes trabajaron unidos en Araguaimujo.

XVIII

PROGRESA EL APOSTOLADO ENTRE INDIGENAS Y CRIOLLOS

Excursión a Nabasanuca. — Las Capuchinas en Araguaimujo. — Más siembras. — "Donde estará mi padre". — A la isla de Tórtola.—Padres Luis y Samuel.

Marchaba la Estación de Araguaimujo, viento en popa, como suele decirse; los niños del Internado se multiplicaban, por los muchos que traían los capitanes; las cosechas, tan necesarias, de variados frutos, eran cada día más abundantes; las idas y venidas de los indios mayores a la Misión eran más numerosas y frecuentes. Pero esta bonanza general aumentaba el trabajo y la preocupación de los misioneros, ya que no podían eludir la solución de un grave interrogante: ¿Cómo alimentar a los indígenas del Internado? Los frutos de la pequeña hacienda ni eran suficientes, ni solos, eran adecuados.

Para resolver este problema y realizar algún bien espiritual entre los indígenas, hizo el Padre Abelgas un viaje a la ranchería de **Nabasanuca**, con el fin de comprar y salar **morocoto** para los indios. Su arribo al puerto fué festejado por los **nabasanuqueros** con alegría y entusiasmo, pues como ya les era conocido y mucho le apreciaban, lo saludaban y con efusión le abrazaban, diciéndole: "Tú eres nuestro padre, tu eres nuestro padre".

No desperdició el Misionero la bella oportunidad que se le presentaba de darles algunas explicaciones catequísticas acomodadas a su rudeza y capacidad, y en su propio idioma guarao. Cuando el Padre terminaba la exposición a los mayores, estos repetían a los pequeños cuanto habían entendido al Misionero.

Convencido el P. Abelgas del daño que hacia a las mujeres indígenas el casarse y tener hijos demasiado jóvenes, les habló en los términos siguientes: "Fijáos cómo entre vosotros no hay indias ancianas, sino que todas son jóvenes por lo regular, esto es porque se casan muy pronto y son madres antes del necesario desarrollo, y como escasea la comida, se enferman y mueren prematuramente. Ved, en cambio, cómo los criollos se casan más tarde, y sus mujeres, aunque sean indias. están más fuertes y llegan a la ancianidad".

Las obras misionales modernas no pueden prescindir de un elemento que, en vez de auxiliar debe llamarse indispensable, para el feliz éxito de las mismas; dicho elemento lo constituyen las Religiosas Misioneras. Si en tiempos lejanos a los nuestros, fué la disciplina de la Iglesia. en orden a las Religiosas, muy distinta de la actual, no admitiendo Institutos femeninos sino de clausura, hoy, aunque no exclama, **recedant vetera et mova sint omnia**, echa mano de la mujer consagrada a Dios para atender a cuantas necesidades rodean la existencia del hombre sobre la tierra. no reservadas a los Ministros del Señor.

Ahora bien, el marco de exigencias en las Misiones es tan amplio, que incluye, además de las suyas pecualiares, cuantas existen en la vida civilizada. exigiendo por lo mismo, la presencia de las Religiosas en el campo misional. De ello se percataron bien pronto el Vicario Apostólico y los Padres Misioneros del Caroní. Por eso, Monseñor Nistal hizo las gestiones ne-

cesarias para llevar a la Misión las Religiosas Terciarias Capuchinas de la Sagrada Familia, fundadas en España por el Excelentísimo Fray Luis Amigó y Ferrer, Capuchino y Obispo de Segorbe.

Aparecida la Congregación cual frágil navecilla entre borrascas y tempestades, recibió la definitiva aprobación canónica el 11 de mayo de 1885, y venciendo escollos sin cuento, se propagó por toda España con insospechada fecundidad; se radicó luego en Colombia con tanta vida que cuenta hoy con 54 casas y más de 500 religiosas. Los Capuchinos las pidieron para una Misión en China y allá fueron las Terciarias de la Sagrada Familia, como ya lo habían hecho antes respecto de la Goajira Colombiana.

Quiso Dios en sus altísimos juicios que también Monseñor Nistal se fijara en estas Religiosas para incorporarlas a la Misión del Caroní. Y allá fueron, como ángeles enviados de las alturas, las cinco primeras Misioneras, es decir, las Reverendas Hermanas Micaela, Generosa, María Francisca, Gloria e Inocencia, quienes llegaron a Tucupita el día 2 de abril de 1928, y el 13 del mismo mes a la Casa-Misión de Araguaimujo. Para este año 1946, tienen las religiosas, colegios en Caracas, Upata, Tucupita; Internado en Araguaimujo, la administración del Seminario en Upata, la dirección del "Trienio Amparo" en Valencia, Noviciado en Caracas y muy pronto, un asilo en la Florida. Tres jóvenes venezolanas han profesado en el Instituto y otras dos pasan el año de noviciado para luego emitir los votos religiosos.

La llegada de las Misioneras a la Misión marcó el principio de una nueva etapa; ya que ellas se encargaron inmediatamente de cuantos trabajos ha reservado preferentemente la naturaleza a la mujer, e hicieron posible la apertura del Internado para indiecitas, idea acariciada por los Misioneros desde tiem-

po atrás. De hecho, a los quince días de su arribo, llegó la primera indiecita interna; luego cinco más... veinte, cuarenta, cien; todo un enjambre de abejitas guaraúnas que emulan los esfuerzos de sus compañeros, los del otro Internado, para civilizarse y prepararse, con el fin de ser, en un mañana no lejano, dignas esposas de quienes las habían precedido en el abandono del simbólico "guayuco", para ostentar el uniforme de colegiales civilizados.

El establecimiento de ambos Internados hacía ver al espíritu previsor del P. Santos cómo aumentarían los gastos y, por lo mismo, la necesidad de multiplicar los medios de subsistencia para dar, a aquella empresa civilizadora, una marcha progresiva que culminara en la fundación de un pueblo, a base de futuros matrimonios celebrados entre los indígenas educados en la Misión; único medio de evitar la esterilidad de los inmensos sacrificios, que se imponen Misioneros y Misioneras, en la reducción de los aborígenes.

Por eso, habiendo quedado una temporada al frente de la Misión, por ausencia temporal del otro P. Misionero, aumentó la agricultura con la siembra de maíz en bastante cantidad, con el plantío de 1.500 plátanos, 4.000 matas de cacao, 4.000 ocumos y muchas semillas de caña dulce, todo a costa de grandes sacrificios y sudores del abnegado Misionero.

Pero estos trabajos agrícolas no le impedían atender a la escuela e impartir a los internos la instrucción religiosa que ya entendían a maravilla. "No puedo recordar sin cierto género de sentimiento, escribe a este propósito el P. Abelgas, que cuando les estaba instruyendo acerca de la necesidad del bautismo para ir al cielo, diciéndoles que, el que moría sin él, no podía gozar de Dios, me interrumpió uno de los niños, y con lágrimas en los ojos, preguntó: Pues si así es ¿donde estará ahora mi padre que murió sin ser bau-

tizado? Y otro decía: **¿Donde estará también mi hermano** que murió sin el bautismo? Y manifestaban esto con tal sentimiento y tantas veces, que yo, para consolarlos, me vi precisado a decirles que, posiblemente, algún criollo les habría **puesto el agua bien**, antes de morir, y se habrían salvado.

Resolución fué de los Misioneros dar a los indios la instrucción más amplia y completa que les era posible. Para ello aprovecharon las naturales inclinaciones de los mismos, especialmente el gusto que sentían por la música y por los cánticos, lo mismo profanos que religiosos, de tal manera que en ambos internados resonó el **"Gloria al bravo pueblo"** fogoso y vibrante, sacudiendo el secular sueño de la selva virgen, las notas marciales del Himno Nacional y los misteriosos acentos de la música sagrada.

Para los fieles hijos de San Francisco no podía pasar inadvertida la memorable fecha, siete veces secular, de la partida de su Santo Fundador y Padre a los cármenes eternos de la gloria. Por eso, con el fin de celebrar la gloriosa efemérides, los misioneros, acompañados de 21 indiecitos internos, se trasladaron desde Araguaimujo a la Isla de Tórtola. Allí dijo la misa de comunión general el Padre Abelgas, y el P. Luis la solemne, cantada por los indios y dirigida por el Padre Santos. En ella dibujó el Padre Luis la gran figura del abnegado Misionero, del amigo de los pobres y de los enfermos, del pacificador del siglo XIII, del humildísimo Serafín de Asís, del enamorado de la pobreza, del que, habiendo sido pobre y humilde en la tierra, entró rico y glorioso en el cielo. Al ver los moradores de Tórtola, criollos todos, la disciplina, la educación, la cultura y la instrucción de aquellos hijos de la selva, quedaron maravillados de la obra realizada por los Padres en tan poco tiempo.

Era el Padre Luis de León semejante a un árbol de muchos años, cargado, en todo momento, de abundantes y sabrosos frutos, pero que el tiempo ha logrado doblegar las ramas y minar el tronco, amenazando la destrucción y la muerte del fecundo árbol.

Había, en efecto, trabajado como buen soldado de Cristo, en las Marianas, en las Carolinas y en el Caroní, siempre con encomiable abnegación y con los resultados más halagüeños. Su voluntad de hacer el bien, su carácter admirablemente templado, no le dejaban entrever que la naturaleza, robusta aparentemente, iba declinando, como árbol añoso, e inutilizándolo para trabajar entre los indígenas; mas los Superiores de la Misión tuvieron que tomar la dolorosa resolución de separarle de sus queridos indios, cuando, como dice el P. Santos, "el interés de la Misión pedía que siguiese al frente de ella por más tiempo. pues hallábanse ocho jóvenes, que el Padre especialmente apreciaba, y los cuales, a su vez, también le querían mucho a él, en condiciones de cambiar de estado... Para darles la dirección conveniente se necesitaba un misionero prudente, práctico y experimentado, y autorizado para hacer algo por ellos; y este misionero no era otro que el Padre Luis".

El Padre Samuel de San Mateo substituyó al Padre Luis. El Padre San Mateo había sido el alma y la vida del progreso moral e intelectual de Tucupita, desde el año 1919 hasta el 1924, en que fué nombrado párroco del Callao, y más tarde de Upata, desde donde fué trasladado a la Misión de Araguaimujo, en la que permaneció hasta su muerte, acaecida el año de 1932.

El Padre Santos sintió profundamente la muerte del P. Samuel, pues en su compañía había trabajado en Tucupita y en Araguaimujo, por más de siete años,

en buena conformidad y armonía. La carta que escribió al P. Provincial, a raíz de la muerte del Padre San Mateo, manifiesta cuán profundamente le afectó la desaparición de el compañero sincero y bueno, por cuya vida ofreció al Señor la suya propia por considerarla necesaria para el progreso y buena marcha de la Misión.



Las Misioneras Capuchinas en la Misión, colaborando con los Misioneros,



Grupo de Misioneras y niñas en el Internado; trabajan y cosechan frutos civilizadores.

XIX

SEGUNDA EXPEDICION A LA ISLA DE MARIUSA

La fiesta de San José. — Fray Balbino y Fray Rogelio. — Perdidos en el río. — Agua de temiche. — El criollo Jesús y el negrito Carlos. — El mono burlón.— La palbra de Dios. — Los pendientes del capitán.

La perseverante labor de los Misioneros y Misioneras de Araguaimujo, producían copiosos frutos en orden a la civilización, tanto de las niñas como de los niños indígenas. Reunidos ya unos ciento doce habían aprendido muchos de ellos a leer, escribir, contar y elementos de gramática y geografía. Los indiecitos progresaban en la carpintería, y las indiecitas en cuantos trabajos necesita la mujer para desempeñar la misión que la naturaleza le ha encomendado; y unos y otros habían adquirido insospechados conocimientos de las verdades religiosas.

Fruto de semejantes desvelos, en el orden espiritual, fueron las numerosas primeras comuniones y las confirmaciones hechas, principalmente en la fiesta del glorioso Patriarca San José, aniversario de la primera Misa celebrada por el Padre Abelgas en Araguaimujo, y en el día de la Reina del Carmelo.

Para el progresivo desarrollo de la Misión contaron los Padres, no sólo con la eficaz cooperación de las Religiosas Capuchinas, sino también con el eficien-

te auxilio de los Hermanos Fray Balbino de Caracas y Fray Rogelio de Valduvieco. Era el pirmero natural de Caracas, y había ingresado en la Orden en España, desde donde fué trasladado a la Misión del Caroní, el 11 de mayo de 1925, trabajando abnegadamente en varias parroquias y en Araguaimujo, hasta el 10 de agosto de 1928, en que dejó los trabajos de la tierra para recibir su recompensa en el cielo. Fray Rogelio es uno de los primeros operarios de la Misión, y ha trabajado en Upata, Tucupita, Estación del Barima y, principalmente en Araguaimujo, en donde ha prestado, y sigue prestando servicios admirables, en agricultura, oficios manuales, enseñanza del catecismo y las primeras letras a los pequeños del Internado.

Por su parte, el Padre Santos no se dá punto de reposo; trabaja en la casa, lo mismo en las ocupaciones manuales más humildes, que en la agricultura y en la escuela; enseña el catecismo a los niños, predica a los indígenas, multiplica las visitas a los caseríos de los criollos, en donde prepara comuniones, hace bautizos, redime a muchos del mal estado en que viven, consiguiendo, mediante caritativos consejos, la santificación de numerosos hogares. por el sacramento del matrimonio.

Su celo apostólico, su caridad ardiente, su deseo de salvar a los indígenas le urgen, como al Apóstol San Pablo, a emprender nueva expedición a la ya conocida isla de Mariusa. Mas esta vez va acompañado de otro Misionero arriesgado, prototipo del hombre aventurero, cual lo era el P. Antolín de Antoñán, excelente mecánico, fotógrafo de nota, gran cazador, cualidad excelente para esta clase de excursiones, y sereno, a toda prueba, en los acontecimientos adversos. No podía el Padre Abelgas haber elegido un compañero más indicado para sus difíciles empresas. Un mes largo emplearon en esta segunda excursión a los mariuseros.

A fines de enero emprendieron sólos el viaje en una curiara que ellos movían a canalete. Después de dos días de incesante remar llegaron a la ranchería llamada **Guapoa.** Allí el P. Abelgas habló en guarao a un centenar de indígenas que entonces se encontraban reunidos en la mentada ranchería.

Continuando la excursión, sin conocer lo suficiente la ruta que les debía conducir a Mariusa, y con el temor de ser arrastrados por la corriente al mar, se extraviaron, ya anochecido, viéndose obligados a buscar la orilla y a amarrar la embarcación a las matas, pero sin poder abandonar la curiara por estar todo el terreno inundado. Al día siguiente buscaban un lugar adecuado para celebrar la Santa Misa, mas inútilmente; tuvieron, pues, que resignarse a bogar y bogar, hasta que, pasadas las doce, encontraron un árbol en cuyas raíces levantaron un tinglado, luego el altar portátil sobre el mismo, y, por último, la satisfacción espiritual de la celebración.

En estas excursiones sucede casi siempre lo imprevisto, es decir, que se acaban las provisiones cuando menos se espera. A nuestros Misioneros les faltó muy pronto el agua dulce, viéndose precisados a internarse por los morichales para buscar el fruto de temiche que contiene agua parecida en el sabor a la de coco, pero en reducida cantidad. Pudieron, sin embargo, remediar por el momento, aquella perentoria necesidad, pero no así la de condimentar el frugal sustento de arroz y de morocoto salado.

Después de muchas peripecias y de toda clase de privaciones y sufrimientos, llegaron a la barra, desde donde divisaron una lucecita que fué para éllos algo así como la misteriosa estrella de los magos; cuatro horas más de canalete y, llegaron a una pesquería de criollos. Cuando los encargados de la pesquería se percataron de que, a las doce de la noche, llegaba al puer-

to una embarcación desconocida, sospecharon que pudieran ser cayeneros fugitivos, o guardacostas, pero al darse cuenta de que eran los Misioneros de Araguaimujo, recibiéronlos con gran satisfacción: estos eran un joven criollo llamado Jesús Acosta y el simpático negrito Carlos.

—¿Tienen agua potable?

—Sí que la tenemos en abundancia; recogemos siempre la de lluvia.

—Pues hagan la caridad de darnos de beber porque estamos asados de calor y de sed.

—También tenemos un cómodo baño...

—Muy agradecidos; nos aprovecharemos de su generosa oferta..

—¿Hace mucho tiempo que salieron de Tucupita?

—Como quince días, y se nos agotaron todas las provisiones.

—Ahora mismo les vamos a preparar un buen hervido de pescado fresco para que se alimenten, ya que se ven tan extenuados.

Repuestos los Misioneros con aquel inesperado ágape pidieron informes a sus bienhechores sobre el paradero de los isleños mariuseros, con el fin de cumplir el objeto de su excursión, pues se habían enterado por el camino que, abandonadas las rancherías, habían partido hacia los morichales. Jesús y Carlos les indicaron que, probablemente se encontrarían en el caño **Jarujana**, que quiere decir en nuestro idioma **Caño del nido.**

Aleccionados por la dura experiencia, trataron de proveerse de alimentos, antes de partir para el caño aludido. Con este fin salieron de caza acompañados por Carlos el negrito, y al poco tiempo tuvieron la suerte de descubrir una manada de monos araguatos

que jugueteaban en la copa de corpulento árbol. Apenas los simios divisaron a los Misioneros, tocaron a retirada, y saltaron de rama en rama, y de uno a otro árbol; sólo uno grandote, que debía de ser el jefe de la cuadrilla, no se dió por enterado de que "había enemigos en la costa", y permaneció impertérito en su puesto de mando.

—Apúrate, Padre Antolín, que se nos van los monos, exclama Carlos.

—Primer intento de descarga contra el mono confiado, pero no salió el tiro ni por la culata.

—Entonces el mono grita jubiloso y arrancando ramas se las arroja al cazador.

—Saca ese cartucho, Antolín, y mete otro porque se nos escapa también el **mono burlón.**

—Nuevo cartucho y una descarga. Ahora la burla del mono, que se siente herido, se trueca en desesperantes alaridos; como si le hubieran arrojado una bomba atómica, se precipita y cae esangüe al suelo. Y los Misioneros tienen carne para continuar la expedición evangélica...

Con buen guía, conocedor del laberinto de los caños, llegaron los Padres a los mariuseros, quienes, atraídos por los collares y otros objetos que les mostraron, se congregaron en torno de ellos, empezando inmediatamente el Padre Abelgas la instrucción catequética entre aquellos pobres salvajes.

"Poned atención, les dice; oid mis palabras; escuchad: Dios, Creador de todas las cosas, se apareció, hace mucho tiempo, a un hombre llamado Moisés, en una montaña muy elevada. Cuando Dios se manifestó empezó la montaña a extremecerse y el cielo relampagueaba; **entonces dijo Dios las diez palabras** (mandamientos).

1º **Dioso cocotuca cuarica obonoquitane.** Querer a Dios más que a todo.

2º **Dioso a guay etomanaquitane.** Respetar el nombre de Dios.

3º **Misa ecu yantacomoni cuare Bare a ribu nocoquitane.** En el día de descanso no hay que trabajar y hay que escuchar las palabras del Padre.

4º **Auca Juma rima tuma nocoquitane cuare inataba nonaquitane.** Que los hijos oigan a sus padres y hagan sus mandatos.

5º **Nonacomoni.** No se puede matar.

6º **Asida nonacomoni.** No se puede hacer cosas malas.

7º **Erijisacomoni, erisijanaja.** No se roba.

8º **Conejo dibacomoni; daisa aisía dibunuca.** No se puede mentir; no hables contra otro.

9º **Tira jibitunaja ononanaca.** No desees la mujer que no es tuya.

10 **Cocotuca jibutunaja obononaca.** Todo lo que no es tuyo no lo desees.

Y después habló Dios así: Como vosotros cumplais mis diez palabras, cuando muráis, el alma, **el dueño del cuerpo,** irá a la casa de Dios; allí no se muere, no se acaba uno, siempre se está de fiesta. La comida lo más sabrosa, todo lo más sabroso está allí.

Mas si todavía no sois cristianos y no queréis cumplir las diez palabras de Dios, no podéis ir a la casa de Dios, y entonces andaréis llorando y sufriendo mucho sin poder entrar nunca en la casa de Dios. Entonces sí que diréis: "Si hubieramos oído lo que el Padre dijo"...

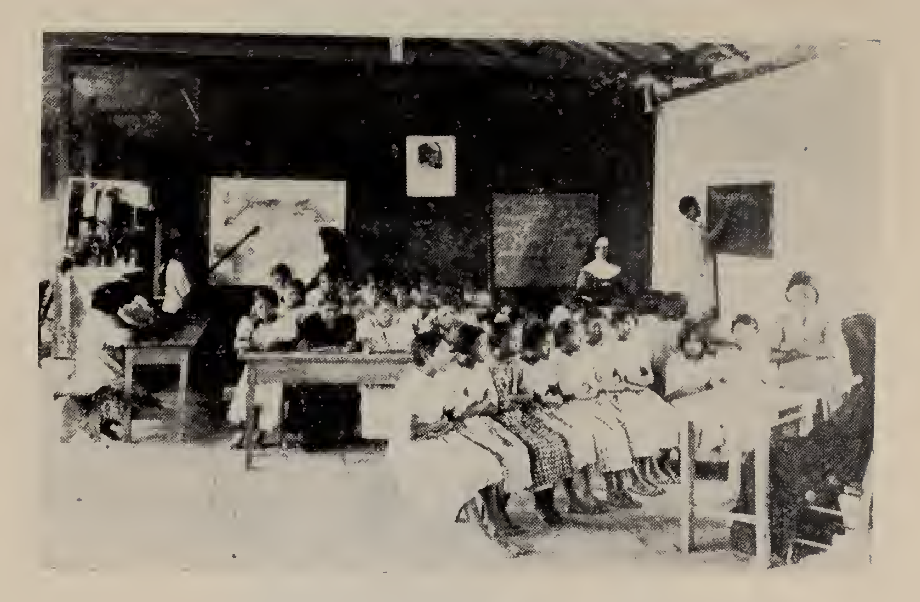
Varios días permanecieron los Padres con los indios de Mariusa, y aprovecharon todas las ocasiones, en que ellos se reunían, para instruirlos y repetirles las mismas enseñanzas del día primero. Como por otra parte les gustaban mucho los cánticos religiosos, los misioneros entonaban sus canciones a la Divina Pastora, con las siguientes letrillas:

Oh dulce Pastora,
tened compasión
de todos los indios
que buscan tu amor.

Vos sois la Pastora
que cuida a Jesús;
cuida a estos indios
que abrazan su cruz.

Entre estos indígenas había un gobernador muy amable y obsequioso con los Padres, el cual les proveyó de cera para decir la Misa y les hizo otros varios regalos. El Padre Santos, en recompensa, le regaló unos pendientes que él mismo le colocó, marchando el gobernador más alegre que unas castañuelas.

Cumplida la ardua misión, regresaron los dos a Tucupita a fines de febrero, satisfechos del bien realizado en aquellas pobres almas.



Las indiecitas en la Escuela de Araguaimujo dirigida por las Misioneras.



El P. Santos con cinco niños del Internado, llevando plátanos en la curiara.

XX

SOBRE LA META EN LOS INTERNADOS DE ARAGUAIMUJO

Matrimonios en los Internados. — Relaciones prenupciales. — Preparación adecuada. — Celebración de la boda.

Como el diligente agricultor beneficia la tierra y siembra las semillas, y las riega con el sudor de su frente, con la firme esperanza de recoger los anhelados frutos; así los Misioneros y Misioneras de Araguaimujo cultivaron la heredad a ellos confiada, seguros de que, su labor civilizadora, daría también abundante cosecha en no lejano tiempo: Sus esperanzas y cálculos no quedaron defraudados.

Frecuentemente ocurre en la viña del Señor, que unos empiezan el trabajo, sin conseguir palpar personalmente la fecundidad del campo; mientras que otros prosiguen la labor y recolectan los frutos en los graneros de Dios.

Se ha consignado en páginas anteriores cómo los Padres Luis de León, Samuel de San Mateo y, especialmente, el Padre Abelgas, fueron los iniciadores de los Internados de Araguaimujo; así como también lo fué la Madre Micaela. Pero los dos primeros y la Reverenda Madre no tuvieron la satisfacción de presenciar los primeros matrimonios, meta sagrada, a la cual

dirigían sus desvelos y sacrificios: Estos acontecimientos extraordinarios los reservó el Señor al Fundador de la Misión, Padre Santos, en parte a los Padres Gaspar de Pinilla y Alvaro de Espinosa; a la Madre Gloria y a otras Misioneras.

Vino de España el Padre Pinilla, en plena juventud, el año de 1931, e inmediatamente se incorporó a la Misión del Caroní, desempeñando los cargos de párroco de Guasipati y Tucupita, Superior de Araguaimujo y de San Francisco de Guayo. En la actualidad es Obispo Titual de Aso y Vicario Apostólico de la Misión de Machiques.

El Padre Espinosa arribó también a la Misión con el Padre Pinilla, y ha desempeñado los cargos de Superior de Amacuro, Santa Elena y Araguaimujo. Actualmente es Asistente de la Misión y párroco de Tucupita.

La Reverenda Madre Gloria de Pamplona fué una de las primeras Misioneras que llegaron a la Misión, y luego de la muerte de la Madre Micaela, fué nombrada Superiora de la casa de Araguaimujo. Después de trabajar incansablemente varios años en el Caroní fué nombrada Superiora general de las Terciarias Capuchinas residentes en Venezuela, con residencia en Caracas, en donde ha establecido el Colegio de Santa Teresa del Niño Jesús, y ha abierto el Noviciado para recibir aspirantes a la vida religiosa.

Antes de cumplir la Misión de Araguaimujo diez años de su fundación, dió Monseñor Nistal, Vicario Apostólico a la sazón, la voz de alerta, para que los misioneros enseñaran a los indios mayores internos el camino a seguir, ya que habían cumplido el tiempo reglamentario en la educación. Entonces empezaron las relaciones que autorizaban las comunicaciones amoro-

sas conducentes al matrimonio, y se permitían las vistas en días, hora y lugar previamente señalados. Si durante la semana tenía alguno cosas importantes que comunicar a su futura, iba a la habitación del Padre y le decía: "Padre, a ver si hace el favor de dar a mí papel para escribir una carta a la otra casa". Se lo daba, y al poco tiempo volvía con su carta para la novia, e inmediatamente el correo la llevaba a las manos de la interesada. No satisfechos con las cartas enviaban también regalos, como collares, anillos, peinetas y perfumes, sin omitir jamás el saludable consejo de que se portaran bien con las **Madrecitas**.

Ellos, muy prudentes, tenían la costumbre de escribir antes a la Superiora, con el fin de preparar el terreno. Como prueba, véase la siguiente muestra: Reverenda Madre Gloria de Pamplona. Estimada Madre: Después de **saludarte** a usted, que me va a perdonar, yo **te** hago esta carta para expresar mi pensamiento. Madre me hace el bien de preguntar a la señorita Juana Rosa a ver si me quiere y también, Madre, que te digo que no sea forzada y que diga la verdad si no me quiere; quiero que usted me conteste este papelito cuanto antes porque yo me quiero irme a **lo caño** y quiero saber antes de irme sobre esto. Perdone, Madre, este papelito. Su hijo en Jesús. **José Vargas**".

Las pretendidas, muy discretas, respondían unas veces, con el **hágase tu voluntad,** mientras que otras daban a los aspirantes una desconcertante calabaza. Allá va la prueba. "Divina Pastora de Araguaimujo. Muy apreciable señor Basilio Torres. Le escribo estas cuatro palabritas, primeramente para contestarle aquella cartita que te dignaste enviarme; me estabas deseando y yo le digo que no le quiero, pues no estoy sola aquí en la Misión. Ahora por eso no creas que no le dejo casar; todavía quedan muchas niñas, si

quieres bien puedes escoger una, que la Santísima Virgen le ayude a buscar otra y que le ilumine la que le guste, y nada más. — **Juana Rosa Santander"** (43).

No parece que esta Rosa sea la pretendida anteriormente, porque dos calabazas... argüirían demasiada presunción.

Lo cierto es que en el año de 1933 se entendieron a maravilla y concertaron su matrimonio Heraclio Fernández y Basilia Benítez, Victoriano Escalada y Antonia Camacho, Ricardo Galán e Isabel Tarazona, Antonio Lorenzana y Felisa Quevedo, Jenaro Ramos y María Rosa Cassó. Todos los años han seguido después celebrándose otros matrimonios y, ya el año 1932 se habían celebrado los dos primeros.

Antes de la boda recibían los futuros esposos la preparación **remota** que abarcaba dos partes; una moral y otra material. La **parte moral** se extendía a ampliar la instrucción religiosa y a la enseñanza de los deberes matrimoniales, trato al otro cónyuge, obligaciones para con los hijos. Las Misioneras hacían lo propio con las indecitas. La **preparación material** consistía en levantar la casita, con dos corredores, una habitación con su puerta y llave, una mesa y dos bancos, un baúl grande, equipo completo de cocina, de costura y de planchar, varias mudas de ropa con el correspondiente calzado, los libros de estudio y de devoción, varios cuadros de adorno religiosos y profanos. Por fin, la indispensable curiara para viajar por el Orinoco, y una considerable cantidad de dinero para llenar las necesidades de los primeros meses.

A la preparación remota de los matrimonios celebrados en 1933 siguió la próxima o inmediata consistente en tres días de retiro espiritual, durante los cuales se les explicó, punto por punto, la exhortación tan divina y completa del Ritual Toledano. que debe

(43). *Venezuela Misionera*, año 1°, pág. 179.

leerse a los cónyuges antes de pedirles el consentimiento matrimonial. Se completó la preparación con lecturas devotas, pláticas sencillas y oraciones, con el fin de que se dieran cuenta del acto tan sagrado y trascendental para toda la vida, que iban a realizar.

Llegó, finalmente, la víspera del día tan ardientemente deseado. Los muchachos ayudan a los novios a dar la última mano a los arreglos de la casa. Las novias no caben dentro de sí por la emoción y el gozo que las embarga. Sus compañeras vuelan de la casa a la capilla; todo lo arreglan y adornan para que resulte grandioso el acto más solemne presenciado por los moradores de Araguaimujo. Luego, las confesiones de los novios para que dignamente reciban el sacramento del matrimonio, y las de los demás que ya han hecho su primera comunión para ofrecerla el día grande, por la perenne luna de miel de sus compañeros.

Amaneció el 10 de septiembre, y cuando el sol tendía suavemente los primeros benéficos rayos sobre las aguas del caño Araguaimujo, aparecieron las curiaras de indígenas que venían a contemplar el espectáculo nunca visto por ellos. A las ocho salió la procesión de la casa de las Hermanas; delante los niños y niñas del internado, después las Reverendas Hermanas, luego las cinco parejitas con sus respectivos padrinos. En la puerta de la capilla espera el Superior revestido con los ornamentos litúrgicos quien reitera a los contrayentes la exhortación del Ritual Toledano, les pide el consentimiento, bendice los anillos y las arras y conduce a los casados al altar santo para celebrar la Misa, darles la comunión y sellar con bendiciones copiosas la unión matrimonial, para que se santifiquen, se multipliquen y lleguen a la ancianidad, viendo a sus hijos y nietos, hasta la cuarta generación.

Después de la Misa, mientras los cohetes y las campanas alegraban los aires de aquel rincón de la selva ribereña del Orinoco, regresaron todos a la casa de las Hermanas, y allí recibieron la enhorabuena de sus compañeras que lloraban; unas de alegría; otras de dolor porque se les iban sus compañeras; otras de envidia y otras sin saber explicarse la emoción producida por el fausto acontecimiento.

Trascurrido el día en un ambiente de entusiasmo y satisfacción, se despidieron los recien casados. El Padre Superior, algunas Hermanas y unos cuantos niños y niñas los acompañaron a sus nuevas acomodadas casitas. El Padre Gaspar las bendijo y les dió posesión de ellas, entronizó la imagen del Sagrado Corazón de Jesús, terminando así aquel dichoso día, en que los Misioneros vieron coronados los inumerables sacrificios que se impusieron, para llegar a la meta, en obra tan meritoria y patriótica (44).

Y el Padre Santos de Abelgas ¿qué hace en esos momentos? El Padre Abelgas, principal actor de esta Obra, que con sus propias manos ha amasado el barro para las casitas, y ha cargado sobre sus flacos hombros el material de construcción, presenció algunos matrimonios, antes y después del año 1933; pero los que se celebraron este año, pasaron para él, no desapercibidos, porque llevaba en su corazón de Padre bondadoso a aquellos indígenas, mas no pudo asistir a los mismos, por encontrarse enfermo en Caracas.

En dos cartas escritas desde Araguaimujo, una al R. P. Florentino de Riaño, Superior de los Capuchinos de la Merced por aquella época, y otra al R. P. Victorino de San Martín de residencia también en las

(44). Padre Alvaro de Espinoza, en el **Mensajero Seráfico**, año 1934, pág. 277-310-342.

Mercedes, lo manifiesta el P. Santos. En la primera dice: "Muy grata fué mi primera entrevista al llegar: ya casi los muchachos (del Internado), después de tanto tiempo, no me querían conocer; mas, al repartirles caramelos, sinfonías y otras cosas se persuadieron que yo era el que había llegado.

"Aunque no tuve la satisfacción de presenciar los cinco matrimonios, por haberse ya celebrado en agosto, quiso Dios nuestro Señor que presenciara otros dos, que al llegar se celebraron; y mañana, Dios mediante, se irá a sacar los horcones que se necesitan y son los precisos para hacer la casita para otra nueve unión. Ya con esta en puerta, serán nueve familias".

Al Padre San Martín, le decía: "Después de llegar presencié dos matrimonios de niños y niñas que yo ví entrar (siendo) párvulitos. Me recibieron todos los niños y niñas con el mayor entusiasmo. Tuvo más que una octava mi llegada según eran los indios que iban llegando de todas partes".

Nótese cómo el gran Misionero deja entrever su alegría por la celebración de los matrimonios, por verse nuevamente entre sus queridos indios, y el gran aprecio en que le tenían los internos y los indígenas en general, "pues su llegada tuvo más que una octava por los muchos indios que de todas partes llegaban a visitarle.



Monseñor Gómez Villa, Vicario Apostólico, se prepara para celebrar la santa misa en Araguaimujo; devotamente oran indios e indias.



Vista de la iglesia e Internados de Araguaimujo, labor de los Misioneros.

XXI

VEN Y SERAS CORONADO

Rumores lejanos. — Las fiebres palúdicas. — Viaje a Caracas. — Regreso a la Misión. — En Valencia y en las Trincheras. — Muerte edificante y serena. — Recuerdos póstumos.

No era ciertamente el Padre Santos de una naturaleza capaz de resistir las constantes acometidas de enfermedades graves, y soportar, sin detrimento físico, las incomodidades, privaciones, mojaduras, noches en vela, hambres y otras pruebas, de orden material. que acompañan al Sacerdote Misionero en el cumplimiento de sus sagrados deberes.

De espíritu evangélicamente fuerte, de voluntad inquebrantable para hacer el bien al prójimo, de fortaleza sobrehumana para abrazarse con la cruz y con toda clase de sacrificios, no lo era en sus energías físicas que, si bien estaban alentadas por su alma de apóstol, tenían que resentirse ante el peso formidable que les imponía el infatigable celo del Padre Abelgas.

Si, como es lógico, hemos de dar crédito al farmacéutico de Guisa, Dr. Pedro Tamayo, ya en Cuba sintió no pequeñas novedades en el hígado, pues "llevaba con admirable resignación su enfermedad del hígado que le proporcionaba grandes molestias". Y que "las dificultades que hallaba en sus ministerios eran falta

de salud y caminos intransitables. De la primera hacía poco caso, diciendo que era fuerte" (45).

Los incontables trabajos sufridos en el Caroní le produjeron las fiebres palúdicas, enfermedad endémica en aquellas regiones insanas aún para naturalezas robustas. El paludismo le obligó muchas veces a regresar de sus excursiones apostólicas a la Estación de Araguaimujo y a la ciudad de Tucupita. Pero como el Padre no daba importancia a sus achaques, retornaba muy pronto al campo de sus operaciones, no parando mientes en que las fuerzas corporales no siempre corresponden a los inagotables recursos del espíritu.

Por el año de 1933 le fué preciso hacer alto en sus trabajos y emprender viaje de salud a la capital de la República. Según la Crónica de Araguaimujo, el día 24 de febrero salió enfermo para Caracas, y regresó a la Misión el 5 de noviembre del citado año, bastante repuesto, aunque no bien del todo (46).

Durante los largos meses que permaneció en Caracas fué sometido a régimen curativo y reconstituyente, y en él se encontraba cuando le fué ordenado el regreso a la Misión, lo cual ejecutó inmediatamente, sin réplica ni excusa, dando prueba de que, ante la obediencia, nada le importaba la recuperación de la salud (47).

Con la misma abnegación de siempre y con gozo incontenible por encontrarse de nuevo entre sus queridos guaraúnos, trabajó en su educación y civilización como lo había hecho antes. Pero el 6 de julio del año

(45). Informe del Dr. Pedro Tamayo, año de 1946.

(46). Crónica de Araguaimujo, pág. 89.

(47). Padre Hilario de Escalante, Informe particular.

1935, después de visitar las rancherías cercanas a Sacupana, varios caseríos de criollos, y la isla de Tórtola, tuvo que dirigirse a Tucupita enfermo (48).

Sin embargo, el 24 de noviembre del citado año lo encontramos trabajando en Santa Catalina. Y el 15 de diciembre nuevamente en Santa Catalina, Tórtola, Piacoa, Geina y Sacupana, regresando a la Casa de Araguaimujo el 16 de enero de 1936.

A pesar de la voluntad férrea y del espíritu gigantesco del Padre Abelgas, se iban agotando sus fuerzas físicas, de día en día, agotamiento que no pasaba desapercibido a los Superiores de la Misiòn, quienes, aunque apreciaban como se merecían, el celo apostólico, la abnegación con que ejercía los ministerios y los ubérrimos frutos que cosechaba entre indígenas y criollos, obtaron por mandarle por segunda vez a Caracas, en la esperanza de que podría recuperar la salud y las energías perdidas.

Obediente el Padre Santos, a imitación de su divino Maestro, con dolor se separó de la Misión y emprendió el viaje a Caracas en los primeros días del mes de agosto, llegando con el Padre Alvaro de Espinosa a Caracas el 21 del mencionado mes y año (49). Pero se retiró, cual fiel soldado, del campo de combate, peleando las gloriosas batallas del Señor, ya que, cuando recibió la orden de traslado se encontraba haciendo un recorrido por los caseríos de Tórtola y Varadero (50).

Cuando el Padre Abelgas llegó a Caracas certificaron los facultativos que, cualquier remedio era tar-

---

(48). Crónica de la Residencia de Tucupita.

(49). Crónica de la Residencia de Caracas, pág. 223.

(50). Crónica de la Casa de Tucupita, pág. 96.

dío, porque la enfermedad progresaba lenta pero inexorablemente. El cáncer que se le había declarado en el hígado con extensas ramificaciones, era incurable y le conducía irremisiblemente hacia el sepulcro.

"Durante el mes de septiembre y principios de octubre de 1937 vivimos con él en la Residencia de Las Mercedes, en una celda contígua a la suya; entonces fuimos testigos de los grandes y contínuos sufrimientos con que el Señor lo estaba purificando: Apenas podía alimentarse, ni descansar de día ni de noche, lo que le redujo a una debilidad tal, que más que hombre parecía un cadáver ambulante" (51).

Concibiendo todavía alguna esperanza de su curación, le enviaron los Superiores a Valencia, presumiendo que podría hacerle bien el cambio de clima y que proporcionarían un alivio general a su destruído organismo las aguas termales de las Trincheras; mas todo fué inútil, pues ya aquella naturaleza demolida no fué capaz de reaccionar favorablemente; debió, por lo mismo regresar a Caracas para esperar tranquilamente la invitación del Señor que, como a siervo bueno diligente administrador de los caudales divinos, le dijo: **"Ven y serás coronado"**. Así nos lo hace piadosamente creer la vida que llevó, y la tranquilidad con que recibió los santos Sacramentos, y la serenidad con que se enfrentó a la muerte, que para él no era muerte, sino verdadera vida y perenne descanso, en los Cármenes de la Gloria.

"Murió el Padre Santos a la edad de 59 años, 42 de vida claustral, 13 de fecundo y glorioso apostolado en la Misión del Caroní y 13 en la Vicaría de Bayamo, en Cuba. En todas partes dejó gratísimos re-

(51). Padre Carrocena, **Venezuela Misionera**, año 1940, pág. 539.

cuerdos de sus virtudes sacerdotales y franciscanas, y también grandes ejemplos, que serán, a través de los siglos, una provechosa lección para todos" (52).

El Padre Abelgas era sumamente recogido y humilde; por eso en Caracas apenas era conocido, no teniendo su muerte aquella resonancia que alcanzó la de otros operarios evangélicos franciscanos que por muchos años habían ejercido el ministerio en la ciudad del Avila. Con todo, la prensa, algunos de sus Hermanos de hábito y muchísimas personas del Bajo Orinoco lamentaron su desaparición, como se lamenta la de un Padre bueno y preocupado perseverantemente por el bienestar espiritual y material de sus hijos.

El Diario Católico "La Religión", le dedicó el mismo día de su fallecimiento, las líneas que a continuación transcribimos: "FALLECIMIENTO DE UN REVERENDO PADRE CAPUCHINO. Hoy, 28 de diciembre, ha muerto en Caracas el R. P. Santos Abelgas, Misionero Capuchino del Caroní, a los 59 años de edad y 42 de vida religiosa.

"Sus hermanos de hábito lloramos su partida; porque le amábamos y conocemos muy bien la falta que nos hace la diaria lección de su vida mortificada.

"Recordamos siempre, como un estímulo, su apostolado de 13 años en el Oriente de la Isla de Cuba; donde los campesinos de Bayamo, Guisa, Veguita y Cauto sintieron el atractivo de su humildad, lo incansable de su trabajo y las manifestaciones de su caridad seráfica. Con estos dones logró dominio completo en el ánimo de un ladrón que le salió al encuentro, en cierto campo de Beire, y le amenazó de muerte si no le entregaba prontamente cuanto dinero llevaba.

---

(52). Padre Cayetano, Obra citada, pág. 540.

"Trasladado a Venezuela para la fundación del Vicariato Apostólico del Caroní, ha vivido 13 años misionando por los caños del Orinoco, sujeto a privaciones de sólo Dios conocidas y con frutos ubérrimos en la civilización de los indios.

"Su heroísmo pasó desapercibido a la superficialidad del mundo y a la ingratitud de los presumidos; pero los habitantes de las selvas darán, por mucho tiempo, testimonio de lo que vieron y de lo que admiraron en tantísimas ocasiones. Las palabras que le escribía, poco há, uno de sus evangelizados son altamente elocuentes:" "Indios querer mucho Padre Santos, por el bien que les haces". El bien que hizo a todos, su labor fecunda; por eso su recuerdo permanecerá imborrable entre los que le conocimos.

"Completa el número nueve de los Capuchinos Misioneros muertos en esta última etapa misional, después de la fundación del Vicariato del caroní, el año de 1924.

"Vivió como buen soldado; por tanto, la Patria de los escogidos premiará su ejemplar proceder, con galardón eterno. Descanse en paz. **Fr. Victorino de S. Martín**" (53).

Pocos días después del fallecimiento publicaba otro elogio del gran Misionero el mismo Diario, bajo el título, HA MUERTO UN HEROE, y el cual queremos trasladar a estas páginas para edificación de los lectores: "Ha fallecido el Padre Santos; así nos trasmitían dos días hace la noticia desde nuestra Residencia de Caracas. Y la prensa capitalina en sus columnas daba la triste nota del fallecimiento del R. P. Santos de Abelgas, Misionero Capuchino del Caroní; uno

(53). "La Religión", 28 de diciembre del año 1937.

de esos héroes que el mundo desconoce y que hasta para sus Hermanos en Religión pasa desapercibido.

"No tuve la dicha de conocer al Padre Santos; pero eso sí, puedo asegurarlo, siempre oí hablar a súbditos y superiores encomiásticamente de su espíritu misionero, de su abnegación, del celo que lo animaba por el bien de las almas. Muchas veces escuché anécdotas y referencias de su vida, muy dignas de imitar, y de que plumas bien cortadas las consignen, para ejemplo de los venideros.

"La Orden Capuchina, a la que perteneció, no puede menos de reconocer en él, al verdadero religioso, heredero del espíritu del Seráfico Padre San Francisco, en sus virtudes, en su austeridad y en su celo apostólico. Celo que le movió a dejar la patria, la tranquilidad de los claustros conventuales, para ejercer su ministerio, primero en las poblaciones y en los campos de Cuba, donde dejó recuerdos imborrables, y más tarde en nuestra Misión del Caroní.

"Y si en Cuba trabajó incansable, sin saber lo que era el cansancio y la fatiga, en Venezuela ese trabajo ha llegado en ocasiones hasta el heroísmo.

"Lo oí referir a uno de sus compañeros de misión. Es un día, que se lanza el Padre Santos por la selva desconocida en busca del indio errante; es un día que penetra en medio de una tribu con fama de antropófaga, donde permanece semanas enteras. En ese lapso de tiempo sus Hrmanos en Religión temen por la suerte del Padre, sabida la condición de los indios que el Padre Santos trata de reducir a vida civilizada.

"El Padre Santos no vuelve, era el comentario que se hacía en nuestras casas. Si no lo comen los indios, perecerá de hambre y de necesidad, pues ni pro-

visiones llevaba. Y el Padre Santos volvió, alegre, contento, satisfecho, con la sonrisa en los labios. Había hablado con los indios, había vivido con ellos, los conocía, los amaba, era correspondido en el amor. Y cuando más tarde, los religiosos trataron de averiguar su vida en aquellas selvas, su comida, su alimento, supieron de sus labios que los gusanos, cogollos de palma y el alimento del indio fueron su sustento.

"Pero de nada de eso hacía caso el intrépido Misionero, cuando se trataba de salvar las almas, con las cuales había logrado ponerse en íntima comunicación.

"Ahora que tanta importancia se está dando a las Misiones Católicas, porque el Romano Pontífice las ha recomendado con sumo interés, bueno será recordar a estos héroes que así se sacrificaron por la causa misionera. Podemos decirlo sin exageración de ninguna clase, que Venezuela ha perdido con la muerte del P. Santos, un verdadero héroe, que ha sabido sacrificarse por el bien común; las Misiones Católicas un militar activo y abnegado, donde podrán mirarse los futuros misioneros como en nítido espejo. La Orden Capuchina está de luto y lamenta la pérdida sensible de uno de sus miembros, que supo unir a la vida austera y penitente el celo desinteresado.

"El Padre Santos no ha hecho otra cosa sino seguir la gloriosa tradición de nuestros antepasados, y su nombre figurará en las páginas de la historia venezolana con caracteres de oro y de perpetuidad.

"Al recordar el nombre del P. Santos de Abelgas, Misionero Capuchino del Caroní, yo me descubro reverente; al caer ante su tumba, venero sus despojos y elevo al cielo una plegaria por el eterno descanso de su alma, al mismo tiempo que pido de su diestra con-



Matrimonios de internos e internas de Araguaimujo; fruto de la labor paciente y abnegada de Misioneros y Misioneras.



El P. Santos enfermo en Valencia (el primero sentado a la derecha).

sagrada una copiosa bendición para los indios que él con tanto celo evangelizó. Y para los Misioneros del Caroní, su asistencia desde las alturas de la gloria, donde esperamos haya llegado, después de una vida de constantes sacrificios. **Fray Antonino de Madridanos, O. F. M. Cap.**" (54).

Que el Padre Santos había dejado bien marcada una estela de virtudes no comunes entre los Religiosos Misioneros del Caroní lo prueban por una parte, una hojita piadosa publicada por los RR. PP. Félix de Vegamián y Gaspar de Pinilla, al año siguiente de haber fallecido el Padre Abelgas, de la cual hicieron cinco mil ejemplares, que inmediatamente se agotaron. Y además, unas significativas palabras que leímos en la Crónica de la Estación de Araguaimujo, las cuales son del tenor siguiente: "El día de Viernes Santo se bendijo y colocó después del Viacrucis solemne, una Cruz, en el frente de la iglesia, y cerca del río, en recuerdo de haber sido igualmente colocada por el R. P. Santos de Abelgas (q. e. p. d.), en el primer Viernes Santo que se celebró en la Misión, y que todos los indios más próximos vinieron a venerar. Será también un recuerdo de este meritísimo Padre a quien tanto debe la Misión.

"Como se colocó ya la víspera del Viernes Santo, no se pudo hacer como se proyectaba, es decir, una gran Cruz con base de cemento que llevara grabados en una parte de la base, el año y demás datos de la fundación de esta Misión, y en otra el recordatorio de la defunción del R. P. Santos de Abelgas, primer Misionero de esta Casa Misión" (55).

---

(54). "La Religión", 10 de enero de 1937.

(55). Crónica de Araguaimujo, pág. 109.

SEGUNDA PARTE

El Padre Santos de Abelgas visto por los Religiosos, Religiosas y seglares.

EL PADRE SANTOS Y LOS RELIGIOSOS

I

Notas biográficas. — Celo y abnegación en los ministerios. — Vida edificante. — Enfermedad y muerte.

Aunque ya incidentalmente comuniqué a V. R. la muerte del R. P. Santos de Abelgas, le pongo aparte estas cuatro letras, para cumplir lo establecido en el párrafo 139 de nuestro Estatuto de Misiones.

Nació este venerable Misionero el 10 de agosto de 1878. Tomó el hábito capuchino el 1º de noviembre de 1895; hizo la profesión el 1º de noviembre de 1896, y el 25 de mayo de 1907 fué ordenado de Sacerdote.

Fué enviado después por los Superiores a Misiones, y su vida de Misionero cristalizó en Cuba y en el bajo Orinoco. En Cuba se consagró por completo a la vida parroquial y, particularmente, desplegó su celo apostólico en los campos de Guisa, Veguita y Cauto; en los campos de Bayamo, La Sal y Pedralejo.

Destinado a la Misión del Caroní, el año de 1924, con el título de Misionero Apostólico, recorrió todos los caños o bocas del Orinoco. Recorrió todas las rancherías de los indios guaraúnos, hablándoles en su lengua, bautizó casi todos los indios que vivían, y aún hoy viven algunos, vida salvaje.

Vióse innumerables veces en peligro de muerte por las olas de las terribles barras del Cangrejo, de Cocuína, de Macareo, de Sacupana. Los indios desnu-

dos, víctimas de los zancudos que en nubes invaden los ranchos, las mañanas y las tardes de invierno; víc-timas del paludismo, de los anquilostomos, de la bu-ba . . . (eran su constante preocupación). En esas ran-cherías sin aseo dormía el P. Santos cabe los chincho-rros de los indios, comía la yuruma o harina hecha con la medula del moriche, bebía su vino cuando, para saciar la sed, no tenía otra cosa que este o el agua de los morichales o rebalses, comía los gusanos del mo-riche cuando se le acababa el bastimento y le acosaba el hambre.

Recorría también los pueblecitos de los criollos, donde instruía a los niños, aconsejaba a los mayores, casaba a los que vivían mal y predicaba a todos con sus dulces palabras, y más con su vida angelical... inmaculada.

Si mucho apreciaban a este santo Misionero en Cuba, donde le tocó el camino del calvario, la calle de la amargura, más le apreciaban en Venezuela, donde fué el primero que evangelizó a los indios "guaraos"; donde sacrificó su vida y logró ver el fruto sazonado en la brillante Misión de Araguaimujo; la Misión más bella de Venezuela, y una de las más bellas de Améri-ca (56).

Después de larga y penosa enfermedad, sufrida con heroica resignación, el día 28 de diciembre rindió en Caracas santamente la jornada de la vida. Este santo varón tiene sobrados títulos para merecer el cul-to de sus hermanos, a quienes edificó constantemente con sus virtudes; y de los indígenas, de quienes se hi-zo siervo y padre para educarlos y servirlos. **Fray Ce-ferino de La Aldea, Sup. Regular.** (57).

---

(56). Cuando el P. Ceferino escribía este informe, el Orinoco no hobia hecho en la Misión de Araguaimujo todos los desastres que después ha ocasionado.

(57). Carta al P. Mariano de Vega, Provincial, año de 1938.

II

Fundador de Araguaimujo. — Querido de los indios.— Un caso raro. — Vida moral. — Parco en la comida y sufrido en los trabajos.

Fué el Padre Santos el primer misionero que recorrió las rancherías de los indios guaraúnos y el primero que echó los cimientos espirituales de Araguaimujo, la primera y más importante de nuestras misiones entre infieles. Fué siempre muy querido de los indios; prueba de ello es una carta que recibió pocos días antes de morir de uno de nuestros indígenas: "Indios querer mucho Padre Santos, por el bien que les hace": Así decía la carta.

Predicó, bautizó y redujo a los indios mariuseros, que figuran como los más feroces del bajo Orinoco. Desde el principio tuvo sumo interés en aprender el idioma de los guaraúnos, a fin de poderles predicar la santa Fe; cualquier palabra que aprendía o le decían le anotaba en sus cuadernos. Quejábase con frecuencia del miserable estado espiritual de los indios y de su alejamiento de Dios, y repetía muchas veces: "Son unos pobres presos metidos en unas cuevas o pozos profundísimos, siendo imposible que puedan salir de esa ceguera y miserable estado sin un milagro de Dios".

No sólo los indios sino también los criollos amaban y veneraban al Padre Santos, como lo demuestra

el siguiente caso: Una señora de Uracoa, casada por la Iglesia, tuvo infeliz suerte en los dos primeros alumbramientos, y los médicos le dijeron que no podía tener hijos, sino con gravísimo peligro de su vida. Viéndose nuevamente en estado, llena de mortal ansiedad, acudió el Padre Santos, el cual le dijo: "No tema usted por el diagnóstico de los médicos, acuda a San Antonio, y el primer hijo que tenga, póngale el nombre de Antonio, dándole una limosna a los pobres". La señora se fué consoladísima y dió felizmente a luz un hijo, y después tuvo más; tanto ella como todo el pueblo de Uracoa llaman al Padre Santos, **el Padre santo.**

Hallándome de visita pastoral en el caserío de Los Remolinos, quise cerciorarme personalmente de un caso de apariencia profética que se atribuía al Padre Santos. Dos señoras de avanzada edad aseguraron, como testigos oculares y auriculares, lo siguiente: "Llegó a este caserío el Padre Santos de Abelgas por la mañana bastante temprano; la gente avisó al Comisario que había llegado el Padre, y que diese orden para hospedarle en una casa. El Comisario se expresó mal del Padre, y no quiso atenderle, habiendo tenido que pasar el pobre Padre todo el día a la orilla del río. Poco antes de irse del caserío dijo, delante de mucha gente: "Que el Señor Comisario moriría ahogado, y que el río le llevaría la casa, en castigo por su mal comportamiento con el Padre". Y, así sucedió, efectivamente, pues el río le llevó la casa y, al año siguiente, viajando por el Orinoco en una lancha-motor, se incendió el motor y él se echó al río, donde pereció ahogado.

El aspecto exterior era de suma sencillez y sin pretensiones de ninguna especie; era muy poco amigo de alabanzas y, a fuerza de ruegos, una que otra vez se dejó fotografiar. Aunque era muy atento con la gente, nunca se pudo notar en su trato la menor



La Divina Pastora, Patrona de las Misiones Capuchinas y Titular de Araguaimujo.



Celebración del día del Corpus en Araguaimujo.

ligereza con personas de otro sexo; y eso que le trataban con mucho afecto y cariño familiar, pero siempre con mucho respeto.

Tanto en los recreos como en el trabajo se le veía siempre muy recogido; pero era muy amable y, con frecuencia, tenía alguna gracia que referir.

Era muy parco en la comida y comía de cuanto le presentaban, incluso de todas las comidas de los indios. Alguien vió una vez que aceptó la comida masticada que le ofreció una india; después de metida en la boca hizo que la comía, pero no pudo tragarla, y con disimulo, para no desagradar a la india, se volvió para un lado y la echó en el pañuelo de mano.

En los dolores gravísimos de sus enfermedades no se le veía quejarse; quería valerse él solo para todo por no molestar a nadie. Era sumamente delicado en el trato con los religiosos, y frecuentemente traía a colación en las conversaciones, los buenos ejemplos de otros religiosos, Padres y Hermanos, recalcando con marcada intención sus virtudes.

Cuando iba al trabajo con los niños internos, se metía en el capucho del hábito un libro de Fray Juan de los Angeles para hacer lectura espiritual, y sin descuidar el atender a los niños, pasaba la mayor parte del tiempo en oración.

Teniendo, pues, en cuenta la opinión común de los Religiosos y Religiosas que le trataron a fondo, de lo que piensan de él los criollos y los mismos indios, puede afirmarse que el Padre Santos fué un excelente religioso y que practicó las virtudes en grado heroico,
Fray Constantino Gómez Villa, Vic. Apost. del Caroní.

III

Alma de Dios. — La Misa centro de su devoción. — Lecturas piadosas. — Generoso con los indios. — Anécdotas edificantes.

Dice un adagio latino: "Vox populi, vox Dei". La voz del pueblo, voz de Dios. Y así es en verdad, que raras veces el pueblo se engaña en apreciar los méritos o deméritos de una persona. El P. Santos de Abelgas era considerado por todos como una alma de Dios. Y no debían de equivocarse. Júzguese por los siguientes rasgos, episodios y anécdotas que hemos recogido al azar. Por la mañana levantábase antes que los demás para hacer oración y prepararse para la Misa, centro de todas las devociones; nunca la dejaba en sus periódicas excursiones por los caños, aún a costa de permanecer largas horas en ayunas. En la isla de Mariusa, estando anegado todo el terreno, siendo ya más de media mañana, y no habiendo cerca ninguna ranchería, encontró un corpulento árbol, cuyas raíces le sirvieron de peana; sobre dos palos atravesados colocó la caja de los ornamentos y el ara santa; y allí, acompañado de un plaguero horrible de zancudos que le picaban de lo lindo, sin luz, sin acólito, sin poder moverse para no caerse al agua, celebró, lo mejor que pudo, el tremendo Sacrificio.

Cuando íbamos al trabajo, llevaba el Kempis dentro del capucho, y leía algún capítulo mientras los niños trabajaban. En los cinco años que convivimos jun-

tos en Araguaimujo, nunca había que mandarle; a la menor insinuación ejecutaba las cosas.

Era a las veces graciosamente delicado en las conversaciones; huía del trato con las gentes, hablaba poco, y rarísimas veces escribía cartas.

¿Quién te dió eso? Este pantalón me lo dió el Padre Santos en los caños. Cuando anualmente recorría las rancherías de los indios, llevaba provisión de yodo, píldoras, quinina y algodón, para regalar a los enfermos. En Orocoima recortó un buen pedazo de su nueva y flamante cobija, para envolver la pierna ulcerosa de un pobre enfermo que sentía mucho frío.

Cuando había indios enfermos en Araguaimujo, pedía al Superior de la Misión medicinas, arroz, kuaquer, pescado, y se lo llevaba. A falta de gasas y vendas, echó mano muchas veces de sus pañuelos nuevos, para curar las heridas de los indígenas. En Macareo estuvo perdido una noche con el Padre Antolín; amanecieron con la cara hinchadísima por las picaduras del "jején" y del zancudo. Providencialmente no fueron arrastrados por la impetuosa corriente a alta mar. Entonces, entonó, a imitación del Seráfico Padre, un cántico en acción de gracias.

Decíanos constantemente que debíamos tener escrita en la escuela, en la iglesia, en el recreo, en el dormitorio y en el trabajo, esta sencillísima frase: "Estamos entre salvajes", para saber soportar, callar, disimular, y tolerar muchas cosas, y no perder la paciencia.

Al llegar a la Misión algún indio instintivamente preguntaba por el Padre Santos. **Padre Santos, ¿casaba?** ¿Dónde está el Padre Santos? **Bare Santos ca saba**

yaquera oco tay˜era obonoya. El Padre Santos bueno para nosotros; nosotros le queremos mucho. Y decían esto con tal fruición, que se les hacía la boca miel de contento. Los hechos hablaban, pues, muy alto de este humilde y gran misionero capuchino.

El, como buen misionero capuchino, profesaba tierno amor a la Divina Pastora, propagaba su devoción, repartía su medallita a indios y criollos, y paseó su estandarte bendito gloriosa y apostólicamente, por los campos cubanos y deltanos. Cantaba y enseñaba preferentemente los cánticos de la Divina Pastora. Y esta Madre amantísima le hizo verdaderos prodigios.

Pobre y sencillo en toda la extensión de la palabra, amaba al Pobrecillo de Asís, al amigo de los pobres. Siempre pedía permiso para hacer los ejercicios espirituales en la Novena de San José, para terminarlos en la fiesta del Santo. San Antonio de Padua, fué **su Santo**, el amigo que lo sacaba a flote en todos sus apuros. "Animo, confianza, decía; San Antonio todo lo puede"... Y tenía razón.

Hay episodios tan lindos, tan simpáticos, tan emocionantes de su vida misionera, que me siento fuertemente impulsado a referirlos. Los indios de Nabasanuca se entusiasmaron tanto con él que, electrizados por el gobernador Ricardo Torres, se pusieron todos de pie formando larga cola; y así ordenados, indios e indias, lo iban efusivamente saludando, mientras le decían: "Tu eres nuestro Padre, tu eres nuestro Padre; tu quieres mucho a los indios".

En la ranchería de "Cuamujo" regaló una medalla de la Divina Pastora a una india viejecita. A los tres años todavía conservábala pendiente del cuello. Mientras el Padre Santos les explicaba la doctrina, en medio del general silencio, levantó la voz la referida guaraúna, diciendo: "El Padre Santos dice la verdad. Todo lo que él nos enseña lo pondremos en práctica".

A los indios de la isla de Borojoida les persuadió a que le entregasen todos los ídolos que tenían en la casa del "Jebu" (su dios), para echarlos al río y viesen que su dios no le hacía nada, porque no hay tal dios. Se los entregaron y los arrojó al río con su propia mano. Entonces, ayudado de un criollo, hizo una gran cruz, que todavía hoy día se conserva, y la plantó en el mismo lugar en que tenían los ídolos.

El año de 1932 murió una viejísima guaraúna, de 114 años, madre del indio Sabino, fiscal de Burojoida, y la enterró delante de la cruz; y todos los días, el referido Sabino da su paseíto verpertino hasta la cruz y le prende una vela de cera indígena; pero cuando le falta, se queda triste y pensativo (no sabe rezar) con los brazos cruzados ante la cruz bendita y ante el sepulcro de su madre... **Es la cruz del Santo Bare**, dicen orgullosamente los burojoideros.

El indio José Campero es un guaraúno más bueno que el pan bendito, pero es en extremo supersticioso. El Padre Santos le enseñó a rezar en el año 1925; y reza, se signa y se santigua cada día enrevesadamente. Siempre que se enferma, antes que la medicina, dejase piachear por los güisidiatos o doctores guaraúnos. Este indio ayudó mucho al Padre Abelgas a fundar la Misión de Araguaimujo, en talas, en los trabajos y en las siembras. El Padre, entre otros regalos, le hizo el de un Crucifijo pequeño que todavía le conserva en un altarcito de la casa. Oye, Campero, ¿quién te dió este Cristo tan bonito? Este Cristo tan bonita me lo regala Padre Santos. Yo toda la noche prende vela, pone de lodilla, hace la señá de la cruz y reza bueno a Dios, pa espantá la diabro, **Fray Gaspar de Pinilla, Mis. Apost. Capuchino** (58).

---

(58). Publicado dicho Informe, casi todo, en Venezuela Misionera, bajo el título "Viñetas Misionales", año de 1940. El Padre Pinilla es hoy Vicario Apostólico de la Misión de Machiques, con carácter episcopal y con el nombre de Monseñor Angel Turrado.

El día 28 de septiembre estaba yo de paso en la Estación Misional de Araguaimujo, y ese mismo día llegó el P. Santos, a las ocho de la noche; pues había salido durante seis días a buscar morocotos y otros elementos para alimentar a los indios del Internado. Cuando le ví tan macilento y extenuado por causa del penoso viaje, me causó la impresión de que me encontraba en presencia de una alma grande: concebí la idea de que el P. Santos era un hombre abnegado, sufrido, trabajador, caritativo, destacándose en él aquella frase de San Buenaventura, propia de las almas cuerdas y humildes: "Para cargas el primero, para cargos el postrero".

Después de algún tiempo viajábamos los dos en curiara, manejada por los indios, de Barrancas a Araguaimujo, y como el trayecto es largo, hablamos de diferentes tópicos. Refiriéndose el P. Abelgas a la vida espiritual, me decía, que había que buscar a Dios en el interior del alma; por lo que me persuadí que poseía la ciencia experimental de las almas grandes, enseñada por los especialistas en esa materia, San Juan de la Cruz en el "Cántico espiritual" y Santa Teresa en sus "Moradas".

Como el P. Santos era de mucha vida interior, más estaba en donde amaba que en donde vivía, según sentencia tan celebrada y oída de San Bernardo y de San Agustín. Esta vida se irradiaba a todos los que le trataban. Por eso los indios le apreciaban mucho, considerándole como hombre de gran bondad; y los criollos determinaban más el gran concepto que de él tenían, diciendo que el P. Santos era humilde y santo.

Fray Matías de Alcobilla, O. F. M. Cap.



Indios de la ranchería de Capure visitados por el P. Santos desde Tucupita.



Pintoresca procesión por el caño de Araguaimujo.

IV

Humildad del Padre Santos. — Espíritu de piedad. — Caridad con los indios. — Obsequioso con los Superiores. — Fama de santidad.

Sus maneras (las del Padre Santos) eran de suma sencillez y sin pretensiones de ninguna índole, más bien, cuando alguno lo alababa por cualquier cosa, le daba pena, trataba de esconderse y de desvirtuar lo que decían. Parecía instintivamente opuesto a todo lo que fuera manifestarse o tuviera apariencia de lucimiento. Se ve que se tenía en un concepto ínfimo y que quería vivir oculto, escondido, sin que nadie le notara. Me costó Dios y ayuda conseguir que se dejara retratar.

No le gustaba escribir las relaciones de sus excursiones apostólicas que hacía entre criollos e indios, a pesar de sucederle frecuentemente casos muy interesantes. Aunque era muy atento con las gentes, y tan amable que todos quedaban prendados de él, jamás noté en su trato con los de fuera ligereza alguna. Le costaba mucho pedir favores, y se veía que lo hacía por no molestar a nadie. En cierta ocasión nos encontrábamos los dos con el Padre Matías, Superior Regular, en el recreo, y recayó la conversación sobre temas de Mística, punto fuerte del Padre Matías. El Padre Santos manifestaba especial alegría en la conversación y le **tiraba de la lengua** para que siguiera hablando. Luego, conversando los dos, me dijo cuánto le ha-

bía gustado la charla, y me manifestó el deseo de que se volviera a hablar sobre el mismo tema en otros recreos. Tanto en los recreos como en el trabajo se le veía recogido y muy moderado, aunque siempre muy amable. Como no hubiera persona extraña con nosotros, era expansivo, tratable y jovial; pero si había gente de fuera, se sentía incómodo, y apenas hablaba algo por compromiso.

Era muy parco en las comidas, y cuando iba a las rancherías en las excursiones, comía de lo mismo que los indígenas. Así fué como se familiarizó con la yuruma, gusanos de moriche, frutas de monte, cangrejos asados, carne de báquiro asada... En su última enfermedad padecía dolores muy fuertes en el costado, pero no se quejaba, ni quería molestar a nadie.

Todos los años, como preparación para la fiesta de San José bendito, hacía los Santos Ejercicios, con permiso del Padre Superior. Cuando iba al trabajo con los indios llevaba un libro de lectura espiritual, y aprovechaba el tiempo, leyendo y recogido. Más de una vez le ví llevar los "Triunfos" del amor de Dios de Fray Juan de los Angeles. De conversaciones que tuve con él, pude deducir que la mayor parte del tiempo, la pasaba en oración, pero sin descuidar a los muchachos.

Recuerdo que muchas veces me traía a colación los ejemplos de otros Misioneros y Misioneras, recalcando con marcada edificación sus virtudes.

Siempre que iba de excursión, procuraba llevar objetos para los indios, no sólo religiosos, que ellos no aprecian en su justo valor por falta de fe, sino, principalmente, profanos, como collares, tabaco, ropas, anzuelos de pescar y cuanto podía atrapar. Como era tan grande el deseo de entregarse a la civilización de los indígenas, cuando vió colmados sus deseos con la fun-

dación de Araguaimujo, se fué detrás del ranchito del indio Torres y, postrado en tierra, la besó, dando gracias a Nuestro Señor por haberle concedido lo que tanto había anhelado.

Desde el principio tuvo mucho interés en aprender la lengua de los indios, viendo que le era imposible de otra manera civilizarlos; pero le costaba mucho, porque no le sobraba memoria, para eso por lo menos. Debido al deseo de aprender el idioma, y a que no solía andar muy provisto de papel, ni de cuadernos, cualquier palabra nueva que lograba cazar, la anotaba en el cuaderno que había destinado a los datos de los indios que bautizaba.

No obstante las dificultades para la correspondencia, no dejaba de escribir al Padre Superior General de la Orden, todos los años, como está mandado; y eso que raras veces recibía contestación de allá. En alguna ocasión alguien le dijo, que para qué escribía si no le contestaban. Mas él me manifestó después, "que a él no le tocaba mirar si le contestaban, sino escribir como estaba mandado; que bastante tendrían que hacer allá en Roma, para contestar a tantas cartas". Ví claramente que escribía por espíritu de obediencia.

Por todas partes, por donde anduvo en excursiones apostólicas, así entre criollos como entre indios, dejaba una fama de bueno y de santo, sin excepción. Me consta de varias personas civilizadas que se encomendaban a él después de su muerte; y de dos supe, que conseguían cuantas gracias pedían al Padre Santos. Oí una vez contar al Padre Inocencio que, sintiendo un dolor fortísimo de cabeza, que no se le quitaba, se le ocurrió pensar en el Padre Santos, y sin tener confianza en él, y casi sin saber por qué, le rezó un padrenuestro, y se le quitó el dolor al punto, como si le hubieran quitado con la mano un gran peso de la cabeza,

Fray Félix de Vegamián, O. F. M. Cap., Superior Regular (59).

(59). El Padre Vice-Postulador, que visitó la Estación de Santa Elena en enero de 1945, en donde residía el Padre Inocencio, oyó, de labios del interesado, el mismo caso referido por el Padre Félix.

V

Datos biográficos del Padre Santos. — Posición de sus padres. — Gusto en la lectura de los clásicos. — Trasladado a Cuba y al Caroní. — Afligido por no saber el guaraúno. — Estimación general.

Nació el Padre Santos en Abelgas, pueblo de la provincia y diócesis de León. Su padre, de fe maciza, como de viejo castellano, murió cuando él era niño, quedando bajo la dirección de su hermano D. Esteban, sacerdote piadoso e ilustrado.

Tenían sus padres muy buena posición. Hizo el noviciado en Bilbao. En Fuenterrabía perfeccionó latín y estudios filosóficos. En ese tiempo sufrió grandemente toda clase de pruebas, que entonces eran duras, aún por faltas leves.

Era sumamente aficionado al espíritu genuinamente franciscano y a los clásicos místicos españoles, siendo los preferidos, Fray Juan de los Angeles, Fray Alonso de Madrid, el Padre Osuna, el Guía de pecadores del P. Granada y otros. Por recreo, como obra literaria, el **Quijote** de Cervantes, que casi lo sabía de memoria.

En el mes de diciembre de 1909, después de pasar por Puerto Rico, fué a Cuba, donde ejerció el apostolado en los campos de Bayamo, durante los trienios de los PP. Froilán de Rionegro, Florencio de Artavia, Fi-

del de San Sebastián, Salvador de Palacios, un servidor, y Monseñor Nistal. Su trabajo fué, en aquel medio dificilísimo y frecuentemente hostil, constante y sin desmayos...

El año de 1923 fué trasladado a Tucupita y su Misión en el bajo Orinoco. Fué el primero que se internó en los lugares más apartados, y visitó todas las rancherías de indios, entre la boca de Río Grande y el Caño Pedernales, bautizando a la mayor parte de ellos. En muchas ocasiones pasaba el día sin comer nada, y llegando a los ranchos, tomaba de lo mismo que comían los indios para satisfacer sus necesidades.

Sufría mucho por no poder explicar la doctrina a los indígenas en su propio idioma, por lo que, al encontrar el primero que chapurreaba dicha lengua, sacaba el lápiz y cuaderno, y apuntaba cuantas palabras podía. Le apenaba grandemente el ver lo alejados que estaban los indios de nuestra Religión santa, cual si fueran unos pobres presos metidos en profundas cavernas, siendo imposible que pudieran salir de aquel estado, sin un milagro de lo alto.

En general, criollos e indios, querían mucho al Padre Santos, y aun hoy lo recuerdan con cariño y veneración en todos los caseríos de Río Grande, de Tórtola, Santa Catalina, Piacoa, Sacupana, Araguao y Araguaimujo; y en Tucupita, ya que por bastante tiempo ejerció los ministerios en esta población. Muchas veces regresaba enfermo de las excursiones, pero al reponerse un tanto, las proseguía por los caseríos y haciendas, donde hacía gran fruto, bautizando, celebrando primeras comuniones y dirigiendo pláticas edificantes.

Fray Nicolás de Cármenes, O. F. M. Cap.

VI

Ultima enfermedad del Padre Santos. — Piedad durante la misma. — "Quiero ver cómo muere un santo".

Conocí al Padre Santos de Abelgas, el año de 1937, con motivo de su última enfermedad, en Caracas. Me enteré por el testimonio de los médicos que le visitaron, de que tenía un cáncer en el hígado o en el estómago. Pude advertir que era un religioso bueno, cumplidor de las leyes y amante de la caridad fraterna. Nunca le ví impacientarse por los dolores de la enfermedad, ni quiso tomar narcóticos para calmarlos, por no aficionarse a los mismos y, creo, que por sufrir más. Al principio tomaba las medicinas; mas, cuando se dió cuenta de su gravedad, dijo, "que para qué hacer más gastos". Con todo, las tomaba si se las daban.

Celebró la santa Misa hasta que le ordenaron que no saliera de la habitanción; después comulgaba todos los días, hasta el último de su vida. Oí decir a los religiosos que le llevaron la comunión, que la recibía muy piadosamente. Cuando se le administraron los últimos sacramentos, en presencia de toda la Comunidad, noté que los recibió con gran piedad y muy tranquilo. No advertí que tuviera miedo a la muerte, y pude apreciar que estaba muy resignado.

El Dr. Rafael Ayala había manifestado que se le avisara en el momento de la muerte, porque quería ver **cómo moría un santo.**

Fray Jesús de Murcia, O. F. M. Cap.

VII

El Padre Santos muy espiritual. — Agradable su trato. — Por sentimientos de humildad.

He conocido al Padre Santos de Abelgas, sólo muy poco. La primera vez, fué el año de 1932, en un viaje que hice a la Misión de Araguaimujo acompañando a Monseñor Nistal: Allí estaba residenciado el Padre Santos; y, al verle, me dió la impresión de encontrarme ante un religioso más espiritual que lo común de los otros religiosos. No permanecí en Araguaimujo más que dos días, y recuerdo que me sentía bastante inclinado a buscar sus conversaciones: no me acuerdo concretamente de los asuntos tratados con él; sólo recuerdo de una vez que me llevó a su habitación, y me habló, con bastante fervor, de trabajar por la salvación de los indios; de ser un misionero celoso, y de dar gloria a la Orden Capuchina.

Me volví a encontrar con él, en la Residencia de Caracas, donde se encontraba muy enfermo, y no salía apenas de la habitación, sino para decir la santa Misa. Durante el mes que permanecí en Caracas, iba con frecuencia a su celda, a pasar los recreos con él; su trato era siempre muy suave y espiritual, que me encantaba. Me hablaba de que él ya no podía salir de la enfermedad, pero nunca le oí quejarse. Se mostraba muy agradecido al menor servicio que se le hacía, y me pareció que, al hablar con uno, no miraba fijamente, sino que estaba con la vista baja, o mirando vaga-

mente hacia un infinito, que me daba a entender como que su corazón estaba más arriba de las cosas de la tierra.

He oído decir que a veces tenía cierta agudeza para satirizar suave y veladamente algunas acciones de otros. A este propósito, recuerdo que yo le escribí una vez pidiéndole me diera datos sobre las costumbres de los indios; y me contestó, que, como ya otros religiosos más ilustrados y entusiastas que él, en esa materia, estaban trabajando y recogiendo datos con actividad, le parecía mejor remitirme a esos religiosos, para que ellos me proporcionaran los datos que solicitaba. Quizá esto pudiera tener algo de satírico para esos religiosos, y yo lo he referido algunas veces, como que pudiera tener esa intención, pero confieso, que en sí, lo que él me dijo, y sus expresiones, no eran satíricas, y que lo mismo se pueden interpretar como expresiones de humildad y bajo sentimiento que él tendría de sí mismo; y, tal vez, esto sea lo más verídico. Este es mi juicio sincero sobre el Padre Santos de Abelgas, que hago pensándolo ante Dios Nuestro Señor.

Fray Baltasar de Matallana, O.F.M. Cap.

VIII

Buen religioso. — Buena opinión.

Yo conocí al Padre Santos en Bayamo (Cuba): En los años que estuve en su compañía siempre le observé buen religioso; obediente, amante de la pobreza seráfica. Siempre le ví atendiendo a tres parroquias, Guisa, Cauto y Veguita, y en todo tiempo a satisfacción de los Superiores de la Orden y de la Curia Eclesiástica de Santiago de Cuba.

De la Misión del Caroní siempre oí hablar bien de él, y del grande amor que profesaba a los indios. El me confesó los grandes trabajos que sufrió cuando se internó en los bosques, para buscar a los indígenas. Al acabársele las pequeñas provisiones que llevaba, se vió en la necesidad de comer gusanos como los indios; al principio le causaban repugnancia, pero la necesidad y la costumbre, triunfaron de todo. Nada más puedo informar sobre él.

Fray Leonardo de Destriana, O. F. M. Cap.

IX

La última enfermedad. — Preparación y resignación.

El que subscribe, confesó ordinariamente al Padre Santos durante su enfermedad en Caracas. Confieso que nada de extraordinario observé en él durante su enfermedad ni en su agonía. Su enfermedad fué un cáncer en el hígado, que se le extendió a la garganta, proporcionándole muchos y gravísimos sufrimientos. El Dr. Corachán le hizo una pequeña operación en la garganta, y le quitó el dolor o por lo menos se lo alivió bastante (60).

Avisado de la gravedad, se preparó para recibir los santos Sacramentos, los que recibió con señales de verdadera piedad. No me consta que se haya opuesto a las prescripciones del médico, ni a la sumisión a los Superiores. Llevó con resignación todos sus sufrimientos, haciendo con frecuencia actos de conformidad con la voluntad de Dios, y entregó su alma al Creador, el día de los Santos Inocentes, o sea, el 28 de diciembre, a

---

(60). No parece cierta la afirmación del Padre Fresnellino cuando dice que la pequeña operación "le quitó el dolor o por lo menos se lo alivió bastante". El Dr. Corachán quiso cerciorarse de si había ramificaciones del cáncer, para lo cual hizo una pequeña amputación en la garganta y la sometió al examen clínico, confirmándose en la extensión de la enfermedad a la garganta.

la una de la tarde, con una muerte ejemplar, el año de 1937.

Fray Benigno de Fresnellino, O. F. M. Cap., Proc. de la Misión del Caroní.

X

Asistencia a los apestados en Tucupita. — Humildad y caridad del Padre Santos. — Conocimiento raro de la muerte de un ser querido.

La primera vez que yo ví al Padre Santos de Abelgas fué, el día 7 de marzo del año 1933, en Pedernales. El Padre Santos venía en el vapor fluvial "Apure", del que se trasladó al "Manzanares", para seguir viaje a Caracas por quebrantos de salud.

Posteriormente conviví con él en nuestra casa de Tucupita, en el mes de agosto de 1935. El Padre Santos se encontraba allí, también por motivos de salud. Recuerdo que, en aquellos días reinaba una gran disentería maligna, muy contagiosa, y que el Padre Abelgas salió, repetidas veces cada día, en auxilio espiritual de los atacados, siempre con prontitud. Y se notaba el gusto y espontaneidad para este ministerio.

En aquellos pocos días noté en él, como sobresalientes, la humildad, por el gran aprecio que hacía, y por los elogios que tributaba a los demás; recogimiento espiritual no común; caridad, condescendencia y amenidad y gracejo en el trato con los otros religiosos.

Después de esto, el año de 1936, fuí a Araguaimujo, precisamente a suplir al Padre Santos, quien, nuevamente, por achaques y enfermedades, salió de la Misión. Por tres meses ocupé su celda-habitación, ubicada

entre los dormitorios de los niños mayores y menores, para vigilancia y cuidado de los mismos. Durante aquellos meses oí hablar siempre con gran estima del Padre Santos, a sus compañeros, a los indígenas internos y a los indios que llegaban de los caseríos.

Me consta que, de una manera extraordinaria, supo el Padre Santos la muerte de uno de su familia, (tal vez su madre), en el día y hora en que sucedió; cosa que él mismo nó sabía a qué atribuir. Principalmente oí contar de él, su espíritu de humildad, su dadivosidad y la pureza angelical, junto con la bondad y la indulgencia para todos, hasta para los enemigos y calumniadores.

Fray Cesareo de Armellada, Misionero Capuchino.

XI

Once años con el Padre Abelgas.—Verdadero santo.— Obediente y caritativo. — Piadoso. — Celo por la salvación de las almas.

Viví once años con el Padre Santos de Abelgas en Araguaimujo. Mi criterio es que tenía una conducta intachable; era un verdadero santo; siempre muy observante.

Con los Superiores fué, en todo momento, sumiso. y ejecutaba prontamente sus disposiciones, sin murmurar de ellos o de sus determinaciones. Tuvo gran espíritu de abnegación, y era muy mortificado en las comidas, en el vestido y en el sueño, durmiendo en cualquier parte. Para con el prójimo era todo caridad, procurando socorrer las necesidades ajenas, privándose él aún de los alimentos.

Su espíritu de piedad era algo extraordinario; oraba frecuentemente, y, creo, que no perdía la presncia de Dios. Celebraba muy devotamente la santa Misa, y conservaba esa misma devoción cuando, después de celebrar, daba gracias.

Sentía mucho celo por la salvación de las almas, no reparando en obstáculos y dificultades cuando de salvarlas se trataba. En su larga y dolorosa enfermedad, no le noté impaciencias de ningún género; antes bien, la soportaba con gran resignación y fortaleza

de ánimo. Frecuentemente hablaba con los demás religiosos del celo por la salvación de las almas, pues era un varón muy apostólico. Con los indios era sumamente complaciente; cantaba con ellos en "guarao", y les enseñaba cánticos religiosos. Todas las gentes de estos alrededores le tenían por un verdadero santo. Entre ellas causó dolorosa impreisón su muerte, por lo mucho que le querían.

Fray Rogelio de Valduvieco, Misionero Capuchino.

XII

Algunas noticias sobre el R. P. Santos de Abelgas.

a) **Conducta en general:** Fué un buen religioso, muy observante y muy fiel cumplidor de los deberes religiosos.

b) **Conducta para con los Superiores:** Siempre que yo ví que el Superior le mandaba alguna cosa, nunca puso reparos ni dificultades a la obediencia; obedecía a ojos cerrados.

c) **Relaciones con los religiosos:** No ví que faltara a la caridad con los religiosos, y sí le gustaba alegrar y amenizar los recreos.

d) **Relaciones con el prójimo:** Era sumamente cariñoso y caritativo, especialmente con los indios, por quienes no reparaba en sacrificios y mortificaciones.

e) **Espíritu de mortificación y abnegación:** En lo que yo pude notar, durante el poco tiempo que viví con él, siempre le ví dispuesto a arrostrar cualquier dificultad, mortificación y penitencia, como hambre, mojaduras, y caminar noches enteras en curiara, con toda clase de privaciones, que soportaba con gran resignación, y aún con alegría.

f) **Celo apostólico:** Por salvar una alma, se expo-

nía a toda clase de peligros y contratiempos, sin hacer caso de las inclemencias del tiempo.

g) **Su piedad:** Se notaba la piedad en todos los actos y ejercicios y, muy especialmente, en el rezo del Oficio divino y en la celebración de la santa Misa.

h) **Ultima enfermedad:** Le asistí algún tiempo en Caracas. Soportó con mucha resignación, paciencia y alegría los terribles dolores del cáncer interno, sin querer tomar calmantes o narcóticos, para suavizar los sufrimientos de tan maligna enfermedad. No tenía miedo a la muerte, antes, la estaba esperando resignado y conforme con lo que de él dispusiera el Señor.

Fray Darío de Renedo, Capuchino.

XIII

Resignación en la enfermedad. — Piedad en general. Muerte edificante.

Conocí y traté al Padre Santos, en tres ocasiones, en que vino enfermo a Caracas. La última vez fué, en el mes de setiembre del año 1936, en que permaneció hasta su muerte, acaecida el 28 de diciembre de 1937.

Fuí enfermero suyo durante ese lapso de tiempo, y noté que llevaba la enfermedad con gran resignación. Siempre acató las disposiciones de los médicos y aceptó las medicinas que ellos le recetaban, sin reparo alguno. No le dieron narcóticos para calmar los dolores, de los que no daba muestras de ser muy grandes, aunque el cáncer interno le llevó al sepulcro.

Avisados los Superiores por el médico, de su gravedad, le manifestaron el estado en que se encontraba, y le preguntaron, si quería recibir los Sacramentos, a lo cual contestó, sin ninguna turbación, que se los administraran. Asistió la Comunidad, cuando se le administró la Evxtremaución y, muy conmovido, pidió perdón a los religiosos. Antes se puso el escapulario de la Virgen del Carmen, que solía quitar por la noche.

No se quejó en todo este tiempo ni de los médicos, ni de los Superiores, ni de las medicinas o de los alimentos. En todo instante se le notaba muy recogido; cuando no podía celebrar la Misa, se le llevaba la

comunión, a petición suya. Con gran serenidad respondió a las preces de la recomendación del alma; y, si alguna vez no podía hablar, se daba golpes de pecho. Murió con tranquilidad y sin agonía.

Cuando todavía iba a los recreos, le gustaba alegrarlos, contando chistes de buen gusto. Celebraba la misa muy devotamente; y con esa misma devoción daba gracias. Se mostraba agradecido a cuantos servicios se le prestaban. En cierta ocasión me dijo: Si vuestra caridad, pusiera en hacerse santo, el empeño que pone en arreglar adornos, lo sería inmediatamente".

Fray Serverino de Olea, O. F. M. Cap.

EL PADRE SANTOS Y LAS RELIGIOSAS MISIONERAS

I

Verdadero hijo de San Francisco. — La caridad virtud predilecta. — Celo y actividad. — La misma receta. — Un caso raro.

Conocí al R. P. Santos Abelgas en el año de 1928, en la Casa-Misión de la Divina Pastora de Araguaimujo, y viví en la misma Misión con él, durante ocho años, o sea, hasta su muerte.

Ya en Tucupita oí hablar del Padre Santos del modo más favorable, pues decían que en Araguaimujo había "un Padre santo", por lo que, como es natural. mucho deseaba conocerlo. También me habían dicho que huía del trato con la gente, en cuanto le era posible: ambas opiniones sobre la persona del Padre Santos las confirmé desde los primeros días de mi llegada a Araguaimujo.

Me pareció el tipo acabado del verdadero hijo de San Francisco: humilde, modesto, pobre, y tan bondadoso y amable para con todos, que inmediatamente concebí de su virtud el más elevado concepto. Después que lo fuí tratando creció mi admiración, y mucho me excitó su ejemplo a la práctica de la virtud, la cual, según mi criterio, la practicaba él en grado perfecto.

Pero la virtud propia, la característica del P. Santos, fué la caridad con el prójimo: no perdonaba fatiga ni sacrificio cuando se trataba de remediar cualquier necesidad, ora en el orden espiritual, ora en el material. Su vida fué una cadena de actos de heroica caridad para con los demás, y se veía claramente haber adquirido tan fuerte hábito de esta virtud, que parecía una segunda naturaleza. En confirmación puedo citar algunos hechos concretos:

La Reverenda Madre Micaela de Paiporta (q. e. p. d.), primera Superiora de la Casa-Misión de Araguaimujo, se enfermó del estómago y, naturalmente, sólo apetecía jugos, cosa que no se conseguía en la Misión; lo supo el P. Santos, y el tiempo le faltó para meterse en una diminuta curiara con dos indiecitos y el respectivo canalete, y lanzarse agua arriba, en pleno medio día, con un sol abrasador... Le preguntamos, que para donde se dirigía, y contestó: "Hasta donde encuentre". Y encontró unas piñas todavía tiernas, y con ellas regresó muy cansado, pero feliz y alegre de poder satisfacer los deseos de la enferma.

Casos semejantes los repitió muchas veces al enfermarse los indios que, conociendo el flaco del corazón del Padre, le pedían piña, naranja, etc.; y él no encontraba sosiego hasta satisfacer los deseos de los enfermos.

Eentre los indígenas internos había un jovencito llamado Agapito, el cual vivía constantemente enfermo; y con él ejerció el P. Santos la más solícita caridad. Tenía úlceras purulentas (efecto de la sífilis, tan común entre los indígenas); con frecuencia le sobrevenían infecciones en la sangre y, según los síntomas, padecía de tuberculosis pulmonar. A esto se unía una especie de parálisis que lo imposibilitaba para caminar: el bondadosísimo Padre Santos lo cargaba en sus

brazos y lo trasladaba de uno a otro lado, cual otro San Francisco de Asís. ¡Qué conmovedor resultaba ver a aquel joven enfermo cruzar sus brazos sobre el cuello del Padre Misionero!...

Al dirigirme una mañana al dormitorio de los niños, con el alimento para los enfermos, ví con sorpresa que Agapito no estaba en el chinchorro, e interrogué al Padre, el cual me dijo: "Anoche se sintió muy mal, y lo llevé a mi habitación". Y ¿cual no sería mi sorpresa al llegar a la celda del Padre, y ver al enfermo acostado en la propia cama de este, cubierto con la ropa de su uso personal?... Como en estos casos se azoraba el Padre de ver su virtud descubierta, yo solía decirle: "El Padre Santos tiene amistad particular con Agapito y con Moreno". Era este último otro indiecito paralítico que acostumbraba sentarse en la puerta del comedor de los Padres esperando la salida de los mismos, seguro de que el Padre Santos le guardaba lo mejor de su alimento.

Un día llegó del campo fatigado, y me llamó para decirme que en el conuco de los casados había encontrado a Catalina (una de las indias casadas), a la intemperie, con un niñito recién nacido, y en la más espantosa miseria. En el rostro del Padre se revelaba la tristeza que este cuadro le había ocasionado, y con acento suplicante, me dijo: "Si me dá alguna cosa, ahora mismo voy a llevársela... Le arreglé una buena cantidad de alimentos que él cargó en un saco sobre sus espaldas, y salió más contento que una pascua, a practicar una obra de misericordia, mejor dicho: muchas en una.

La piedad del Padre Santos se traslucía en los frutos que de ella dimanaban; pero él tenía sumo cuidado en ocultar los dones del Señor, y siguiendo el consejo del Evangelio, acostumbraba a encerrarse en

su aposento para comunicarse con su Padre celestial. No tenía su piedad nada de ese sentimentalismo dulzón, ni daba muestras exteriores que pudieran revelarla; era sólida, fuerte, propia de los varones espirituales y perfectos, basada en la fé y nó en el sentimiento.

En el desempeño de su ministerio sacerdotal desplegó gran actividad y celo por la salvación de las almas; poseyó prudencia y discreción y mucha caridad y mansedumbre para instruir a los ignorantes, consolar a los tristes, animar a los débiles; en una palabra, era el paño de lágrimas para todos los dolores, así del alma como del cuerpo de sus prójimos.

Desempeñó algunos años el cargo de confesor de las Religiosas Misioneras, y fué director espiritual de algunas de ellas, desplegando tanto interés por su aprovechamiento, y tanta constancia para que fuesen sólidamente virtuosas, que no variaba la receta hasta ver positivos resultados. Me consta con certeza que a una religiosa le habló durante un año sobre la caridad con el prójimo, otro sobre la humildad, y así por el estilo.

En general, tanto los religiosos como las religiosas que con él convivimos, así como los habitantes de los alrededores de la Misión, sentimos, con respecto al Padre Santos, verdadera veneración.

Una vez que los indios internos de la Casa faltaron al respeto al venerado Padre, el Padre Samuel de San Mateo, entonces Superior de la Casa-Misión de Araguaimujo, aprovechando una salida del interesado, volvió por los fueros de la justicia y de la verdad, haciendo un panegírico de las virtudes del Padre, y afeando la conducta de los que no sabían apreciar el rico tesoro con que los regalaba el Señor. "El Padre Santos, dijo, para terminar, es un verdadero santo; todos los

que le conocen lo admiran y veneran, sólo vosotros abusáis de su virtud".

En noviembre de 1931 hice un viaje de Araguaimujo a Tucupita, en compañía del Padre Samuel y de la Madre Micaela, pernoctando algunas horas en Macareo del Santo Niño, donde una señora de nombre María, natural de Porlamar, nos recibió en su casa. Tenía un niño ya grandecito, y nos refirió que había tenido varios hijos, pero que todos se le morían al poco tiempo de nacer. Estando una vez esperando el alumbramiento, toda desolada y temerosa de que su futuro hijo tuviera el mismo desenlace que los otros, llegó el Padre Santos, a quien comunicó sus temores y angustias. El santo varón de Dios la consoló como él sabía hacerlo, y le aseguró que el niño que llevaba en su seno viviría, que lo encomendara a San Antonio y esperara tranquila. La palabra del Padre se cumplió, y pudo por fin, criar un hijo.

A mayor gloria de Dios y de su siervo el R. P. Santos de Abelgas.

Sor Gloria de Pamplona, Comisaria Cap. de RR.

TT. Capuchinas de la Sagrada Familia.

II

La caridad virtud favorita. — Casos edificantes.

Habiendo tenido la dicha de convivir con el siervo de Dios, R. P. Santos de Abelgas, en la Casa-Misión de Araguaimujo, puedo declarar en conciencia, que practicó las virtudes en grado perfecto; muchas veces heroico. No obstante haber practicado todas las virtudes como dejo dicho, hay una que fué así como la característica en el Padre Santos, y que a fuerza de practicarla, hizo tal hábito, que parecía una segunda naturaleza; me refiero a la reina de todas las virtudes: **La caridad.**

Distancias, obstáculos, dificultades, todo lo superaba cuando de practicar su virtud favorita se trataba. Como muestra citaré algunos casos concretos de los que fuí testigo ocular: Una noche en que en mi carácter de enfermera de los niños velaba a la cabecera de un enfermo, a media noche empezó el niño a llorar amargamente pidiendo naranjas. En la Misión no se encontraba la fruta apetecida por el paciente, y yo no sabía cómo contenerlo, cuando de improviso se presentó el bendito Padre, preguntando que qué quería el indiecito. No bien le informé del motivo de su llanto, dijo en un arranque de esos que inspira la caridad de Cristo: "Yo le traeré naranjas". Y como lo dijo, así lo hizo... A la una de la madrugada estaba el Padre Santos en el puerto, y solito, para no molestar a nadie, tomó el canalete, y se fué hasta el caño

Santa Rosa, donde consiguió la fruta deseada por el enfermo, regresando a las seis de la mañana, sudoroso y jadeante del trabajo de bogar toda la noche, con peligro de naufragar, ya que él no estaba muy diestro en el manejo del remo. ¡Un bello rasgo de caridad cristiana!...

Otra noche, velando al mismo enfermo, que padecía de desintería, por más que llevé buena cantidad de paños, no alcanzaron ni con mucho para llenar las necesidades del enfermo. En esta apretura me encontraba, sin saber qué hacer, porque la casa de las Hermanas estaba cerrada, y no quería molestar a nadie de noche, cuando de improviso se presentó el **paño de lágrimas** Padre Santos, preguntando si el enfermo necesitaba algo. No me alcanzan los paños, le dije; y sin más explicaciones, salió, volviendo al momento con el paño del refectorio de los Padres, único que encontró a su alcance, por lo que no pude menos de pensar: "Verdaderamente la caridad no tiene ojos".

Varias veces le ví cargando sobre sus espaldas, como San Juan de Dios, a un indio más grande que él, acostarlo en su cama, ponerle su propia ropa, etc., y cuando yo le decía que podría contagiarle, respondía: "¡Pobrecito! mejor descansa en la cama que en el chinchorro". ¡Así obran los santos!

Cuando salía a los caseríos circunvecinos, lo mismo que a las rancherías, no se le podía dar más ropa que la indispensable, porque todo lo daba a los indios, llegando a casa con el hábito puesto, y nada más... Un día que de broma le dije: Padre, cualquier día viene sin el hábito también; me contestó: "¡Pobrecitos! están muy necesitados".

En cierta ocasión, en que yo desempeñaba el cargo de sacristana y ropera de la Misión, me dijo que le

arreglara el altar portátil y la ropa de uso personal, porque pensaba salir al campo, y no regresaría en una buena temporada. Traté de persuadirle para que no fuera, porque estaba enfermo y podía agravarse, debido a las muchas privaciones que necesariamente había de sufrir por esos lugares, donde se carece de lo más indispensable; mas, nada pudieron mis razones para hacerle desistir de su propósito. "Tengo que ir" fué su respuesta, porque he de bautizar, efectuar matrimonios, etc... Salió, y ¿cual no sería mi sorpresa cuando a los siete días de su partida divisé una embarcación, y al aproximarse al puerto reconocí al buen Padre Santos? En unión de otras Hermanas salí al puerto a recibirle, creyendo que venía enfermo. Al preguntarle sobre el estado de su salud, nos dijo: "Regresé porque no encontré trabajo"; y dando orden de que atendiéramos a los bogas, se retiró a su habitación.

Al retirarse el Padre, ellos nos manifestaron que en un caserío tenían urdida una trama con el fin de matar al Padre, por lo que le llevaron a la Misión sin pérdida de tiempo. Jamás el Padre hizo alusión a este suceso, cambiando de conversación al ser preguntado sobre el particular; de modo que nunca dejó escapar de sus labios una palabra de queja o indignación sobre aquellos que tan impunemente quisieron atentar contra su vida.

Mucho más pudiera decir sobre las virtudes del Padre Santos, pero me limito a esto: Si la santidad consiste en la práctica de las virtudes, el Padre Santos era un **gran santo.**

A mí me profetizó algunas cosas que se vienen cumpliendo al pié de la letra.

Sor Elisabeth de Orihuela, Religiosa T. de la Sagrada Familia.

III

Todo caridad. — Modesita y humildad. — Le convenía el nombre de Santos.

Vine a Araguaimujo el mes de febrero de 1932, y entonces conocí al Padre Santos hasta que definitivamente marchó él a Caracas gravemente enfermo. Mi impresión personal es que era todo caridad, preocupándose para que no faltara nada a las Hermanas y a los indios. Era de tanta medestia en su vista, que no distinguía a las Hermanas y por lo mismo, nos confundía en los nombres cuando nos llamaba.

También era sumamente recogido y piadoso, lo cual pude comprobar cuando decía la Misa, cuando oraba y rezaba el Oficio divino.

Yo misma fuí testigo de que, cuando moría por la noche algún indiecito, lo cargaba él sólo, lo llevaba al depósito, lo dejaba bien acondicionado, y por la mañana avisaba a las religiosas para que lo amortajaran, con el fin de darle cristiana sepultura. Juzgo que cuanto se diga de su caridad es poco.

El año de 1936 se enfermó de gravedad nuestra Madre Micaela, razón por la cual fué necesario trasladarla desde Araguaimujo a Tucupita. Cuando ya estaba muy grave en dicha población, envió un propio a Araguaimujo para que le llevara al Padre Santos. El Padre, sin pérdida de tiempo, cogió una curiara y

dos indiecitos y caminó toda la noche, aunque cuando llegó a Tucupita, ya la Madre había muerto. Inmediatamente regresó a la Misión el Padre, para darnos la dolorosa noticia y hacer con nosotras el oficio de Padre, ya que nos sentíamos huérfanas.

Como rasgo especial de su mucha humildad, puedo citar el hecho de que el día de su santo se ocultaba, sin que pudiéramos felicitarle ni hacerle obsequio de ningún género, cuando en los demás días del año siempre se dejaba ver para indagar si había alguna necesidad. Si cualquiera de nosotras le decíamos que estaba muy **endiosado**, inmediatamente se marchaba, sin decir nada, como sonrojado, rechazando toda alabanza.

A nadie, ni religioso, ni religiosa, ni seglar, oí hablar nunca mal de él en vida o después de muerto. Con los Padres yo casi no tenía trato. En cuanto a las Hermanas, todas le tenían en concepto de santo. Lo propio sucedía con los seglares, quienes aseguraban que le convenía muy bien el nombre que llevaba de Santos. Puedo asegurar que no advertí en él defecto alguno.

Sor Casimira de Alcotas, Religiosa T. de la Sagrada Familia.

EL PADRE SANTOS Y LOS SEGLARES QUE EN VIDA LE TRATARON

I

MATANEGRA

Verdareo santo. — Mortificado y caritativo.

1º

En mi casa de Tabasca se hospedaba el Padre Santos de Abelgas cuando venía a ejercer los ministerios. Al enfermarse una tía nuestra, vino el Padre Santos, desde Tucupita, para asistirla; le administró los santos Sacramentos, la ayudó a bien morir, hizo el entierro, celebró los funerales y nos acompañó por espacio de nueve días, consolándonos en nuestra pena.

—El Padre Santos era un verdadero santo.

—¿En qué era santo?

—En todo, Padre: en su compostura y modestia, en su desprendimiento de las cosas de la tierra, en la manera de decir la Misa, en su predicación sencilla y fervorosa; nos hablaba de la fê, de la penitencia, de los mandamientos y sacramentos.

—¿Era muy exigente?

—Todo lo contrario; no buscaba comodidad alguna, ni le gustaban los obsequios, ni se fijaba en las gentes; su mirada se dirigía al cielo. Procuraba tomar siempre lo más desagradable, buscaba un rinconcito de la casa en cualquier parte, y allí oraba y rezaba.

En una ocasión nos pidió que le colgáramos el chinchorro fuera de la habitación para no molestar a la familia. Créame, Padre, el Padre Santos era un verdadero santo.

Lilia Ramos.

2º

El Padre Santos era un verdadero santo; penitente, mortificado, y de una abnegación a toda prueba.

—¿En donde le trató usted?

—Yo le conocí en el bajo Orinoco y le traté con intimidad. Pude darme cuenta de que para hacer el bien a los demás, y especialmente a los indios, era de una caridad y paciencia inconmovibles y admirables.

—¿Tiene algunos hechos concretos que lo atestigüen?

—Como muestra, le contaré el caso singuiente: En cierta ocasión me llevó seis o siete indios, desde Araguaimujo a Sacupana; llegó a dicho lugar bajo un fuerte aguacero, a las dos de la madrugada. Allí se sentó con los indios en un tronco de árbol, que estaba a la intemperie, hasta ya entrada la mañana. Entonces le dije, que cómo no nos había avisado su llegada. El, humilde y sonriente, respondió: "Por no molestarles en hora tan inoportuna". Mi señora también lo trató, pudo admirar sus virtudes como yo las admiro.

Dr. Domingo Antonio Valderrama.

II

TUCUPITA

Fama de santo. — Caritativo. — Gracias atribuídas.

1º

Pude advertir que la persona del Padre Santos respiraba en todo santidad, principalmente en su humildad, caridad y benevolencia en el trato con las gentes. Después que murió me he encomendado siempre a él. También he aconsejado a otras personas que confiaran al Padre Santos sus necesidades.

Desde pequeña padecía una hija mía llamada Elena, una afección a la agarganta, de la cual no podría curarse, según diagnóstico médico, sin una intervención quirúrgica. Hice entonces varias novenas al Padre Santos para que la niña se curara y, sin operación, se curó.

Teodora de Figuera.

2º

Advertí que el Padre Santos era muy humilde; todo el mundo le quería y le respetaba, daba muy buenos consejos y era muy buen confesor.

Cuando trajeron grave al Padre Samuel, su compañero de Misión, desde Araguaimujo a Tucupita, en

donde se encontraba el Padre Santos también enfermo, le administró la Extremaución, se hincó de rodillas y, llorando, en voz alta pedía a la Divina Pastora que le alcanzara la salud, por considerarle muy necesario para la Misión.

En vida del Padre Santos oí decir a muchas personas, inclusive hombres, que le cuadraba el nombre de "Santos", porque parecía un verdadero santo, por su humildad y por el buen ejemplo que daba.

Federico Mata.

3º

Desde mucho tiempo atrás conocí al Padre Santos y me parecía un verdadero santo por su trato humilde y por su caridad.

—¿A quien subiría usted primero a los altares, al Padre X., o al Padre Santos?

—Los dos eran muy buenos; pero yo primero subiría al Padre Santos.

Después de su muerte me he encomendado mucho a él; le he hecho novenas, y en la grave enfermedad de una hija mía, a quien tuvieron que extraer un feto muerto, supliqué al Padre Santos que no muriera. A los 17 días estuvo gravísima, tanto que se confesó y recibió el Santo Viático. Pero desde ese momento empezó a reaccionar y se curó por completo. Al mismo tiempo que invocaba al Padre Santos, pedía también a San José de quien el Padre Santos era tan devoto.

Vicenta Rangel de Gómez.

4º

Cuando el Padre Santos vino a Tucupita el año de 1923, era yo jovencita, y noté que edificaba mucho con su conversación, que era muy espiritual, y sobre todo, por su humildad.

En cierta ocasión me encontraba sin cocinera; empecé entonces una novena al Padre Santos, y a los tres días, se me acercó una mujer preguntándome si yo necesitaba cocinera. La recibí y permaneció en la casa tres años.

Dido de Díaz.

5º

Muchos años antes que muriera el Padre Santos le traté de cerca. Me parecía un verdadero santo, y esta era la manera de pensar de otras muchas personas de Tucupita.

Habiendo quedado en cietra ocasión al frente de la casa de los Padres y de la parroquia, por ausencia temporal del Padre Samuel, salió por las calles de la población en busca de los enfermos, a quienes llevaba a la casa parroquial, para curarlos él mismo, darles alimentos y algún recurso para comprar medicinas, que yo también le proporcionaba. Cuando regresó el Padre Samuel decía que el P. Santos le había convertido la casa en verdadero hospital.

Jesús Rafael Díaz, Farmacéutico.

6º

En casa de mis padres, a quienes visitaba con frecuencia, traté al Padre Santos. Veía yo algo en él que no se notaba en los otros Padres, aunque todos eran

muy buenos. No sé explicarme, pero su conversación tan sana y santa nos dejaba siempre muy edificados. En todo momento oí hablar en Tucupita muy bien de él a las gentes, quienes afirmaban que era un verdadero santo.

Tenía yo un hijo que vivía en un hato, del cual no encontraba la manera de salir, aunque mucho le convenía. Encomendé el asunto al Padre Santos, ya fallecido, y todo se arregló a nuestro deseo. En otra ocasión se fué un nieto mío de la casa paterna, como el hijo Pródigo; se lo encomendé al Padre Santos, lo recuperó su padre, y hoy se porta muy bien. Cierto deudor me debía varias quincenas de hospedaje sin esperanza de cobrarlas; encomendé esta necesidad al P. Santos, y me fué reintegrada la deuda que se me debía.

Adelaida Cabral de Rangel.

7º

Puedo asegurar que desde que conocí al P. Santos, advertí que era un sacerdote y religioso ejemplar. Su ambiente en Tucupita durante su vida era el de un verdadero santo. Hace cuatro meses que le estoy pidiendo la salud con verdadera confianza. Sé que otras personas aquí también se encomiendan a él.

Carlota Baradat de Gómez.

8º

Yo puedo asegurar sobre el Padre Santos cuanto acaba de decir mi hija, y debo añadir que procuraba llevar a mis hijos por el camino del bien, mediante los saludables consejos que les daba, siempre que tenía ocasión.

Carlota de Baradat.

9º

Por mucho tiempo traté al Padre Santos; me parecía en todo un santo, muy buen confesor y excelente consejero. Su fama en Tucupita puede concretarse en estas palabras: "Que era varón justo, bueno y santo".

Apoyada en esta opinión de santidad, me he encomendado muchas veces a él después de su muerte.

Tenía yo una hija con una gran ronquera crónica; antes de acostarme recé por espacio de un mes, tres padrenuestros al Padre Santos, pidiéndole que le alcanzara la gracia, y se le quitó la ronquera.

Deogracias de Ríos.

10º

Siendo yo muy joven conocí al Padre Santos en Tucupita. En cierta ocasión hice un viaje a La Horqueta con otras dos señoritas (fallecida hoy una y casada la otra), para celebrar la fiesta en honor de Nuestra Señora del Valle, con el fin de asistir a la bendición de una imagen dedicada a esta advocación.

Nos llevó el Padre Santos para que le ayudáramos en el canto y en todo lo demás, ya que él nos llamaba las ovejitas de su rebaño. En dicho caserío había una mujer gravemente enferma, tanto que el Padre Santos le administró los Sacramentos. Hecho este piadoso acto, se volvió el Padre hacia nosotras y nos dijo: "Esta mujer no se muere, aliméntenla y abríguenla"; lo cual hicimos apenas nos lo indicó. Dos niñitos y una gran pobreza acompañaban a la señora.

Viendo el Padre que la enferma no quedaba bien abrigada, nos ofreció su cobija, la que no aceptamos, diciéndole que ya conseguiríamos otra de alguna per-

sona. Luego sacó de su bolsillo dos bolívares y unas medallas; una de ellas la colocó sobre la enferma, y los dos bolívares nos lo entregó a nosotras, mandándonos que viéramos cómo podíamos aumentar la cantidad. Nosotras nos miramos, sin saber qué partido tomar. Por fin, resolvimos hacer un quesillo y rifarlo.

Con los dos bolívares que nos entregó el Padre, compramos los ingredientes necesarios, preparamos el quesillo, lo rifamos con tan buenos resultados que sacamos cincuenta bolívares. Con ellos compramos a la enferma, sábanas, fundas, velas y medicinas. Todo este tiempo permaneció el Padre junto a la enferma, la cual mejoró.

Desde este día conceptuamos nosotras al Padre Santos como verdadero santo, y que hacia milagros. Cuando ya regresábamos a Tucupita, después de haber permanecido con el Padre en La Horqueta, desde el 22 de diciembre del año 1926, hasta el 4 de enero de 1927, decía yo a mis compañeras: "Lo que es, si el Padre Santos no es ya santo, lo será".

A mí, hace muy poco tiempo, me ha alcanzado la gracia siguiente: Habiéndoseme caído al suelo una pieza de la máquina de coser, necesaria para poder trabajar, se me rompió, no encontrando repuesto. Empecé entonces una novena al Padre Santos: los tres primeros días, fué inútil toda prueba de la pieza. Pero ¿cuál no sería mi sorpresa cuando el cuarto día, al ir a probarla, la encuentro en perfecto estado? Una vez más afirmo que el Padre Santos merece que le suban a los altares. Yo vivo pendiente del Padre Santos con ilimitada confianza.

Angelina Rodríguez de Cabral.

11º

El Padre Santos de Abelgas vino a Tucupita el año de 1923, y desde entonces le traté, notando que era muy honesto, muy virtuoso y sumamente concretado a sus deberes religiosos y sacerdotales.

Viajé muchas veces con él por el Orinoco; una de ellas traía yo una carga de maíz en un balandro que se esfondó, y se fué todo al agua.

En los viajes nunca se quejaba de incomodidades: siempre sufrido, humilde, tranquilo y paciente. Aprovechaba cualquier ocasión para darnos buenos consejos. El ambiente en Tucupita, en orden al Padre Santos, fué en vida, y lo es hoy, de que era un santo.

Jesús Rafael Salazar.

12º

Muchas veces viajé en el Orinoco con el Padre Abelgas, pareciéndome muy humilde, pues nunca se quejaba de las incomodidades, y frecuentemente me daba buenos consejos sobre asuntos religiosos.

Juan González.

13º

Cuando nació mi niño Luis Oracio, que hoy tiene doce años, hubo necesidad de una intervención quirúrgica, por motivo de la cual, quedó tan maltratada la cabecita del niño, que todos lo juzgaron muerto en los primeros momentos; luego se notó un pequeño signo de vida, pero aseguró el médico que cualquier movimiento extinguiría aquel leve soplo. Yo misma quedé muy delicada. A los cuatro días me visitó el Padre

Santos, miró al niño, tomó mi mano derecha, y me dijo: "Esté tranquila, pues el niño no morirá y será muy bueno".

Han pasado los doce años, y tanto el niño, que aún conserva las cicatrices, como yo, nos encontramos bien, habiendo tenido después otros dos hijos. Estoy firmemente persuadida de que el Padre Santos, y la bendición de San Francisco que, a ruego mío le dió después, salvó la vida a mi hijito, juzgándolo verdadero milagro.

Siempre me encomiendo a él con mucha fe, y lo propio hace mi madre que vive en Margarita. Entre las gentes con quienes yo tengo relaciones, antes y después de su muerte, existe la fama de su santidad.

Consuelo de González, Maestra.

14º

Yo noté en el Padre Santos el fiel cumplidor de sus deberes sacerdotales, quien aprovechaba cualquier ocasión para dar saludables consejos. Siempre me he encomendado a él después de su muerte, y tengo el convencimiento de que me ha alcanzado gracias. Todo el mundo en Tucupita hablaba bien de él y le tenía en mucho aprecio. En los caseríos, y especialmente en La Horqueta, cuando había disensiones, solían decir: "Esto se arregla cuando venga el Padre Santos"; y así sucedía siempre.

José Vidal Marcano.

15º

Siempre aprecié mucho al Padre Santos, porque me parecía un santo, por su amabilidad y mansedum-

bre para tratar a la gente, por su devoción y compostura exterior, por lo piadosamente que ejecutaba los actos religiosos, y por los buenos consejos que daba. Nunca oí hablar mal de él, mientras que sí hablaban bien las gentes. Después de su muerte siempre me encomiendo a él, y creo haber obtenido gracias.

Rosaura Aponte de Boada.

16º

En Tucupita conocí al Padre Santos, quien me parecía un santo por su trato, compostura y humildad. Yo estaba enferma, y venía con frecuencia a visitarme; me aconsejaba la paciencia, y una firme confianza en Dios de que me pondría buena. Le he hecho varias veces la novena. Hoy puedo asegurar que me ha hecho un verdadero milagro de orden moral, pidiéndole una gracia muy grande. Mi esposo buscaba siempre al Padre Santos para confesarse con él, por la confianza y dulzura que le inspiraba.

Adelaida Ortega de Castillo.

17º

Con frecuencia traté al Padre Santos, y creo firmemente que era un santo, por su paciencia y mansedumbre. Del Padre Santos nunca se habló nada en contra, y todo a su favor. Yo siempre me encomiendo a él, y sé que otras personas también le ruegan con bastante frecuencia, por la confianza que se tiene de su valimiento.

Josefa Cabral de Falcón.

18º

Yo no traté personalmente al Padre Santos; pero habiendo tomado una hija mía enferma una gran do-

sis de narcóticos, quedó como muerta y sin esperanzas de que reaccionara, pues el propio médico había perdido toda confianza de salvarla, y la familia había preparado lo necesario para el entierro. Una tía de la enferma nos aconsejó hacer la novena al Padre Santos de Abelgas. Se empezó la novena y se colocó una estampita del Padre debajo de la almohada de la paciente. Al día siguiente de comenzada la novena, despertó la enferma, del prolongado letargo, y a los quince días, se encontraba perfectamente bien, y libre de las consecuencias de la intoxicación: Todos nos persuadimos de que había sido un milagro del Padre Santos.

Soledad de Engelhardt.

III

SACUPANA DEL CERRO

Reconciliador y virtuoso. — Gracias atribuídas.

1º

El Padre Santos presenció mi matrimonio con Rosario Martínez. Después de algunos años me indispuse con mi esposa, y nos separamos. Enterado el Padre Abelgas, nos llamó a los dos, nos aconsejó que nos confesáramos, y nos reconcilió; después hemos vivido tranquilos.

Yo ví en en Padre Santos un religioso sin tacha, muy cumplidor de su deber y concretado a sus ministerios sacerdotales, con una paciencia a toda prueba. Notaba en él grande interés por la salvación de las almas, y mucha caridad para socorrer las necesidades ajenas. Tengo mucha fé en él y le encomiendo mis necesidades.

Ernesto Galviatti.

2º

Hace muchos años que conocí al Padre Santos en Tucupita, y siempre me pareció un santo, por el porte exterior, y por la fé y devoción que respiraba en todos los actos del culto. Cuando predicaba, hablaba con tanta sencillez y unción que nos parecía oír a un santo,

contribuyendo con su predicación y buen ejemplo a robustecer nuestra fé. Cuando murió en Caracas, fué un luto general en todo el territorio, y decían las gentes que ojalá lo canonizaran para venerarle en los altares, deseo que no ha decaído.

Sintiéndome muy desolada por la muerte de un sobrino que yo había criado, y que había bautizado el Padre Santos, le pedí que me consolara y me alcanzara la gracia de que desapareciera pena tan grande, para lo cual le hice varias veces la novena; me alcanzó perfecta resignación y tranquilidad para mi espíritu.

Yo le acompañé con otras dos señoritas a La Horqueta, el año de 1926. En dicho viaje observamos que podría ser más tarde un verdadero santo; y esta creencia la teníamos muchas personas antes de su muerte. El día 25 de diciembre nos invitó a ver a una enferma que estaba bastante grave, de muerte, y al terminar de darle los Sacramentos dijo, con su fé y rostro de verdadero santo: "Esta señora ya no se muere", sacó de su bolsillo varias medallas, le puso uno a dicha moribunda, en una de las manos. También sacó dos bolívares y nos ordenó ver cómo los aumentábamos para hacer la caridad a dicha moribunda. También nos mandó que la abrigáramos y que cogiéramos su cobija. Con los dos bolívares hicimos un quesillo, lo rifamos y sacamos cincuenta bolívares, compramos con ellos a la enferma, sábanas, fundas, medicinas, y alimentos. Al siguiente día la enferma había cambiado, y más nos hizo creer que el Padre Santos podría ser un verdadaro santo con sus caridades, después de muerto.

Rosario de Galviatti, Maestra.

3º

Por el año de 1924 conocí al Padre Santos en Curiapo; él me casó en dicho lugar, celebrando aquel día

otros cuatro matrimonios. Según mi concepto, era un religioso muy bueno, ejemplar, humilde y sufrido; no buscaba comodidades y daba muy buen ejemplo. Todas las gentes hablaban muy bien de él, y he oído decir que muchas personas se han encomendado a él en sus necesidades y han alcanzado gracias.

Blanca de Pieve.

4º

El Padre Santos presenció mi matrimonio. Me pareció un religioso intachable y muy caritativo. Siempre he oído hablar muy bien de él en vida y después de su muerte. Si la Iglesia lo beatificara, estaría muy en su puesto junto a los Santos.

Felipe Pieve.

IV

OROCOIMA

Bueno entre todos. — Recatado. — Algunas gracias.

1º

Desde que el Padre Santos vino a los caños le traté con intimidad, y pude notar que era muy bueno entre todos los Padres, grandemente virtuoso y piadoso en el ejercicio de sus ministerios sacerdotales: siempre devoto, regocido y apartado del trato con las gentes. Los moradores de los caños, todos le querían, le apreciaban y le consideraban un verdadero santo.

Muchas veces me he encomendado a su protección, y creo haber alcanzado las gracias siguientes: Venía yo con una sobrina en una curiara por el río Grande, y se levantó una furiosa tempestad, de tal suerte que nos hizo temer por nuestras vidas. Entonces me dirigí al Padre Santos, y le dije: ¡Viejito! acuérdate de la amistad que nos unió cuando vivías por estos lugares; protégenos en estos momentos de angustia". Mi sobrina, sin decirnos nada el uno al otro, también invocó al Padre Santos. Al poco rato cesó la tempestad, y llegamos felizmente al término de nuestro viaje. En otra ocasión se me extravió una curiara, la de llevar los niños a la escuela; me cansé de buscarla inútilmente. Encomendé entonces el asunto al Padre

Santos, y la encontré, sin poder explicarme que, en un lugar tan patente, no hubiera aparecido antes, ya que las gentes y nosotros pasábamos por el mismo.

Bartolomé Monroy.

2º

Cuando el Padre Santos andaba evangelizando por los campos le conocí; parecióme un hombre santo, bueno y muy buen consejero. En cierta ocasión se enfermó en nuestra casa, y únicamente permitía que yo lo asistiera algo, pero no admtió en la habitación a mujer alguna, por lo recatado que era. Fué siempre muy sufrido, y nos decía que esa era su misión: "sufrir para salvar al prójimo". El ambiente por los caños es, de que era un verdadero santo, y son muchas las personas que se encomiendan a él. Yo mismo invoco su ayuda, y en cierta ocasión recuperé una cantidad de dinero que se me adeudaba, habiendo antes ofrecido una misa al Padre Santos. Preguntado por el motivo de su vida tan mortificada, nos contestó: "Esa es mi profesión".

Braulio Monroy Hernández.

3º

Yo vi en el Padre Santos un modelo de virtudes en todo: Era pacífico, humilde, mortificado. Hospedándose en mi casa celebraba la santa Misa, rezaba con nosotros el rosario y nos predicaba en toda ocasión. Son muchas las personas a quienes he oído decir que era un santo. Con frecuencia me recomiendo a su protección.

Paula Hernández de Monroy.

V

G U A Y O

Buen amigo. — Conversación espiritual. — Humilde y caritativo.

1º

Por primera vez traté al Padre Santos en Uracoa. Mi impresión es de que me encontraba ante una persona muy buena, piadosa, caritativa con indios y criollos. A mí personalmente me daba muy buenos consejos en orden a la salvación de mi alma. Dijo misa en mi casa dos veces; rezó el rosario, y siempre nos predicó. Nadie hablaba mal de él, y todos alababan su virtud.

Enrique Giovetti.

2º

Una sola vez estuvo el Padre Santos en mi casa; nos habló a mí y a otra señora que me acompañaba, de asuntos espirituales, contándonos, entre otras cosas, episodios de la vida de Santa Teresita del Niño Jesús.

Angelina Rosa.

3º

Me pareció el Padre Santos muy bueno, humilde, paciente y caritativo para tratar con los demás. Fué, en lo que yo puedo entender, muy cumplidor de sus deberes sacerdotales. Todo el mundo en Tucupita se ocupaba de él en bien.

Juan Valdés.

4º

Por el año de 1926 traté por primera vez al Padre Santos, en los caños. Según mi opinión, era todo lo mejor que se puede decir: Decía misa, nos predicaba y nos aconsejaba que fuéramos buenos para ir al cielo. En los caños todos le querían.

Carlos Ramos.

VI

CURIAPO

Mortificado. — Buscando la Paz. — Le convenía el nombre de santo. — El Pedrenuestro en Guarao. — Conquista para Cristo.

1º

Yo conocí al Padre Santos siendo pequeña, y él me dió la primera comunión. No recuerdo mucho de él, pero he oído decir a las gentes que era muy bueno, principalmente muy caritativo con todos. Muchas veces me encomiendo a su protección y le pido gracias, porque sé que a otras personas se las ha alcanzado. Contra su virtud jamás he oído una sola palabra; todos hablaban bien.

Isabel Ortiz de Monserratte.

2º

Sólo de paso pude ver al Padre Santos; no tengo por lo mismo impresión personal; mas, he oído decir a otras personas, que parecía un verdadero santo, y nunca nada contra su virtud. Por la fama de sus virtudes, y porque otras personas le pedían gracias, también yo se las he pedido.

Beatriz Medina de Rojas.

3º

En Güauza traté por primera vez al Padre Santos, y tengo que referir lo siguiente: Que llegó a mi casa cuando yo me encontraba solo en ella; yo mismo le preparé la comida, pero con tan mala suerte que, en vez de grasa, le eché kerossene; al yo advertirlo, ya el Padre había tomado buena cantidad de alimentos, y no quería de ninguna manera que le prapara otros, tratando de no darle importancia.

Tropezando uno de los Padres de la Misión con no pequeñas dificultades suscitadas por un criollo, me dijo el Padre Santos que hablara con el Padre, para ver si podía resolverse aquello por las buenas.

Estando el Padre Santos en mi casa, pelearon dos trabajadores que ya se iban a las manos; él los hizo venir a su presencia, les habló de la caridad, por la que todos éramos hermanos, y así consiguió apaciguarlos. En vida y después de su muerte, nunca he oído hablar mal de él, y sí frecuentemente muy bien. Sé de personas que a él se encomiendan.

Manuel Renaud.

4º

En Curiapo traté varias veces al Padre Santos. Las referencias que yo tengo son, de que era muy bueno y un santo; nada en contra.

Rosa Margarita de Vicuña.

5º

Por el año de 1925 vino el Padre Santos a Curiapo y se hospedó en mi casa. Decía yo que le cuadraba muy bien el nombre de "Santos", por su caridad, bon-

dad y gratitud. Con santa energía reprochaba lo que veía malo; nadie hablaba mal de él.

Encontrándose mi hijo Juan muy necesitado, le encomendé esa necesidad al Padre Santos, a quien rezaba con frecuencia, y conseguí la gracia.

María Herrera viuda de Rojas.

6º

Traté muchísimo al Padre Santos en Curiapo y en la ranchería de Cuamujo. Para mí era un sacerdote muy ejemplar, nada de inmodesto. Una vez le mandé con tres indios a otra ranchería para que los catequizara; el Padre volvió con un sólo, **canaleteando** él mismo por no molestar a los demás, según me manifestó. A ninguna persona he oído hablar mal, pero sí a muchas bien. Yo le pedí en cierta ocasión una gracia y, por su intercesión la alcancé.

Francisco Narváez.

7:

Creo que el Padre Santos era un verdadero santo. Yo misma le enseñé aquí el Padrenuestro en "guarao", y él lo apuntó para luego enseñárselo a los indios; no pudo entonces aprender el "Credo", porque le costaba muchísimo. Todas las gentes decían que era un Padre santo.

Francisca Perzons de Narváez.

8º

Cuando el Padre Santos vino a Curiapo le conocí aún muchachita: no puedo formarme criterio personal,

por la edad que entonces yo tenía, mas he oído decir a muchas personas que era un Padre muy piadoso, pasando el tiempo solito en al capilla, en donde rezaba y oraba. Sentía yo una palpitación muy fea en el corazón, le pedí al Padre Santos que me curara, y desapareció el mal. Aquí casi toda la gente le reza y le pide gracias con mucha fe.

Agapita Narváez.

9º

Una vez me encontré con el Padre Santos en Curiapo. En otra ocasión yo no estaba presente, pero encontrándose mi esposa muy grave, bondadosamente le administró los Sacramentos y la consoló con dulces palabras. De él nadie habló mal nunca.

Rafael Beria.

10º

Traté al Padre Santos en cuentas ocasiones vino a Curiapo: Me parecía muy bueno, caritativo y cariñoso. En todo el pueblo tenía fama de bueno y santo. Sé que le han pedido gracias, y que las han obtenido por su intercesión.

Adelaida Infante.

11º

Conocí y traté al Padre Santos siempre que vino a Curiapo, y algunas otras veces que iba de paso, y como yo ejercía el cargo de Secretario, casi siempre en funciones de primera autoridad, lo traté de cerca. El Padre Santos era muy cumplidor de su deber, entregado siempre al rezo, menos cuando tenía que ejercer los ministerios sacerdotales; ejemplar en todo, y

muy circunspecto en el trato con mujeres; su mirada parecía la de un santo. Todo el pueblo le quería muchísimo, haciéndole en cierta ocasión una despedida tan tierna, que emocionó al mismo Padre.

Pablo Rojas.

12º

El Padre Santos casó a mis suegros, ya septuagenarios, triunfo que él consiguió con sus sabios y prudentes consejos. Me parecía un sacerdote muy bueno; modesto, ejemplar, devoto, atento, respetuoso y humilde.

Una vez le dije a él mismo: "Padre, usted tiene bien puesto el nombre de Santos, porque es un verdadero santo". Entonces el Padre, con gran humildad, bajó la cabeza y se sonrió. Nunca se ha oído hablar mal de él, y siempre bien.

Vicente Anastasio Ortiz.

13º

Estudiando yo cuarto grado y temiendo mucho por mis exámenes, prometí al Padre Santos, que si me sacaba bien al fin de curso, le pondría un milagrito de oro; salí bien y cumplí la promesa.

Sabina Ortiz.

VII

CAÑOS SIAGUANI Y JOMUNISEBE

Caritativo y Santo. — Algunas gracias.

1º

Desde el año 1927 conocí al Padre Santos, y me pareció muy bueno y caritativo con indios y criollos. Yo llegué una vez a Araguaimujo estando solo el Padre Santos en la casa, quien entonces no me conocía; me trató muy bien, y él personalmente me preparó la comida, aguas medicinales, medicinas y provisiones para regresar a Coporito. A muchas personas he oído decir que era un verdadero santo. Sé que muchas gentes se han encomendado a él, le han hecho promesas y le han ofrecido misas. No he oído que persona alguna se haya encomendado a otros Misioneros del Caroní ya fallecidos.

Aníbal Moya Ordogoiti.

2º

Yo estuve de educando en la Misión de Araguaimujo, en donde conocí al Padre Santos: era muy bueno, y sólo una vez nos castigó, pues habiéndonos mandado a trabajar, nosotros nos pusimos a jugar, y así nos encontró. Me he encomendado a él, principalmente,

en dos ocasiones: Una vez se me había perdido por completo la cosecha de maíz, a causa de un gusano que le cayó; volví a sembrar, y ya nuevamente se estaba perdiendo. Rogué entonces al Padre Santos, ya fallecido, que me salvara la cosecha, haciéndole una promesa, y la cosecha se salvó. En otra ocasión tenía una niñita muy grave; encomendé al Padre Santos su vida y salud, haciéndole otra promesa, la hijita se puso buena.

Heraclio Fernández.

VIII

SANTA CATALINA

Bueno entre todos. — Humilde y caritativo. — Consejos admirables.

1º

En el costo de Araguao me encontré por primera vez con el Padre Santos de Abelgas, cuando regresaba de Araguaimujo a Tucupita, por el año de 1930, y lo traté hasta el año de 1932, pues cuando iba a Tucupita, se quedaba siempre en mi casa. Me parecía muy buen sacerdote: él me insinuó que no estaba bien solo, sino que debía casarme, y siguiendo su consejo, contraje matrimonio. Siempre he oído hablar bien de él, y mal a ninguna persona.

Andrés Trittón.

2º

Siendo yo muchacho ví al Padre Santos en Santa Catalina; él me preparó y me dió la primera comunión; parecióme un Padre muy bueno. A nadie oí hablar mal de él. Me consta que mi mamá le ha rezado para pedirle gracias.

José Casimiro Figuera.

3º

Dos veces ví al Padre Santos: Una de ellas llegó todo mojado, porque se había perdido. He oído hablar muy bien de él por los caños, y mal a nadie.

Antonio Jaramillo.

4º

El año de 1923 vino por primera vez el Padre Santos a Santa Catalina, y entonces le conocí, pareciéndome muy bueno, tratable, cariñoso y caritativo con todos. Nunca he oído hablar mal, y sí muy bien a todas las gentes. Yo le rezo para que ruegue al Señor por mí, por la conlfianza que le tengo.

Eladia Guzmán.

5º

Hacia el año 1923 ví por primera vez al Padre Santos, en Barrancas; fué muy amigo de toda mi familia Mi impresión personal es, que era muy bueno, humilde, caritativo y cariñoso con todos; él me regaló un rosario. No teniendo que lamentar nada de ningún sacerdote, sin embargo, el Padre Santos me parecía mejor, encontrándo en él una superioridad sobrenatural. Oi decir a Monseñor Nistal que tenía que ser un santo, pues aún las venas se le estaban secando por su vida penitente.

Como tenía yo gran opinión de su santidad, la pedí una gracia muy grande, ya fallecido; se trataba de la conversión de un ser muy querido. Aparentemente no fuí escuchada, pero abrigo la esperanza de que el Padre Santos le alcanzó la salvación.

Dora Romero de Belfort.
Maestra.

6º

Yo traté mucho al Padre Santos en Barrancas, y principalmente en Araguao; le conceptuaba un verdadero santo, por su conducta, modo de proceder, etc., de tal suerte, que decía, que mucho le convenía el nombre de Santos. Como yo pensaban otras muchas personas. Nada malo oí nunca a nadie.

Santiago Romero.

7º

Por los caños y en Barrancas lo traté mucho: yo lo veneraba siempre como a un santo, por su espíritu de sacrificio, de abnegación y de caridad. Después de su muerte mucho me he encomendado a él. A muchas personas he oído ponderarle.

Luisa Avila de Romero.

8º

Nos casó el Padre Santos en Santa Catalina. Yo le creí siempre un santo, porque era muy bueno y piadoso. Nadie ha hablado mal de él.

Petra Figuera de Devera.

9º

La primera vez que vino el Padre Santos a Santa Catalina le conocí: él me dió la primera comunión. Siempre he oído hablar muy bien de su virtud.

Olimpia Barreto.

IX

PIACOA

Muy querido y apreciado. — El mejor entre todos.— Se le piden gracias.

1º

En Tucupita y en Piacoa conocí al Padre Santos. Mi criterio sobre él, es que era muy bueno, porque siempre trataba de hacer el bien a las almas; era muy humilde, y nunca se quejaba de las incomodidades. Todo el mundo le respetaba y le quería muchísimo, y nunca he oído hablar mal de él, mientras que sí siempre muy bien, antes y después de su muerte. Toda la gente sintió mucho su muerte.

Oracio Gómez.

2º

Yo conocí al Padre Santos en Piacoa y en Tucupita, y me pareció muy bueno, porque era muy cumplidor de sus deberes sacerdotales; en su predicación siempre nos daba muy buenos consejos. Le noté muy desinteresado en sus ministerios, no buscando el lucro material. Me he encomendado a él pidiéndole gracias, creo haberlas alcanzado,

Carmen García.

3º

El Padre Santos me pareció un Padre muy bueno; le gustaba mucho llevarnos a la capilla para rezar y predicarnos. Recién nacida una niñita mía, llegó el Padre Santos, y como nació muy enferma, me la bautizó, muriendo luego; le hizo un entierro muy solemne, y después, todos los días venía a mi casa a consolarme, aconsejándome la resignación. Todas las gentes dicen que a Piacoa no ha venido nunca un Padre tan bueno como el Padre Santos. Yo le rezo **bastantísimo** pidiéndole gracias, y estoy bien persuadida de haber sido escuchada. En Piacoa toda la gente se encomienda a él.

Ignacia de Noriega.

4º

En Tucupita, Piacoa y Macareo traté con verdadera amistad al Padre Santos, y juzgo que era un verdadero santo; el mejor sacerdote que he conocido en mi vida, viéndole en todo muy edificante, y no advirtiendo nada que pudiera desdecir de un buen sacerdote y religioso. Aprovechaba la amistad que a mí le unía para aconsejarme que fuera siempre buen cristiano, que en todo momento me acordara de Dios y orara. Y me decía que, haciendo oración, no temiera nada, pues con ella se vence toda dificultad y adversidad. También me aconsejaba que nunca hiciera mal a nadie, y siempre que pudiera, que practicara la caridad. Todo el mundo, antes y después de su muerte, decía que era un santo. En cierta ocasión me dió unas devotas oraciones, compuestas o copiadas por él mismo; yo con frecuencia las rezo, poniendo en ellas confianza especial por la fe que tengo, por habérmelas dado el P. Santos.

Henry Clarence.

5º

En toda esta jurisdicción conocí al Padre Santos, pareciéndome un sacerdote modelo, por el cumplimiento de sus deberes sacerdotales, llevándonos a Dios con sus ejemplos y con su predicación. Todo el mundo le llamaba santo.

Angel Belfort.

X

BARRANCAS

Verdadero apóstol. — Humilde. — Desprendido. — Mirada santa.

1º

Muy de cerca traté al Padre Santos en Barrancas, Tucupita y Araguaimujo. También en Caracas le visité en su última enfermedad. Yo veía en el Padre Santos a un verdadero apóstol, por el modo de conducirse como sacerdote y religioso ejemplarísimo en todo, pareciéndome un verdadero santo. Era sumamente humilde, caritativo y desprendido de todo lo terreno. Jamás se ha hablado, que yo sepa, contra su virtud, y sí he oído ponderar las virtudes del Padre, lo mismo a hombres que a mujeres.

Dr. Pedro Elías Rebollo.
Médico.

2º

También yo conocí al Padre Santos en Barrancas y en Tucupita. Mi juicio es que era un verdadero santo, ejemplar e intachable. Era, sobre todo, muy humilde, desprendido y mortificado. En cierta ocasión tenía prendida una vela que se cayó sobre una estam-

pita del Padre Santos; naturalmente debía haberse prendido, con peligro de un incendio en la habitación y en la casa; mas, al caer en la estampita se apagó. Le he hecho súplicas pidiéndole gracias. He oído ponderar mucho sus virtudes.

Emilia de Rebollo.

3º

Por primera vez traté al Padre Santos en Barrancas, y con él hice mi primera comunión. Viví, ya cansada, en Tórtola, en donde lo recibí muchas veces, porque cuando iba de viaje, o venía a Tórtola, se hospedaba siempre en nuestro hato. Para mí era un religioso muy bueno; humilde, modesto, recatado, piadoso, ejemplar y mortificado. Su predicación era muy devota, y aprovechaba cualquier ocasión para darnos los consejos más sanos y orientadores. Su cara y modo de mirar, revelaban que era un verdadero santo. Me he encomendado frecuentemente a él, y estoy persuadida de haber obtenido gracias por su intercesión.

Juanita Rebollo de Marcano.

XI

DE SAN PABLO Y DE CARACAS

Impresión gratísima. — Da gracias a Dios de rodillas. Caritativo, humilde y obediente.

1º

Conocí al Reverendo Padre Santos de Abelgas en una misión cuaresmal, en la S. I. Catedral de Valencia, a donde me dirigí una noche, con el objeto de cumplir con el precepto pascual. Impresionado desde el primer momento por su venerable presencia, lo elegí esa noche para hacer mi confesión con él, quedando tan gratamente impresionado de todo, que al siguiente día me encaminé a su residencia, con el deseo de conocerlo más íntimamente.

Me recibió con su bondad característica, me manifestó que era misionero del Delta, y que se encontraba en Valencia por motivos de salud.

En esta ocasión no pude continuar tratándole, porque tuve que regresarme al Yaracuy y él se fué al Orinoco.

Algún tiempo después, en 1937, habiendo ido yo a Valencia con dos de mis hijos, se me enfermó el segundo de ellos, y como fuése grave su enfermedad, trasladé toda mi familia a Valencia. En esa ocasión

tan dolorosa para mí, Dios me deparó el consuelo de que se encontrase en Valencia, también por motivos de salud, el Padre Santos. Le hice muchos visitas en busca de consuelo y de fortalecimiento de mi fe, recibiendo ambas cosas de él, quien me acogía siempre a todas horas, hasta inoportunamente, con el mayor cariño, dulzura y paciencia, y dándome tan buenos consejos, que todavía perduran frescos en mi memoria. También se presentó en ocasiones a pié para visitar a mi hijo enfermo, quien tuvo para él singular afecto.

Transcurrido algún tiempo, manifesté al Padre Santos mi deseo de que mi hermano Jorge, médico residenciado en Valencia, le examinara para ver si daba con la causa de su enfermedad, y como él conviniese en ello, mi hermano le reconoció en el Convento.

Interrogado mi hermano sobre la causa del mal, me comunicó muy íntimamente que su diagnóstico era un cáncer en el estómago, muy generalizado, lo que no permitiría la intervención quirúrgica, pero que era conveniente comprobarlo con la radiografía.

Esta opinión de mi hermano me llenó de dolor, por saber el horroroso martirio del que padece tan cruel enfermedad, aumentando mi pena el considerar que tal vez yo había contribuído a aumentar su sufrimiento con mis frecuentes visitas, y las de él a mi hijo enfermo; pero me consolaba pensar que me había sido imposible descubrir tanto dolor, tras un velo de tanta bondad.

Siguiendo el Superior el consejo de mi hermano Jorge, lo trasladó a Caracas con el objeto de practicarle los exámenes radiográficos. Yo continué a la cabecera de mi hijo, hasta su muerte, acaecida el 26 de agosto de 1937. Pocos días después de su muerte fui a la oficina de teléfonos de Valencia a comunicarle al

Padre Santos, y a suplicarle que rogara a Dios por el hijo y por nosotros. Y, aquí voy a consignarle un pequeño detalle que le pondrá a usted de manifiesto la profunda veneración que me inspiró siempre el Reverendo Padre Santos de Abelgas; y fué que, al iniciar mi conversación telefónica con él, no pude menos que arrodillarme en uno de los asientos de la casilla de teléfonos, y así permanecí hasta su terminación.

En uno de mis viajes a Caracas, después de su muerte, tuve la grata sorpresa de que me obsequiase el bondadoso Fray Severino con un rosario de uso del Padre Santos, el cual conservamos mi esposa y yo como una verdadera y valiosa reliquia.

Manuel Alberto Lizarraga Zuloaga.

2º

He tenido conocimiento que fué usted nombrado Vice-postulador dc la causa de Beatificación y Canonización del santo sacerdote capuchino Fray Santos de Abelgas. Esta noticia ha llenado de algría mi alma, porque tuve la dicha de haber tratado personalmente a este siervo de Dios.

Fué en el año de 1924, viviendo yo con mi esposo en el Distrito Sotillo del Estado Monagas, quc conocí a Fray Santos, por haber ido él como sacerdote a atender a la parroquia de San Carlos de Uracoa. Fué allí que, habiéndose enfermado Fray Santos con un fuerte ataque de gripe, acudí con algunas medicinas a la casa parroquial, y quedé confundida, al ver a este santo Padre, dar de rodillas gracias a Dios, porque él se creía indigno de que ninguna persona se acordara de él en su enfermedad.

Ese día me dijo, casi proféticamente, que la ben-

dición de Dios estaría conmigo donde quiera que fuera, como en efecto he viajado por distintos lugares del país, y siempre, donde quiera que he estado, he visto el amparo de la divina Providencia.

También puedo asegurarle que tuvo Fray Santos un desinterés total a todo lo terreno... Siempre estuvimos pendientes de sus noticias, y conservé durante diez y ocho años esa carta que pongo en sus manos como una reliquia.

En varios casos me he encomendado a su alma buena, y siempre me he visto favorecida por su intercesión, especialmente dándole buena índole a un hijo mío que me angustiaba con su mal comportamiento.

Con el mayor respeto me despido de usted, rogando al Altísimo sean de bien para nuestro querido Fray Santos, los datos que le envío.

Su humilde servidora en Cristo.

Clemencia Palacio de Mariño.

3º

El Padre Santos me parecía un santo por sus virtudes, especialmente por su caridad universal para con todos, y por su humildad y condescendencia con las gentes.

En cierta ocasión quedó al frente de la casa y parroquia; yo le propuse la celebración de una fiesta con procesión de las Hijas de María, que no se había hecho nunca. Me dijo él entonces, que no convenía, porque el Padre Samuel, su Superior, no lo había realizado nunca, viendo yo en semejante conducta, su profunda humildad, obediencia y respeto a su Superior.

Por fin, a instancia mía, se celebró cuando el Padre Samuel llegaba al puerto, quedando este muy edificado y complacido.

Era muy buen consejero y como un verdadero padre. Oí decir que en Coporito había una niña que tenía una infección en la vista, con peligro de perderla para siempre. Entonces la madre la encomendó al Padre Santos, y sanó por completo. En Tucupita lo llamaban el Padre santo; todo el mundo lo veneraba. Jamás habló mal persona alguna de él. Yo le encomiendo todas mis cosas.

Hilda de Aranguren.

4º

Yo conocí al Padre Santos siendo pequeña. Después de su muerte me he encomendado mucho a él, porque decía la gente que era muy milagroso. Tengo el convencimiento de que me ha escuchado otorgándome gracias, y he dicho a mucha gente que se enco minde a él.

Yolanda de Hernández.

XII

GRACIAS ATRIBUIDAS AL PADRE SANTOS

1—Encomendé una necesidad al Padre Santos y él me la remedió.

Magdalena Contreras.

2—Hacía siete años que mi hijo se había ido al interior de Guayana. Por más que me cansé de preguntar y escribir, pasaron los siete años sin tener noticia de él. Empecé la novena al Padre Santos, y a los 25 días recibí carta de mi hijo perdido.

Elisa Campos viuda de Mejías.

3—Iban a llevar a un hijo mío para un pueblo lejos de mí. Hice la novena al Padre Santos, y al fin, quedó en Tucupita.

Araceli de Márquez.

4—Se me extraviaron unas prendas; invoqué al Padre Santos, y las hallé.

María Salomé Hernández.

5—No podía valerme para nada; tenían que hacérmelo todo. Hice una promesa al Padre Santos, y me puse buena.

Una devota del Padre Santos.

6—Habiendo invocado en una tribulación al Padre Santos de Abelgas, fuí sorprendida al día siguiente de invocarle, pues ví mi súplica oída ,y me sentí tranquila de mis angustias en que me encontraba.

María Machado.

7—Desde pequeña padecía mucho de la garganta; hice tres novenas al Padre Santos, y hace un año que me siento bien. Prometí publicarlo.

Victoria Irazábal.

8—Un nieto mío estaba grave con paludismo y anquilostomos; lo encomendé al Padre Santos, pidiéndole que encontrara una receta adecuada; la encontré, quedando el nieto curado y hermoso.

María de Jesús Mendoza.

9—Quedo agradecida al Padre Santos por tres favores que me ha alcanzado.

Ana de Codecido.

10—Agradecida al Padre Santos por un favor alcanzado.

I. M. A.

11—Muy agradecida al Padre Santos por gracias alcanzadas.

Balbina Arnao.

12—Por un favor obtenido doy gracias al Padre Santos.

Ana Teresa Coronel.

13—Por haber recobrado la salud perdida a causa de una caída, doy las más rendidas gracias al Padre Santos de Abelgas.

Lorenza María Acosta.

14—Doy gracias al Padre Santos por favores alcanzados .

Josefina de Rousse.

15—Padre Santos, encontrándome enferma con una puntada que mucho me preocupaba, me encomendé a tí, y hoy, encontrándome bien, cumplo lo ofrecido , publicando la gracia.

Fernanda de Mindey.

16—Varias veces invoqué al Padre Santos, y he alcanzado varios favores. Lo invoqué para una necesidad ajena y también me fué concedida la gracia.

Carmen Infante.

17—Encontrándose mi madre muy enferma, la encomendé al Padre Santos, y el día que termnié la novena, se inició una franca mejoría.

C. E. V.

18—Encomendé al Padre Santos a un hijo mío enfermo.

Hercilia de Romero.

19—Encontrándome necesitado y sin empleo, empecé la novena al Padre Santos de Abelgas, obteniendo un empleo el séptimo día de la novena.

Un católico de Valencia.

20—Doy gracias al Padre Santos por un favor recibido.

I. M. A.

21—Agradecida, doy gracias al Padre Santos, por un favor.

María León de Fábregas.

22—Infinitas gracias doy al Padre Santos de Abelgas por habérmele dado la salud a mi hijo Carlos Antonio, que se encontraba muy enfermo ,y al tercer día de haber empezado la novena, mi hijo empezó a mejorar.

Cira de González.

23—Doy gracias al Padre Santos, porque al terminar la novena me alcanzó la gracia.

María de Tortolero.

24—Doy gracias al Padre Santos por haber obtenido una de tantas gracias difíciles encomendadas a su protección.

Francisco Bellera.

25—Una devota del Padre Santos le dá las gracias por un favor.

Celia Franco.

26—Doy gracias al Padre Santos por un milagro que me hizo después de media hora de haber invocado su protección.

Jorge Aoún.

27—Encontrándome en una gran tribulación por la enfermedad de mi esposo, y sin ningún recurso médico, invoqué, lleña de conifanza, al Padre Santos, para que le alcanzara la salud, ofreciéndole hacer una novena, propagar su devoción y publicar la gracia. Esta súplica se la repetía constantemente, y aunque a mi juicio veía la gravedad del mal, esperé confiada, alcanzando la gracia.

Antonia de Sánchez.

28—Le doy las más rendidas gracias al Padre Santos por una gracia.

Julia Barranco.

29—Gracias, Padre Santos, por haber ayudado a mi hijito en los exámenes.

María de Fábregas.

30—Muy reconocida al Padre Santos por haber alcanzado la salud a una sobrina.

Rosa Alvarez.

31—Por dos favores obtenidos doy las gracias al Padre Santos.

M. de Tellería.

32—Doy gracias al Padre Santos por haberme obtenido un favor.

Luisa de Pérez.

33—¡Oh Padre Santos de Abelgas! gracias te doy por un favor recibido.

Una devota.

34—Gracias al Padre Santos por haber obtenido por su intercesión la salud de mis sobrinitos Francisco José y Eduardo.

Juana García Betancourt.

35—Encomendé al Padre Santos una necesidad económica, y me tocaron en la lotería mil quinientos bolívares.

Pedro Pérez.

36—Encontrándome muy enferma hacía más de un año, hice una novena al Padre Santos, suplicándole me alcanzara de Dios Nuestro Señor la salud, que yo lo publicaría, si la lograba. Hoy cumplo llena de gratitud.

Una devota.

37—Muy agradecida al Padre Santos por favor recibido.

Carmen Infante.

38—Se encontraban mis dos hijos sin empleo; empecé la novena al Padre Santos, y a la tercera, sin esperanza de ser oída, y cuando menos lo esperaba, fué llamado uno para hacer un trabajo. Hoy tiene buen empleo. Muy agradecida.

M. de R.

39—Por un favor obtenido doy gracias al Padre Santos.

Una devota.

40—Por haber recuperado mi salud doy infinitas gracias al P. Santos.

José Esteban Lorenzo.

41—Doy gracias al Padre Santos por haberme proporcionado un empleo.

María Socorro Hernández.

42—Doy gracias al siervo de Dios Padre Santos por haber alcanzado la salud a una comadre mía.

Carmen Infante.

43—Muy agradecida al Padre Santos por haber alcanzado la salud a mi sobrina Alicia, pues según los médicos, tenía síntomas de parálisis infantil.

Ernestina Bolaños.

44—Muy agradecida al Padre Santos por favores recibidos.

Socorro de Chaves.

45—Agradecida al Padre Santos por favores recibidos.

Rosa López Borges.

46—Muy agradecida por gracias obtenidas al Padre Santos.

Carmen Lovera.

47—Dá las más expresivas gracias al Padre Santos por favores alcanzados.

El Párroco de Caripe.

48—Agradecida al Padre Santos por favores recibidos.

Lucrecia de Gómez.

49—Muy agradecida al Padre Santos por favores alcanzados.

Gladys Quintero.

50—Por gracias alcanzadas por intercesión del Padre Santos, muy agradecida.

Ana Helena Pirela.

51—¡Bondadoso Padre Santos! muy agradecida por haberme alcanzado de la Santísima Trinidad el milagro que te pedí.

Julieta Carvallo.

52—Encontrándome en una urgente necesidad, invoqué al Padre Santos, y mi petición fué oída. Si usted lo cree conveniente, puede hacer pública mi gratitud.

Mercedes de Troconis.

53—Encontrándose mi corazón en una inmensa angustia, empecé a invocar al Padre Santos de Abelgas, para que me obtuviese de Nuestro Señor y de mi Madrecita Inmaculada, el remedio de tan grave necesidad. Hoy quedo agradecida de su poderosa y caritativa intercesión, pues mi súplica ha sido escuchada, por la misericordia de Dios y de su Santísima Madre, y en camino de solucionarse todo favorablemente. También invoqué la intercesión del Padre Santos en una necesidad de orden físico, y también he sido remediada.

A. T. G. G.

54—Caracas, 6 de junio de 1946.—R. P. Fr. Crisóstomo de Bustamante.—Señor: habiéndome concedido Dios una gracia que le imploré por intercesión del Padre Santos de Abelgas, hágolo saber a usted, para que uniéndola a las otras de que tenga conocimiento, sirva para su beatificación y canonización. De usted atentamente S. S.

Julieta Fajardo H.

55—Encontrándose mamá en la tribulación de que el dueño de la casa que habitaba le pedía la pronta desocupación , te invoqué ¡Padre Santos! A los pocos días dijo el mismo señor "que no se mudara". También le devolviste la salud a mamá, y obtuvimos noticias de una persona ausente. Infinitas gracias te doy por todos estos favores. Tu devota.

Enriqueta Chimio.

56—Agradecidas al Padre Santos por un favor que nos concedió curando a una huerfanita por la cual habíamos hecho en vano remedios durante dos años; y al hacer la novena quedó sana la niña.

Sor Honorina, Superiora del Asilo.

57—Estando Rosenda Carmona muy delicada de salud con una infección en una pierna, pidió su hija Francisca Carmona al Padre Santos de Abelgas la salud, y la curó.

58—Encontrándome muy quebrantada de salud y no mejorando nada, supliqué al Padre Santos de Abelgas me encontraran el motivo de mi quebranto; me hicieron una sencilla operación y, hoy, estoy curada.

59—Padeciendo Gonzalo Gil en una gran tribulación por la falta de un dinero para pagar una suma de urgencia, suplicó al Padre Santos de Abelgas lo remediara, y a la hora se lo prestaron. Agradecidísimo publica este favor.

Elena Gil.

60—Doy gracias al Padre Santos por un favor recibido.

Omaira Valera.

61—Muy agradecida al Padre Santos por favores recibidos.

Dominga Bruces.

62—Sintiéndose mi sobrinita Francisca Leal Rodríguez enferma de la garganta, ya hacía tres años, y recomendándome los médicos una operación, llena de fe la encomendé al Siervo de Dios Padre Santos de Abelgas. Desde ese día noté la mejoría de la niña, y hoy se encuentra completamente bien. Muy agradecida publico esta gracia.

Petra Rodríguez Gutiérrez.

63—Doy rendidas gracias al Padre Santos de Abelgas por haberme concedido la salud.

Josefina de Cabrera.

Nota: Está prohibido por la Iglesia publicar junto a las gracias que se cree haber obtenido por intercesión de algún santo, etc., las limosnas que para promover el culto, causas de beatificación, canonización, etc., se remitan. Con esta sencilla explicación entenderán las personas que han enviado su óvolo para promover la causa de beatificación del siervo de Dios Padre Santos de Abelgas, no aparezcan, juntamente con las gracias que afirman haber alcanzado por su intercesión.

I N D I C E

V

V I

V I I

V I I I

I X

X

X I

X I I

X I I I

X I V

X V

X V I

SEGUNDA PARRTE

EL PADRE SANTOS Y LOS RELIGIOSOS

II

III

EL PADRE SANTOS Y LOS SEGLARES QUE EN VIDA LE TRATARON

I

II

III

IV

V

V I

V I I

V I I I

I X

X

X I

X I I

F I N